

7A
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

“JOSE JOAQUIN BLANCO:
EL OFICIO DE CRONISTA”
(Reportaje)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION

P R E S E N T A :

CARLOS VALENTE QUINTERO JARA

DIRECTOR DE TESIS: MTRA. ELVIRA HERNANDEZ CARBALLIDO



CIUDAD UNIVERSITARIA

OCTUBRE DE 1999

170510

TESIS CON
ALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la UNAM, mi *alma mater*

A mi madre, la señora María Jara,
quien me enseñó a sonreír
y la fe en Dios

Para mi papá (q.e.p.d.),
que desde allá,
desde su estrella sigue guiando mis pasos

A mis hermanos:
Principalmente a ti, Jesús (y tu familia),
por tu fraternidad
y tu comprensión hacia mis actos

A mis amigos todos,
de quienes he aprendido
que la dimensión humana
es infinita

Para Elvira,
por su asesoría y amistad
para llevar a buen puerto este trabajo

Y a mis amores, por supuesto...
porque los ojos al menos
siembran futuro

Carlos Valente

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
-------------------	---

CAPÍTULO I

A. La crónica, un eje paralelo de la historia

Se acabaron los llaneros.....	1
Cómo empezó aquello de escribir la crónica.....	2
El empeño formal antes que la urgencia informativa.....	4
Si eres cronista debes tener lectores.....	6
El oficio de cronista incluye el de literato.....	9
Puedo decirte que las conozco todas.....	10
La crónica de un día cualquiera.....	11
No olvides el tiempo y el espacio.....	13

B. José Joaquín Blanco: el oficio de cronista

Era un muchacho con ganas de estudiar economía.....	15
Muy parecido a <i>Le Monde</i> y a <i>El país</i>	17
Hace muchos años que no gano un premio.....	18
Un periodista con cierta pretensión científica.....	20
La crónica es un reportaje a través de un testigo.....	21
Aquellos <i>Días de guardar</i> generaron los monsvaitas.....	23
Entonces crónica puede ser un celuloide de Tin Tan.....	25
El periodismo ni para el whisky que uno se toma.....	26
Elenita jamás ha leído un libro de nuevo periodismo.....	28
Leñero la hizo a la antigüita.....	30
Si me dan la oportunidad hago ópera.....	31
Siento una nostalgia por Zabludovsky.....	32

Iría más seguido a Venecia y a Tecolutla.....	33
Elenita Poniatowska tenía un embarazo criminal.....	34
Sólo dije que Octavio Paz era una figura adomingada.....	36
Jorge Luis Borges se me hace mucho mejor.....	37
Cuando estemos viejitos seguiremos de tenis.....	38

CAPÍTULO II

A. Los setenta, el escenario para escribir

Ofreció una imagen de la metrópoli.....	43
A mí me hicieron chistes por feo, no por.....	44
La cultura agarró su propio vuelo.....	46
Tanto escritor podía ser dañino.....	48
¿Quién completó "la docena trágica"?.....	50
Sin mi chayo, no me halló.....	51
La televisión montó en cultura.....	52

B. Las crónicas de José Joaquín Blanco

Recuerdo de una atmósfera generacional.....	55
La magistralidad de Hank González.....	56
El México clasemediero.....	58
La influencia de Pier Paolo Pasolini.....	60
Testimonio de la generación.....	61
José Joaquín nos soportaba en las reuniones.....	64
<i>Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon.....</i>	66
Uno que otro viaje.....	68
Sería injusto llamarlo sólo cronista.....	70
Santa Anna ya no volvería.....	72
<i>Los mexicanos se pintan solos.....</i>	74
Novo terminó como un chismógrafo.....	76
Recuerdo de la renovación moral.....	77

<i>La Jornada</i> tuvo éxito.....	79
<i>Un chavo bien helado</i>	81
Catálogo de imágenes en la crónica.....	82
<i>Se visten novias, somos insuperables</i>	86

CAPÍTULO III

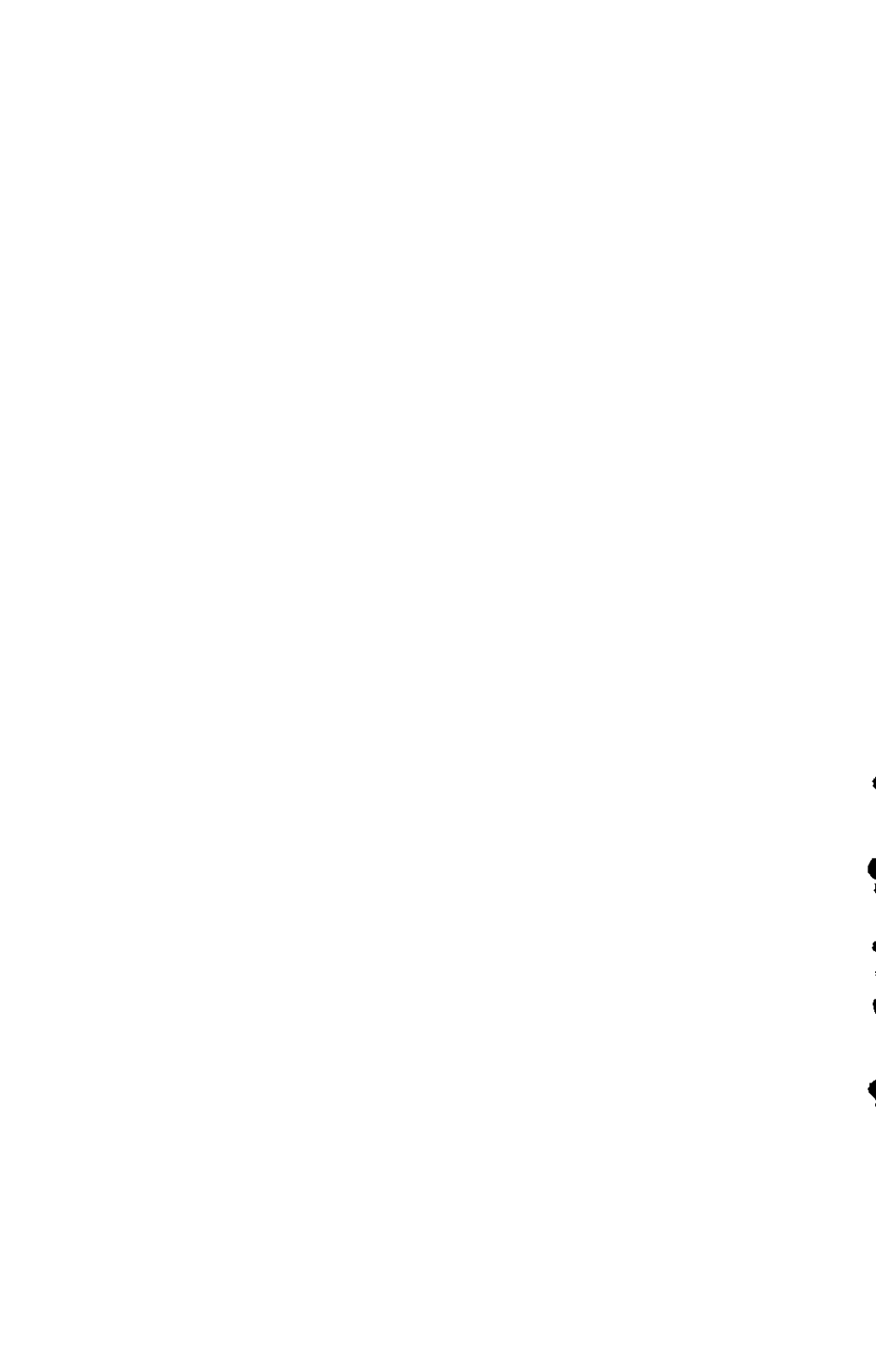
A. Los otros oficios de José Joaquín Blanco

El cronista no desaparece.....	91
El cronista literario.....	92
Sabines no quería morir.....	95
<i>Se llamaba Vasconcelos</i>	98
La Mona de Occidente.....	101
De ensayista sólo con el sueldo del INAH.....	103

B. Las novelas de José Joaquín Blanco

<i>La vida es larga y además no importa</i>	107
Por una literatura sin adjetivos.....	110
<i>Las púberes canéforas</i> , esas épocas del negro Durazo.....	115
<i>Calles como incendios</i> o milagrerías.....	117
<i>Mátame y verás</i> , el peor de los personajes.....	119
<i>El Castigador</i> , los albures permitidos.....	122
Pronto llegaré a los 50.....	124

CONCLUSIONES.....	127
BIBLIOGRAFÍA.....	139
HEMEROGRAFÍA.....	143
DOCUMENTOS.....	145
ENTREVISTAS.....	147



Bien. Yo había contemplado una realidad. Pero dudo de que esa realidad pudiese ser transformada en una ficción literaria convincente. Era excesiva, superabundante.

Con esto quiero decir que un realismo mal entendido, que un realismo espontáneo, sin dirección (el simple ser un espejo de la realidad), nos desvía hacia el reportaje *terriblista, documental*. La realidad necesariamente debe ser ordenada, discriminada, armonizada dentro de una composición sometida a determinados requisitos. Pero estos requisitos tampoco son arbitrarios; existen fuera de nosotros; son, digámoslo así, el *modo* que tiene la realidad de dejarse que la seleccionemos.

José Revueltas

INTRODUCCIÓN

Escribelo como un artículo literario, no te preocupes tanto...”, me reiteró José Joaquín Blanco después de haber charlado con él largamente sobre su obra y algunos rasgos de su vida. Sonrió y quedé de llamarle de nueva cuenta, si era necesario, para concertar otra entrevista. Así nos despedimos aquella mañana de diciembre frente a la cafetería “*El péndulo*”, en Nuevo León 115, a unos pasos de su domicilio, en la colonia Condesa.

Desde el principio le dije que mi intención era hacer un reportaje sobre su oficio de cronista, ya que a mi juicio él es un renovador del género en este último cuarto de siglo dentro de las páginas del periodismo nacional. Con gusto accedió desde la primera llamada telefónica, pese a que su participación en la Feria Internacional del Libro, en Guadalajara, Jalisco, le mantenía su agenda saturada.

La historia comenzó desde mi etapa estudiantil en la FCPyS, al finalizar la década de los ochenta. En esa época el mandatario Carlos Salinas de Gortari comenzaba a afianzarse en la presidencia del país, pese a su ilegalidad. El Frente Democrático Nacional perdía vigor y la demanda por esclarecer el fraude electoral de 1988 se diluía. El Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) se ponía en práctica como la mejor estrategia para recuperar votos para el partido oficial; mientras tanto, del otro lado del mundo se derrumbaban los regímenes socialistas de Europa del Este.

Quien esto escribe cursaba el cuarto semestre y leía con entusiasmo las crónicas de Joaquín Blanco publicadas en el periódico *La Jornada*. Cierta día nuestra maestra de “Géneros periodísticos”, Lucía Rivadeneyra, dio lectura en voz alta a un texto del autor sobre el centro histórico de la ciudad de México, un retrato de atmósferas y personas que después de 10 años tiene una vigencia inaudita y un valor literario para la mejor antología de cuadros de usos y costumbres:

“El centro está llenó de costureras y de vendedores ambulantes, de todo tipo excéntrico de comercio –yerberos, milagreros, tlapaleteros a la antigua, vendeindulgencias, cómprabendiciones, traficainfluencias, perdonaimpuestos, fayuqueros, hippies, etc.-, una muchedumbre innumerable de burócratas y empleados de banco, de todo tipo de telas y refaçiones para aparatos “electrodomésticos” (pronto oiremos hablar de lo “cibernéticohogareño”)... La gran imagen del centro es la venta callejera...”

El texto después formó parte del libro *Los mexicanos se pintan solos. Crónicas, paisajes, personajes de la ciudad de México*, que incluye cerca de 60 escritos de los cuadros de costumbres recientes, donde aparecen los chavos banda, la Plaza México, Coyoacán, Chapultepec, la Catedral, la Zona Rosa, la Merced, Xochimilco, entre otros. Volumen que da cuenta de la renovación de la crónica, ya que son temas que en múltiples ocasiones fueron abordados por otros periodistas pero Joaquín Blanco les imprimió su toque literario y extrajo nuevos retratos.

El lenguaje fresco, directo y minucioso que daba cuenta del ambiente, los desgastes y obsesiones de nuestra ciudad me orilló a buscar los trabajos de este autor que ya entonces comenzaba a compilar en libro (así como lo han hecho Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Vicente Leñero, Josefina Estrada, Ignacio Trejo, Emiliano Pérez Cruz, Hermann Bellinghausen, etc.), lo cual hizo más agradable la tarea de la lectura e ir distinguiendo, al mismo tiempo, los temas que le apasionan y ocupan.

Después de algunos años, invertidos principalmente en los medios informativos donde he tenido la oportunidad de laborar, volví a retomar los diversos textos de José Joaquín Blanco –que por cierto nunca abandoné por completo- y a documentarme con sus crónicas, cuya temática, me consta, supo aterrizar con bastante éxito en sus novelas: *La vida es larga y además no importa*, *Las púberes canéforas*, *Calles como incendios* y otras. Su singularidad para recrear la atmósfera de cualquier suceso terminó por motivarme a emprender este análisis.

Decidí entonces hacer este reportaje que incluyera una semblanza, es decir, que presentara aspectos individuales y biográficos del autor, así como los relacionados con

la revisión y el estudio de sus obras. Así me deslindé un poco del método científico, estrictamente hablando, ya que debo confesar que no poseo la destreza que exige la investigación de este tipo, la cual requiere años de práctica, concentración y, principalmente, vocación. En cambio el reportaje me permitió aplicar la experiencia reporteril y algunas técnicas de investigación documental que adquirí dentro de la formación universitaria, esencialmente en la cátedra de la doctora Guillermina Baena.

¿Por qué a manera de reportaje y no de ensayo u otro? El reportaje, argumentan Vicente Leñero y Carlos Marín, es el más vasto de los géneros periodísticos. En él caben los demás. Es un género complejo que suele tener semejanzas no sólo con la noticia, la entrevista o la crónica, sino hasta con el ensayo, la novela corta y el cuento. Se elabora, entre otros fines, para explicar un problema, plantear y argumentar una tesis o narrar un suceso. El reportaje investiga, describe, informa, entretiene, documenta.

En ese sentido traté de desarrollar el tema seleccionado: *José Joaquín Blanco: el oficio de cronista*, lo cual permitió incluir ciertas revelaciones noticiosas, practicar la entrevista (de técnica y de semblanza), recurrir a la archivonomía, a la investigación hemerográfica, a los textos de historia; también interpretar algunos sucesos y hasta verter mis modestas opiniones, en fin, integrar un mosaico con todos los elementos que en teoría dicta el género.

Al acudir a algunos autores para reafirmar los conceptos y técnicas me percaté que la mayoría de ellos hacen su división de "tipos de reportaje", aunque ya en la práctica no es difícil identificar la hibridez o multiplicidad de los diversos "tipos" en uno mismo. No obstante, gracias a esa delimitación que uno de ellos hace (Javier Ibarrola en *Técnicas periodísticas: el reportaje*) pude encuadrar más el presente trabajo, sin dejar de atender las recomendaciones generales de los demás consultados.

En la división que hace Javier Ibarrola sitúa al "Reportaje-Entrevista", del cual afirma: "este tipo de reportaje, además de tener la función de retratar la personalidad de una persona (sic), adquiere su calidad de tal al agregar al retrato de una personalidad, las

circunstancias que le rodean en el momento en que el reportero recoge todo respecto al sujeto". En este caso, aparte del estudio de la obra de José Joaquín Blanco tuve la oportunidad de destacar otros aspectos personales mediante diversas entrevistas y acudiendo a otras fuentes.

Gonzalo Martín Vivaldi asienta que todo trabajo informativo que no sea la estricta noticia, el artículo literario o de opinión, o la crónica, es reportaje. Raymundo Riva Palacio añade que éste permite un mejor conocimiento de lo que es la sociedad y no está limitado sólo a divulgar el acontecimiento, como en la noticia, o relatarlo, como en la crónica, o comentarlo, como en el artículo.

Leopoldo Borrás metafóricamente asevera que así como la máxima expresión de la poesía escrita está representada en el verso, en el conjunto de versos, en el poema diversificado, el reportaje es la máxima expresión del periodismo (...) La fuerza descriptiva, expresiva; el profundo contenido social y humano, la claridad y el vigor del estilo; son peculiaridades de todo buen reportaje.

El maestro Julio del Río Reynaga recalca etimológicamente el significado de la palabra reportaje y lo que de ella deriva: voz francesa de origen inglés y adaptada al español; proviene del verbo latino *reportare*, que significa traer o llevar una noticia, anunciar, referir, es decir, informar al lector sobre algo que el reportero juzga digno de ser referido.

Hay un elemento que ninguno de los autores omite porque en él permea la esencia para recabar la información: la investigación; lo cual requiere previamente plantear los objetivos y en su desarrollo cumplir con las fases del reportaje que son: preparación, realización, examen de datos y redacción. La investigación se practica en la realización, en la puesta en marcha; es decir, en la acción misma cuando uno va a la calle, a reportear, a entrevistar, a observar; se mete uno a bibliotecas, videotecas, hemerotecas, cafeterías; ve fotos, checa tips, lee libros, coteja, observa, etc.

Esos dictados creo haberlos tomado en cuenta y aplicarlos, sin dejar de enfatizar unos más que otros por la naturaleza y exigencia del tema escogido. Entre la objetividad y subjetividad, balanza inquieta del periodismo, traté de seguir un ritmo en todas las fases, privilegiando a ratos la frialdad del dato sobre la emoción que muchas veces me invadió. Nunca olvidé que ante todo estaba hablando de un ser humano y su oficio que, como en toda constelación, es un pequeño astro pero gracias a su pertenencia a un grupo que tiene evolución y pasado.

Intenté ejercitar lo que Máximo Simpson conceptúa como **reportaje profundo**: narración informativa en la cual la anécdota, la noticia, la entrevista, o la biografía están interrelacionadas con los factores sociales estructurales, lo que permite explicar y conferir significación a situaciones y acontecimientos...Pero Martín Vivaldi en su disertación sobre el **gran reportaje** hace añicos las acepciones presuntuosas: no hay fórmulas o recetas infalibles, "lo que resulte de nuestro trabajo dependerá siempre de la grandeza o profundidad del escritor".

Como dije anteriormente, el embrujo comenzó con la lectura; a la par que me documentaba sobre los elementos teóricos me di tiempo para leer, y en otras ocasiones releer, las más de 200 crónicas de Joaquín Blanco compiladas en sus cinco textos: *Función de medianoche*, *Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon*, *Los mexicanos se pintan solos*, *Un chavo bien helado* y *Se visten novias*.

Ahí encontré el ejercicio del relato, la ambientación, la permanencia de los cuadros de costumbres como lo hicieron los cronistas del siglo pasado: por citar un caso, el de Ignacio Manuel Altamirano con su agudeza contrastante cuando fue a la Candelaria de los Patos y escribió: "este espectáculo nos recuerda otro más triste aún, porque no está alumbrado ni siquiera por los pálidos rayos de la esperanza(...) Allí duermen ancianos madres y niños, sobre un tinglado viejo y negro por entre cuyas aberturas brota el fango de la laguna. Visitamos muchas de estas mazmorras en que extinguen la condena del destino los desheredados de la sociedad".

Con la eficacia descriptiva a modo de procurar el retrato, con el tono de la narrativa como compás ineludible del conteo de los hechos y con la opinión que juzga e incluye la crítica hacia el sistema político mexicano, las crónicas de Joaquín Blanco renuevan el género en su forma y fondo a través de un conducto principal: el estilo. Y el estilo es vocación, modo personal de escribir, modo particular de un artista. Ese misterio fue el primero que quise indagar cuando ocurrió la entrevista con el autor. Sólo me aproximé, porque ese sigilo es inenarrable.

Antes de charlar con Joaquín Blanco y con sus amigos-colaboradores fue necesario hacer un repaso del concepto de crónica, como está en los libros y como lo entienden algunos periodistas que conjugan la práctica con la academia. También fue indispensable hacer una revisión del género a través de la historia, la cual inmediatamente remite a la evocación de los escritos que dejaron Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Motolinía, Tezozomoc y otros. Esto lo incluyo en el capítulo I, que también contiene las primeras afirmaciones de José Joaquín Blanco y algunos datos biográficos.

Las entrevistas con Hortensia Moreno, Elina Hernández Carballido, Marcela Guijosa y Francisca Robles le dieron cierto toque de vitalidad a las acepciones de crónica, ya que fueron opiniones vertidas desde la imperancia que les ha brindado a estas profesoras la práctica periodística en publicaciones como revista *Fem* y la *Doble Jornada*. Entre los fragmentos o ideas extraídas de autores fue necesario plasmar las de Vicente Leñero y Carlos Monsiváis, cronistas indispensables de nuestro tiempo, diseñadores de modelos a la vez renovadores y recurrentes.

Antes de hacer el análisis de contenido (esto ya en el capítulo II) e identificar la temática general de las crónicas de Joaquín Blanco hice una breve enumeración de los acontecimientos que marcaron las décadas de los setenta y ochenta, principales segmentos de la historia reciente que sirvieron de marco y escenario al cronista urbano. Los hechos los agrupé por sexenios, ya que como es sabido los giros transformadores ocurren inspirados en las políticas económicas, sociales y culturales de cada nuevo gobierno, de cada "monarquía sexenal" como decía don Daniel Cosío Villegas.

José Joaquín Blanco comenzó a escribir profesionalmente en 1970, al iniciar el periodo de Luis Echeverría, en la *Revista de América*, de don Gregorio Ortega, el célebre “Orteguita” de los años veinte; simultáneamente lo hizo en otras revistas como *Letras Potosinas* y *Punto de Partida*, hasta que en 1972, impulsado por Carlos Monsiváis, ingresó al suplemento de la revista *Siempre!*, “*La Cultura en México*”, fundado por Fernando Benítez y que ha visto desfilar en sus páginas a prestigiados escritores como Carlos Fuentes, Juan Rulfo, José Emilio Pacheco, Gastón García Cantú, Emilio García Riera, entre otros.

Ahí permaneció 15 años, aunque en 1978 concentró su energía para escribir en el recién fundado *Unomásuno*, rotativo donde cultivó todos los géneros que sabe, principalmente la crónica urbana, donde abordó, a manera de grandes temas, asuntos mínimos, cotidianos o callejeros, como los mercados, los solitarios, las antiepopayas de los desempleados y de las amas de casa, etc. “Un amigo mío, dice Joaquín Blanco, definió estos textos anfibios con una frase que no dejo de agradecer veinte años después: églogas viaductales”.

Los últimos diez años de su participación dentro de “*La Cultura en México*” marcaron a Joaquín Blanco por la amistad tan sincera que logró con la plantilla de jóvenes colaboradores que ahí se iniciaron en la vida literaria, entre ellos: Luis Miguel Aguilar, Rafael Pérez Gay, Sergio González Rodríguez, Delia Juárez, Alberto Román, Gustavo García, Luis Franco Ramos, Antonio Saborit y Roberto Diego Ortega, todos ellos escritores, periodistas culturales y ensayistas hasta la fecha. Eran “los chicos de *El Chico*”, autonombrados así porque todos los viernes, después de cobrar sus colaboraciones del suplemento, se reunían en un restaurante que se llamaba “*El Chico*” (hoy es un bar *techno*, “*La Barracuda*”), ubicado en Nuevo León, entre Sonora y Alvaro Obregón.

Durante mi investigación y en la búsqueda del testimonio pude entrevistar a tres de esos chavos, que hoy rebasan los cuarenta años de edad: Gustavo García (colabora en la Editorial Clío), Rafael Pérez Gay (Subdirector de la revista *Nexos*) y Antonio Saborit (investigador e historiador de la cultura en el Instituto Nacional de Antropología e

Historia). Todos reconstruyeron aquellos años cuando "la cultura tenía prestigio", se leía mucho a Cortázar y el idealismo los convertía por antonomasia en escritores revolucionarios.

Como Joaquín Blanco siempre se ha sentido en deuda, por lo que su formación les debe, con los escritores Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, busqué con afán y terquedad platicar con ellos, lo mismo que con José María Pérez Gay, director de *Canal 22*, para complementar la semblanza. Fue inútil. Elenita siempre de viaje y con sus recados, por cierto muy amables; Monsiváis, primero sí, pero después no; se irritó ostensiblemente por lo que Joaquín Blanco escribió sobre él en la *Crónica Dominical* del pasado 14 de febrero; Pérez Gay con la agenda saturada y eternamente en junta de trabajo con Rafael Tovar y de Teresa, presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Lo fundamental es que se dio la entrevista con Blanco. De buen ánimo, risueño, jovial; con sus más de 30 libros a cuestas pero sin la extravagancia y el tufo que otros intelectuales emanan. Charlamos un poco sobre su vida, sus inicios, sus primeras crónicas; de los compromisos que contrae un escritor y periodista literario como él; de la interacción que le exige la práctica de los distintos géneros, ya que también es ensayista, poeta, novelista y crítico literario. También habló de sus líos con algunos intelectuales sobre quienes ha escrito, el más sonado con el Premio Nobel Octavio Paz.

Fue necesario resucitar algunos textos hemerográficos de aquellos años para contextualizar ciertas anécdotas. Los que más me entretuvieron fueron los de "Sábado", de *Unomásuno* y los de "La Cultura en México". Ahí están presentes, por ejemplo, las líneas de protesta cuando la policía capitalina invadió la Ciudad Universitaria en 1977 para desalojar a los trabajadores inconformes que pedían mejoras salariales. Blanco, Monsiváis y Aguilar renunciaron al Consejo de Redacción de la *Revista de la Universidad de México*; lo dieron a conocer con bombo y maracas.

Ciertas colaboraciones publicadas en *El Nacional*, *La Jornada*, *Punto*, etc., también fueron revisadas, y libros del siglo pasado, como el de *Los mexicanos pintados por sí*

mismos, escrito por El Nigromante, Juan de Dios Arias, Hilarión Frias, entre otros, que el mismo Joaquín Blanco me recomendó para comprender un poco sus raíces literarias y costumbristas. Textos y más escritos de política y periodismo de José Agustín, Julio Scherer, Enrique Krauze, Carmen Ruiz Castañeda, García Márquez; de técnicas de investigación de Susana González Reyna, Ario Garza Mercado, Guillermina Baena...

Hubo tiempo necesario para anotar las ideas, los resúmenes, las citas textuales, datos aislados y demás, en las fichas de trabajo que los investigadores utilizan por cada fuente que consultan, lo cual permitió "preescribir" la tesis, ya que adelantaba la redacción y ensayaba el estilo; posteriormente me facilitó hacer una primera versión del trabajo para después, por doloroso que fuera, desechar información al parecer redundante. Además optimizó de manera notable la etapa del reportaje referida al examen de datos.

Debo acotar que ninguno de los teóricos del periodismo afirma que un reportaje debe incluir notas de pie de página, pero como este trabajo exige también cierta rigurosidad académica creí conveniente y hasta necesario utilizarlas para indicar las fuentes de donde provienen los datos, aclarar algún dato o simplemente ampliar o explicar la idea cuando a renglón seguido no fue posible hacerlo dentro de la redacción. Traté de usarlas lo más mínimo para no distraer la lectura o fatigar injustamente a mis sinodales.

También anexo al reportaje mis conclusiones generales, aunque ello no exige que el lector pueda hacer las suyas. Las conclusiones tampoco las recomiendan los manuales de periodismo, al menos en capítulo separado, si acaso como parte integral del reportaje, como un epílogo de los antecedentes y del desarrollo del tema. Aquí fue necesario incluirlos para explayar los comentarios que temerosamente se omiten en el desarrollo; además para demostrar que al igual que un ensayo, el reportaje conduce al razonamiento deductivo.

Debo asentar que no hago ni por mucho una biografía de José Joaquín Blanco, sólo una aproximación, un acercamiento, un ángulo de su quehacer. Pero sí representa un pequeño homenaje hacia una vocación que con creces cumple su cometido. Así como

un poeta está para servir a su pueblo, un cronista está diseñado para recordar el presente y destino de esa cultura; por ello fue necesario remarcar la escritura, el tono, lo que mueve al cronista para continuar como portavoz de la población en tiempos de flaqueza y bonanza, en tiempos de crisis social y financiera, etc.

Por otra parte, no quise omitir "los otros oficios de Joaquín Blanco" —excepto el de poeta—; por eso el tercer capítulo está dedicado a su trabajo de crítico literario, de biógrafo, de ensayista y de novelista. Son conjunciones, no disyunciones, de su versatilidad racional y su capacidad para argumentar y aplicar los métodos de investigación, lo cual queda demostrado en sus libros como *Crónica de la poesía mexicana*, *Letras al vuelo*, *Las intensidades corrosivas*, *La literatura en la Nueva España*, *México a fines de siglo* y otros. Su biografía sobre José Vasconcelos la analizo someramente; está inspirada en la admiración y el apego de Blanco a la obra del intelectual oaxaqueño.

Para destacar su labor de crítico literario tomé como pretexto el fallecimiento del poeta Jaime Sabines (19 de marzo), acaecido 11 meses después del de Octavio Paz. Lo tomé así porque Joaquín Blanco se ocupó de enjuiciar hace algunos años la poesía del bardo chiapaneco, así como lo ha hecho con tantos otros autores. El volumen *Crónica literaria* da cuenta de esa tarea.

Aprobar o exhibir los gustos literarios, reconocer las vetas que integran la personalidad de un escritor (sus complicidades o influencias) y corroborar actitudes para ponderar la trascendencia de quienes viven de las letras, es como Joaquín Blanco ha desarrollado su oficio de crítico literario. De forma tenue expongo y enumero sus logros en ese rubro, lo mismo que en el ámbito propiamente de la narrativa.

Como narrador Blanco tendió una especie de vaso comunicante con el periodismo, ya que sus novelas y cuentos están animados por los mismos seres ciudadanos y las tramas de todos los días, las que acontecen en la penumbra del hogar y la soledad, en la calle, en la oficina, en el súper, en los hoteles de paso. Son ejercicios de imaginación, pero apuntalados por las siluetas reales de la obsesiva ciudad donde habitan, como dice

García Márquez, seres humanos con deudas atrasadas, con dolores de muelas y que agonizan de amor pese a tanto protagonismo.

Decía John Dos Passos que para catalogarse alguien como novelista debe al menos escribir cinco novelas, Joaquín Blanco cumple la norma y antes de los cincuenta años ya las produjo. Es un género, según él, para sí mismo, para el goce de su escritura no de su cordura, por ello no le preocupa la inmortalidad de ninguno de sus personajes; no se ha molestado en inventar un Aureliano Buendía, una Susana San Juan, un Capitán Alariste. Los suyos son ajenos a cualquier grandeza; no hay estereotipos, sólo gente común que duerme, peca, viaja, se revienta en la infamia o anda suelto a salto de mata en la vida nocturna.

La literatura es resistencia, si tienes éxito es pésimo, si no también, según José Emilio Pacheco, la literatura es un mal negocio hasta para los editores, sentenciaba Rosario Castellanos; ésta no resuelve ningún problema, por el contrario, los crea, recalca Mario Vargas Llosa; lo único que sé es que el reto del novelista es conquistar territorios de sensibilidad, opina Federico Reyes Heróles... Pero ahí están, tercos, viviendo con ese estigma, con la incertidumbre de perderlo todo, menos la vocación. Así domestica también los fonemas Joaquín Blanco para crear sus cuentos y novelas. Un recuento de esa veta cierra este trabajo de tesis.

Aquí están vertidos los lineamientos prácticos que permitieron ordenar los conocimientos adquiridos y aplicar la experiencia personal. Me ocupé de un periodista literario cuyo prestigio está en buen camino, digo está porque la cimentación a través de la prensa escrita es más lenta que a través de los medios electrónicos. Cuando revisé algunas antologías y documentos encontré trabajos de cronistas que hoy se han vuelto televisivos; cito a David Faitelson, de TV Azteca y Joaquín López Doriga, de Televisa, y comparo la brecha que se abre entre el glamour de la imagen y el amor a las letras.

De todos modos, Joaquín Blanco es un feliz caso de un periodismo constructivo, proponente, expositivo, democrático, incluyente, sin cortapisas, que lo justifica más la belleza del lenguaje usado que la calumnia o la sumisión por la dádiva venida del

gobierno. Desde su nacimiento en el periodismo se adivinó como crítico y, en contrasentido también, como reconstructor del itinerario que siguen las minorías urbanas tras la loca persecución del ascenso, el poder y las imitaciones.

Un tiempo se le tachó como abanderado de la literatura gay (como si hubiera física gay, matemáticas gay, etc.), a lo que respondió escribiendo y ubicando sus derechos como ciudadano que tiene preferencias pero que no comparte sectarismos. Si bien es cierto que tuvo valentía para escribir sobre ese tema también provocó el enfado de ciertos gurúes de la cultura, lo que en ocasiones le ha valido el rechazo o la injuria. Ello no lo desconsuela, lo ubica para la vida y el temple de seguir conquistando los derechos que hasta la propia Constitución otorga.

Escritura y lectura, periodismo y anécdotas, retratos y paisajes verbales, crónicas y novelas, ensayos y poesía, tantos binomios pueden describir a José Joaquín Blanco porque de esa materia está constituida la inversión de sus años y su tiempo libre. Considero que esta investigación debe aportar una de las tantas vías para entender el pensamiento de un periodista que vincula su quehacer intelectual con las transformaciones del mundo actual y en particular de nuestro país y sus múltiples cambios que bifurcan, trastocan o enriquecen la cultura.

Espero que este reportaje contribuya a alentar el estudio o la investigación sobre la obra de otros periodistas, cuya tarea académica está incluso ligada a la vida de nuestra universidad, como ya otros egresados lo hicieron con don Fernando Benítez y con el desaparecido Manuel Buendía. Creo que acercándonos a los periodistas podremos ser mejores en el ejercicio y en las intenciones de la democratización de la cultura. El privilegio de permanecer está en las buenas obras y en la disciplina; por ello quise destacar la labor de un periodista que también conoce esas virtudes y no se ufana onerosamente en el interior de su conciencia.

Mayo de 1999

CAPÍTULO I

A. La crónica, un eje paralelo de la historia

Cronista por excelencia, narrador sin par, el periodismo se parece un poco a la humedad y al viento. Hace puertas de los intersticios y se cuele, se filtra por inverosímiles espacios. Presente en todo espectáculo, ha de escuchar las conversaciones tenidas por secretas y ha de mirar de modo natural cuanto su protagonista tiene por asombroso. El periodismo es lúcida mente sin reposo, creador sin obra final.

Julio Scherer García

Se acabaron los llaneros

México es todas las ciudades, afirma Elena Poniatowska, es París y Nueva York, Berlín y Madrid, Varsovia y Praga. Tiene todas las edades, es prehispánica y es moderna. Es horrible y es fascinante. Es cruel y es díscola, da puñaladas traperas y besos tronados. Sórdida y homicida, es asquerosa y es niña de primera comunión. Ningún organismo humano debería soportarla y sin embargo aquí seguimos ofrendándole nuestros pulmones planchaditos para que ella los arrugue.

La ciudad es el desastre y la carroña –continúa la autora de *Todo empezó en domingo*–, el Castillo de Chapultepec y la Pasión de Iztapalapa de cada Viernes Santo desde hace 150 años en el Cerro de la Estrella. El zoológico es el espejo en que nos reconocemos, nunca fuimos tan dulces como frente al osito panda, nunca tan consentidos como ante la jaula de los changos. Si ya no hay llaneros, es porque los llanos se acabaron, todavía en algunas calles los chavos se echan balonazos. El Distrito Federal ha perdido su aire de campo, hasta los gallos son ciudadanos y los guajolotes pavos de supermercado, ya no

hay campesinos ni rebozos -¿será cierto Elenita?-, ni sombreros de paja, la población dejó de ser rural, hoy muchos hablan en inglés: *okey, fuck you, shit, bye, ciao*, aunque sea italiano.

Ese es el escenario, con su gente y su vida, con sus remordimientos y vaivenes, frustraciones y olvidos, "con sus vulgarísimos burgueses" como escribe el poeta Efraín Huerta, donde se desenvuelven todas las clases sociales del México moderno y del que repetidamente el cronista José Joaquín Blanco ha hecho su marco teórico y materia prima para su trabajo periodístico.

José Joaquín Blanco hace crónicas urbanas. Es periodista, ensayista, narrador y poeta. Es claro y contundente. Deambula para encontrar un espacio y la vida se lo ha dado, o mejor dicho se lo ha ganado. Su tema predilecto al hacer periodismo es la clase media urbana "como una desvelada función de medianoche, entre los artificios del consumo y de la civilización del bienestar".

Si ya en el siglo pasado, Manuel Payno, Francisco Zarco, Ignacio Manuel Altamirano y Guillermo Prieto, por mencionar sólo algunos, hicieron las páginas notables de la vida cotidiana y política de la república, en esta centuria que está por concluir Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Fernando Benítez, José Revueltas, Vicente Leñero, Carlos Monsiváis y tantos otros exponentes de la crónica han hecho un rostro vivo y un retrato de nuestro país, pero especialmente de la ciudad de México. Quizás por el centralismo que nos ocupa en todos los órdenes de nuestro federalismo, llámese cultura o religión, política o reparto agrario, indigenismo o desarrollo social, impuestos o dádivas del gobierno, etc.

Cómo empezó aquello de escribir la crónica

Conformada por la palabra, medida por el tiempo y enriquecida por historiadores y prosistas, la crónica se convirtió desde su nacimiento en vehículo transmisor de la información con el mayor cúmulo de detalles posibles, la función que la crónica ha

cumplido disipa un margen tolerante que encuadra una manera franca de escribir la historia. Como ejemplo típico puede recurrirse a la época colonial, cuando el cronista español Bernal Díaz del Castillo, quien participó en la conquista de México, relató ese acontecimiento en su *Historia verdadera de los sucesos de la conquista de la Nueva España*.

Producto de cada época y de cada periodo histórico de México, la crónica floreció en gacetas, folletos, hojas volante, papeles y periódicos. Testimonio de costumbres, modas, giros transformadores, advenimientos, clases sociales, revolución, desarrollo industrial, etc., todas las minucias que acompañan una época son y han sido referencia obligada para construir la crónica.

En 1992 la Secretaría de Gobernación, el Grupo Industrial y Comercial Pipsa, y el grupo editorial Azabache decidieron publicar una antología de la crónica en México de los últimos cinco siglos. Son cien crónicas divididas en cinco grandes apartados que, paradójicamente, la división no es cronológica, sino por subgénero: crónicas históricas, crónicas de viajes, crónica en movimiento, crónica de la federación y crónica literaria.

El volumen, bellamente empastado, muestra en la portada y contraportada un *collage* de fotografías y pinturas que son síntesis anticipada de su contenido. De Moctezuma a Zapata, los códices precolombinos, los murales de la Conquista; edificios coloniales, la Alameda Central, la Revolución, los centros nocturnos del desarrollo estabilizador, los juegos olímpicos, las etnias de nuestro país, los sismos del 85, los foros, los tianguis, las pulquerías, etc., son estampas que anteceden a las imágenes que mediante la multitud de recursos literarios los cronistas han impreso su visión de nuestro país.

Los archivos y colecciones Casasola, General de la Nación, *El Nacional*, *La Jornada* y *Proceso* apoyaron cada pincelada periodístico-literaria con las fotografías más exactas al hecho narrado o descrito. Como códigos de mil voces están ahí las placas sobre plata y gelatina de Tina Modotti, los hermanos Mayo, Rogelio Cuéllar, Frida Hartz, Fabrizio León, Nacho López y otros artistas de la lente.

Guerreros, historiadores, periodistas, cronistas, escritores incipientes, premios Nobel, etc., todos han escrito algo sobre México, escudriñándolo desde la mirada interior. Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Fray Servando Teresa de Mier, Guillermo Prieto, Martín Luis Guzmán, John Reed, David H. Lawrence, André Breton, Manuel Gutiérrez Nájera, Renato Leduc, José Revueltas, Salvador Novo, José Joaquín Blanco..., sería interminable la lista como imposible la resurrección de todos los textos que alguna arista le han pulido al México de todas las edades.

En la historia de la crónica -afirma Vicente Leñero en la introducción de la antología-, la crónica se entiende a sí misma, desde su origen, como la forma literaria de la historia; como expresión escrita de ese intento mayúsculo por transcribir los hechos, por detenerlos, por fijarlos a fuerza de palabras en el tiempo. La historia es una crónica, agrega el actual vicepresidente del consejo de administración de la revista *Proceso*, cadena de relatos que repasan y viven y reviven los acontecimientos de la vida política y social de una nación. Bitácora del tiempo que se nos va escapando a cada instante y que el recurso narrativo intenta retener en la memoria colectiva: como legado y como ajuste de cuentas para el cercano futuro.

El empeño formal antes que la urgencia informativa

Más académicamente, el dramaturgo y novelista Leñero, así como el periodista y profesor Carlos Marín, en su libro *Manual de periodismo* asientan que crónica es la exposición, la narración de un acontecimiento, en el orden en que fue desarrollándose. Se caracteriza por transmitir, además de información, las impresiones del cronista. Más que retratar la realidad este género se emplea para recrear la atmósfera en que se produce un determinado suceso.

Para Máximo Simpson la crónica gira en torno a un propósito fundamentalmente informativo y requiere que el reportero haya sido testigo (ingrediente incondicional) de lo que relata. Aquí es pertinente agregar que el reportero al ser testigo y contar los hechos desde sí mismo no lo libra de la subjetividad, pero le brinda la oportunidad de acceder al

nivel literario –por el uso creativo del lenguaje– abordando acontecimientos de carácter social. Además, no debe olvidar el orden temporal, pues relata sucesos en orden cronológico, aunque la narración pueda estructurarse de diversas maneras (recuérdese la pirámide normal o la mixta).

Simpson separa la crónica como género periodístico-literario de la mera cronología (enumeración de fechas) y de aquellos textos en los que la sola presencia del elemento temporal da pie a la confusión entre crónica y otros géneros como el informe retrospectivo, el artículo de fondo o el ensayo.

El especialista coincide con otros autores en que las formas básicas del discurso de la crónica son la narración y la descripción, aunque esta última siempre es tributaria de la primera, “contrariamente a lo que ocurre con la estampa o la semblanza, en donde la descripción de atmósferas y personajes tienen un valor autónomo”.¹

Para Carlos Monsiváis, crónica es la reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas... “El juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos y vividos desde la interioridad ajena. Tradicionalmente –sin que esto signifique ley alguna– en la crónica ha privado la recreación de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias y denuncias”.²

Subraya el autor de *Días de guardar* que a los conquistadores españoles la crónica les resulta instrumento de consolidación: “Los cronistas de las Indias observan, anotan comparan, inventan. Su tarea es hacer del Nuevo Mundo territorio habitable a partir del coraje, la fe, la sorpresa destructiva ante los falsos ídolos (...) Cortés en sus *Cartas de relación*, Bernal Díaz del Castillo en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Francisco Cervantes de Salazar, Motolinía, Sahagún, Mendieta, Durán, Muñoz Camargo o Hernando Alvarado Tezozomoc dan fe de este empleo múltiple de la

¹ Simpson, Máximo “Crónica, cronología y narración testimonial”, en *Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación*, núm. 7, México, UNAM, 1983, p. 20.

² Monsiváis, Carlos *A ustedes les consta (Antología de la crónica en México)*. 1ª ed. 2ª reimpr. México. Ediciones Era, 1985, p. 13

crónica: sustitución o anticipación de la historia, argucia contra el olvido, regalo del proselitismo religioso, tributo funeral a los vencidos"... Pero ¿qué dicen quienes hoy hacen crónica y ejercen el oficio?...

Si eres cronista debes tener lectores

En entrevista con quien esto escribe, la cronista y profesora de periodismo Elina Hernández Carballido dice que la crónica siempre será un relato porque recrea un hecho que el periodista presencié, a diferencia del reportaje donde la parte medular es la investigación. En la crónica el periodista tiene la prioridad de decimos cómo fue el acontecimiento desde su perspectiva, aunque esa parte ya lo haga un tanto subjetivo.

Hernández Carballido, quien al obtener el grado de maestría en la UNAM hizo un análisis de la nueva corriente periodística en México ejercida por escritores como Ciro Gómez Leyva (*Reforma*) y Pascual Salanueva (*La Jornada*), opina que la crónica funciona como tal por el solo hecho de que retome un aspecto social de la vida cotidiana, como puede ser la recreación del tumulto en un mercado sobre ruedas, por mencionar un ejemplo: "Uno puede hablar de acontecimientos, como una corrida de toros, que tal vez no tienen la trascendencia de una devaluación monetaria, la toma de posesión de un presidente o la llegada del Papa Juan Pablo II, pero finalmente son acciones humanas que merecen ser recordadas porque son manifestaciones sociales del mexicano, es la parte cultural que después se convierte en historia".

A juicio de la especialista un ejemplo de buen cronista actual es Hermann Bellinghausen del periódico *La Jornada* quien continuamente está en Chiapas viviendo momentos cruciales del movimiento zapatista iniciado el 1 de enero de 1994. "Bellinghausen ha hecho crónicas de fútbol, de eventos diversos, de conciertos masivos, pero tiene una característica muy importante como cronista: la sensibilidad ante la situación, se involucra periodísticamente hablando, no hace propaganda ni mitin político, sino participa conviviendo, lo cual le ha dado la oportunidad de describirnos escenas crudas de los indígenas chiapanecos, dramáticas y con una actualidad

admirable. Además, se me hace un gesto de valentía de su parte haberle rechazado al gobierno un premio nacional de periodismo (en 1995) por denunciar algo que el mismo régimen ha propiciado, como es la miseria de los indios”.

En opinión de Gustavo García, periodista, experto en literatura y cine, la crónica tal como la conocemos no tiene como antecedente a los cronistas de Indias, por una sencilla razón: ellos al escribir no lo hacían para que sus textos fueran conocidos masivamente. No escribían para el gran público, para un periódico, sino para la Real Audiencia, para el Rey, en el caso del propio Hernán Cortés.

Es decir, destaca el ex colaborador de *Unomásuno* y *El Financiero*, un cronista contemporáneo al estilo Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano o El Nigromante, sí es un periodista. No sirve de mucho pensar en los cronistas de Indias como antecedente, aunque la palabra es la misma, el género es totalmente diferente, por la sencilla razón de que el medio y el fin concebidos son diametralmente opuestos. “Cuando escribes como periodista lo haces para que te lean miles de personas, ello te obliga a cierto humor, pero te cancela cierta erudición. Te conduce a un estilo muy ligero. Bernal Díaz del Castillo no tenía para nada eso en mente, lo que quería era ajustar cuentas con sus propios compañeros, con los otros cronistas”.³

Sobre esto último, el mismo José Joaquín Blanco argumenta que tanto Hernán Cortés⁴ como Bernal ofrecieron historias caballerescas por crónicas. Cualquier insignificancia fue historia para Bernal: el día que parió una yegua, aquella vez que no tuvieron para comer sino unos cuantos quelites, etc.

Como un ejemplo, en su crónica *Un collar para Moctezuma*, Cortés narra que en ese tiempo la ciudad de Iztapalapa tenía unos doce o quince mil vecinos; está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la tierra

³ Conversación personal con el periodista Gustavo García, en Editorial Clío, 22 de octubre de 1998.

⁴ Cortés era muy joven cuando conquistó nuestro país, llegó a Veracruz —lo fundó— el 22 de abril de 1519, un Viernes Santo. Tenía 34 años de edad, “vive seis años épicos que lo vuelven héroe mundial y hacen que todo mundo, empezando por el propio conquistador, lo compare con Julio César, un tanto irreverentemente pues los méritos de Cortés, no inferiores a los de César tanto en el sentido militar como en el literario, son los de un capitán y no los de un emperador”

firme... "Iztapalapa, Mexicalcingo, Tenochtitlan, ciudades majestuosas. Una calzada tan ancha que pueden ir por ella ocho de a caballo a la par. Nos salió a recibir aquel señor Moctezuma, con hasta doscientos señores. Palpar la tierra y besarla, ceremonia de los principales. Le fui a abrazar solo, pero aquellos señores que con él iban me detuvieron de las manos para que no lo tocara. El emperador muestra su cuerpo, dice: Soy mortal y palpable, de carne y hueso, como vos".⁵

Francisca Robles, investigadora y académica del Sistema de Universidad Abierta de la FCPyS, contradice a Máximo Simpson al restar importancia a la prioridad informativa que debe contener la crónica; recalca que ésta debe relacionar los sucesos cotidianos, no solamente los noticiosos. "Está confundido el concepto porque se cree que solamente lo noticioso es motivo de la crónica, en ese sentido creo que las valoraciones deben corregirse. La crónica debe dejar huella de cómo estamos viviendo; no tenemos un registro de nuestro pasado, el que existe fue hecho por quienes ganaron culturalmente una posición; nos invadieron. La crónica de la conquista, por ejemplo, está hecha por los conquistadores, no hay una versión de los conquistados".

La investigadora ve con cierta preocupación la forma en que hasta nuestros días sigue ejerciéndose el periodismo desde la enseñanza hasta la práctica, y que quizás a ello se deba la poca producción de cronistas ejemplares en la nómina –apenas si enumeró a Jaime Avilés y a José Joaquín Blanco.

"El conocimiento del periodismo no es científico, está muy allanado, como periodista te formas haciéndolo ya que nuestros marcos teóricos están muy descuidados. Aquí en la Facultad (FCPyS) 'Géneros periodísticos' te lo dan como una herramienta para hacer periodismo, pero no hay 'Teoría de la mediación' o 'Teoría de la percepción'. Te cuidan la expresión pero no los colaterales que determinan el mensaje".⁶

Otro elemento que también deforma la vértebra de la crónica, según la especialista, es que tanto el cronista como el medio donde se publica tienen intereses de diversa índole.

⁵ *México en cien crónicas*. Pról. de Vicente Leñero. México. Pipsa/Grupo Editorial Azabache, 1992, p. 10.

⁶ Conversación personal con la profesora Francisca Robles en la FCPyS de la UNAM, 14 de noviembre de 1998.

"En ese sentido el periodista asume desde dónde va a ver la realidad y a cuál voz le va a dar vida y a cuál va a censurar. Carlos Monsiváis, por ejemplo, a nadie le da voz, él habla, es su crónica personal de cómo vive un determinado suceso; creo que es egoísta. No da fuentes, no adjudica información, creo que más que crónica todo lo que se publica en los medios son relatos, es algo que ya pasó y a uno como lector le llega minado desde el punto de vista del otro".

El oficio de cronista incluye el de literato

La periodista y poeta Lucía Rivadeneyra argumenta que la crónica es un género que permite tener expresiones literarias. Su lenguaje debe ser claro, pero el cronista tiene la libertad de recrear las atmósferas bajo su propia perspectiva. En consecuencia es necesario que éste tenga un marco de referencia lo más amplio posible para hacer uso de un abanico de ideas, datos y palabras intensas, cálidas, precisas, que no rebuscadas; lo cual hará que el lector se involucre en el texto que lee, a tal grado que se sienta participe del mismo. Es muy importante respetar también el lenguaje coloquial, cuando la crónica misma o los personajes lo exijan.

"Una de las grandes discusiones, entre los periodistas ortodoxos y los que no lo son, es que la literatura no tiene nada que ver con el periodismo. En cierto sentido los primeros tienen razón, en la medida en que el cronista (periodista) trabaja con hechos, realidades, verdades y los literatos con ficciones, aunque partan de hechos reales".⁷

Plinio Apuleyo Mendoza, prestigiado periodista latinoamericano que, según coinciden diversos críticos, ha hecho la mejor entrevista al laureado novelista y Premio Nobel Gabriel García Márquez (bajo el título *El olor de la guayaba*), confiesa que siempre que le preguntan cuál es la distancia entre el periodismo y la literatura no sabe qué contestar..."Usualmente se piensa que no hay punto común entre un oficio subordinado a la información y a la actualidad —es decir a lo inmediato— y un arte que como tal busca

⁷ Rivadeneyra, Lucía *Hacia la pasión periodística (Taller de prácticas periodísticas I)* México UNAM (FCPyS-SUA), 1995, p. 42

lo profundo intemporal y perdurable. En lo que a mí respecta, creo que todo género periodístico, si se trabaja con rigor no sólo en su forma sino en sus significados, puede ser también un género literario. O en otras palabras que el periodismo puede ser arte.

“De hecho grandes escritores que fueron también grandes periodistas lo han probado. *A sangre fría* de Truman Capote, es a la vez un reportaje y una novela magistral. También lo es *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez, donde el hecho real está apenas transfigurado. John Dos Passos, en su famosa trilogía, puso al servicio de una ambición novelística comparable a la de Balzac (*realizar el fresco de una sociedad en una etapa histórica*) las técnicas de un reportero. Hemingway o Graham Greene aprovecharon en sus novelas mucho de lo aprendido como periodistas. Y aunque nunca lo hubiesen sospechado, periodistas y aún cineastas lo fueron Charles Dickens y Gustave Flaubert por su capacidad de dar un sustento de hechos e informaciones muy exactas a sus fabulaciones, y en Flaubert, especialmente, por la aptitud de visualizar escenas casi de manera cinematográfica”.⁸

Puedo decirte que las conozco todas

La destreza en la escritura es parte de la habilidad emocional que los años y los libros leídos han dejado en cada individuo. Quien esto escribe escuchó decir en alguna cátedra a don Fernando Benítez que como periodistas sólo nos quedaba un destino: leer y escribir mucho, y si ese hábito no lo teníamos ni deseábamos adquirirlo entonces qué hacíamos sentados en aquellas butacas del aula que por cierto hasta la fecha conserva su nombre (Fernando Benítez) en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Don Fernando, autor de los cinco tomos de *Los indios de México*, asegura que su verdadera vocación es de lector de novelas: “Prácticamente puedo decirte que las conozco todas”. Este amor que profesa Fernando Benítez por la literatura lo ha

⁸ Apuleyo Mendoza, Plinio. *El sol sigue saliendo*. Venezuela. Monte Avila Editores Latinoamericana, 1994, p.15.

extendido hasta el periodismo. Para el escritor mexicano no existen barreras entre el periodismo y la literatura: el buen periodismo es también buena literatura y el mal periodismo es mala literatura.

Periodista cultural por antonomasia (*“La Cultura en México”, Unomásuno, La Jornada,* etc) don Fernando fue por más de dos décadas catedrático de la FCPyS. Durante sus clases regresaba a sus labios mucho aquel consejo: “la primera lección que ustedes, estudiantes de periodismo, deben aprender, es que nunca estarán solos en su papel de periodistas, sino que siempre tendrán a su lado seis formidables esclavos: Quién, cuándo, dónde, cómo, qué y por qué”.

Rosa Montero, escritora madrileña, conocida en España como la Musa de *El país*, periódico para el cual labora desde 1976 y de cuyo suplemento dominical ha sido redactora en jefe, afirma que para ella el periodismo es un género literario, “de manera que la literatura influye en el periodismo en la medida en que es parte de mi literatura. El periodismo que yo hago (artículos, entrevistas largas, reportajes muy literaturizados) es un género literario y además puede ser tan importante y tan glorioso como la novela, como el ensayo, como el teatro”.

La autora de múltiples novelas, entre ellas *Crónica de desamor* (1995) y ferviente admiradora de Truman Capote, comenta la extrañeza que le causan quienes quieren separar el binomio periodismo-narrativa, “cuando lo normal es que los escritores no cultiven sólo un género. Es rarísimo un escritor que lo haga, normalmente son dramaturgos y poetas, ensayistas y narradores, periodistas y literatos... Graham Greene lo ha sido, Fedor Dostoievsky lo ha sido, ya no se diga García Márquez...”⁹

La crónica de un día cualquiera

En junio de 1990 para celebrar su número 150 la revista *Nexos* invitó a reporteros, cronistas escritores, ilustradores e investigadores a ejercer esto de retratar la vida de la

⁹ Fernández Chapou, Maricarmen. “La escritura es mi protección frente a la nada” En *El Financiero*, Sección cultural México, 5 de mayo de 1998, p. 44

ciudad de México mediante palabras e imágenes y a pescar el tiempo de todos los rincones, en síntesis a hacer crónica.

En esto que denominaron "La crónica de un día cualquiera" medio centenar de autores contaron las horas y lo que acontece en ellas al paso de vaivenes, soledades, tumultos, magnificencias, usos, laberintos, sorpresas y los mil y un motivos que saludan o golpean la vista, los oídos, el olfato de quien pasea o vive o sufre la ciudad de México: sus calles, sus trampas matutinas y nocturnas, sus ánimos festivos y la respiración de sus habitantes en el preciso momento en que se homea el pan, la niña interroga el espejo, los ojos encuentran otros ojos y las alcobas duermen, además de otras cosas dignas de olvido o quién sabe.

Héctor Castillo Berthier, músico, baterista del grupo Arpía, abre el desfile de crónicas con una alusiva a la central de abastos, recreando el ambiente un día x a las cuatro de la mañana. Lo cierra el reportero y ex director de *Notimex* Raymundo Rívapalacio con "Mi noche en patrulla", un episodio contado a las 3:30 a.m. del día siguiente.

Cada media hora, cada 20 minutos o cada 15 un cronista releva al que sigue para contar qué pasa en los camiones, en el metro, en los barrios, en las plazuelas, en los cabarets que amanecen para guñar con algún pecado al sol: remolinos de concreto, desvelos que atosigan el sueño de los infantes, fútbol de medio día para distraer el tedio o caer más en él, el tianguis con la oferta encantadora para el bolsillo de las amas de casa, la ineludible Plaza de la Constitución con sus mítines y su homenaje puntual a la bandera, los albañiles trepados en el andamio para bajar a punta de piropos sus *chiflidos a las damas, la taberna y la pulquería con sus nostalgiazos a la José Alfredo Jiménez y a la Tomás Méndez, cucurrucucú paloma...*

Los lindes del Distrito Federal con el Estado de México y sus mil colas de combis y transeúntes, los chapoteaderos con decenas de familias simultáneas aprendiendo a nadar en la antihigiene, los museos con sus incomprensibles misterios para el gran grueso de la población, el amor en los tiempos del órale en banquetas y jardineras, el subempleo y el desempleo con sus miles de rostros sin consuelo... todo pasa en esta

urbe que no sucumbe ni dormita cuando el cronista quiere aparte de tomarle una foto tender un puente para la imaginación literaria o, por qué no, también para la imaginación sociológica que Wright Mills conceptúa como la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano y de ver la relación entre ambas cosas.¹⁰

Emiliano Pérez Cruz, Fabrizio Mejía Madrid, Javier Aranda, Juan Villoro, Marta Lamas, Fernando Solana, Luis Franco Ramos, José Joaquín Blanco ejercen sin recato la recreación de todo el cosmos cotidiano que dibujan las multitudes y los grupos minoritarios, actores obligados de una ciudad que se mueve en cualquier minuto del mediodía y de la madrugada. Como consecuencia la crónica se facilita en cualquier instante.

No olvides el tiempo y el espacio

El estudioso de los géneros periodísticos Julio del Río Reynaga afirma que al periodismo nada le es ajeno en tanto esté ahí lo social, en tanto haya ahí una relación de conflicto o de cooperación entre los seres humanos, por tanto en la salud del periodismo, en cierto grado, está en juego la salud mental y espiritual de las comunidades. El periodismo elabora los mensajes cotidianos con fundamento en los sucesos que generan los actores sociales, incluyendo al mismo periodista. Estas expresiones pueden tener diversos contenidos (políticos, económicos, educativos, etc.) y sus conductos son los distintos géneros, entre ellos la crónica. En éste la noticia se ordena en forma decreciente y cronológicamente, y se usa la narración y la descripción. Aquí el tiempo y el espacio, pero sobre todo el primero, dan unidad al relato.

Sentencia Julio del Río que sin información no hay periodismo, o es vacuo; se torna un simple malabarismo verbal, sin sustancia. No obstante, coincide que el periodismo es literatura porque usa el lenguaje para expresarse de forma bella y elegante... "Ensayos

¹⁰ Wright Mills, Carl *La imaginación sociológica* 11ª reimpr., traducción de Florentino M. Torner México FCE, 1986, P. 27

de Alfonso Reyes, Salvador Novo, Carlos Monsiváis; reportajes de Fernando Benítez y entrevistas de Elena Poniatowska, sin dejar de estar apegados a los hechos que comentan, analizan, nos los han entregado con una prosa inteligente, con imaginación (no ficción) y sensibilidad estéticas”.¹¹

Hortensia Moreno Esparza, quien ha publicado crónicas en la revista *Nexos*, expone que desde el siglo pasado hasta nuestros días destaca dentro del periodismo mexicano la constante presencia de cronistas-intelectuales preocupados por los procesos sociales, políticos y nacionales y paralelamente por el trabajo estético del lenguaje, ello los vuelve muy importantes para la cultura nacional.

“La crónica de alguna manera conserva características de ese periodismo tradicional que conlleva un trabajo más cuidadoso y precisamente por ello más literario. Sería ese un rasgo esencial del periodismo mexicano que se puede combinar con la otra cara del periodismo comercial, rápido, eficaz, eficiente, muy al día”.

Moreno Esparza, secretaria de redacción de la revista *Debate feminista* y editora de las publicaciones del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, reitera que el trabajo que envuelve la crónica es un periodismo lento; va en otro ritmo, es un periodismo que nosotros compilamos en antologías, lo guardamos, permanece, sigue teniendo vigencia cien años después de que se escribió, a diferencia de los géneros rápidos, como la nota informativa, que de un día para otro ya no sirve, caduca. La diferencia radica sobre todo en el valor literario y en la penetración que tiene esa mirada más cuidadosa sobre el mundo, sobre los objetos; una mirada que permite la reflexión además de la simple exposición de los hechos.

¹¹ Del Río Reynaga, Julio. *Reflexiones sobre periodismo, medios y enseñanza de la comunicación*. México. UNAM, 1993, p. 13.

B. José Joaquín Blanco: el oficio de cronista

¡En qué atmósfera de cívica angustia
mi adolescencia se definió!
Hasta cierta edad la juventud no se
gasta, porque se invierte. Su capacidad
no se aplica: se configura.

Jaime Torres Bodet

Era un muchacho con ganas de estudiar economía

En la crónica los pormenores revisten la anécdota como el verso a la poesía. Su calidad estriba en la riqueza del lenguaje de quien practica el oficio de cronista. Así, bajo el tenor de los múltiples géneros literarios el escritor y cronista José Joaquín Blanco ha tejido su labor periodística. Cinco son los volúmenes que compilan las crónicas de este autor: *Función de medianoche*, *Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon*, *Los mexicanos se pintan solos*, *Un chavo bien helado* y *Se visten novias*.

José Joaquín Blanco nació el 19 de marzo de 1951 en la ciudad de México. Los primeros años de su infancia los vivió en los estados de Hidalgo y Tlaxcala. Cursó sus primeros estudios en Tulancingo y la capital tlaxcalteca —en un internado de curas—, para luego terminar la secundaria en el Distrito Federal. Posteriormente ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria y luego a la Facultad de Filosofía y Letras donde estudió la licenciatura en Letras Hispánicas.

“Siempre quise ser escritor, pero dudé bastante si cursar Historia, Periodismo, Economía o Letras; finalmente me mandaron a Letras porque la carrera que había escogido, Estudios Latinoamericanos, no tenía aprobado el plan de estudios por el Consejo Universitario y cuando llegó el día de inscribirnos a todos los aspirantes a ese plan nos acomodaron en Letras Hispánicas, la cual no me agradó por impráctica. Es una carrera para profesores de español, tiene varias materias lingüísticas inútiles que

me hicieron perder mucho tiempo y no me han servido para nada, contrariamente a las materias literarias, bastante útiles".¹²

Al rememorar su adolescencia recuerda sus primeras letras que fueron publicadas cuando cursaba el tercer año de secundaria a raíz de haber ganado un concurso de oratoria en el periódico *El Universal*, que fue promocionado por el Partido Revolucionario Institucional. Se abrió la oportunidad en *Revista de revistas* y luego a los 17 años comenzó a publicar en revistas de la preparatoria, *Letras potosinas*, *El cuento*, *Punto de partida*, entre otras.

"Tuve suerte, en la prepa 1 había profesores al modo antiguo que se tomaban el trabajo de tratarnos, de encauzarnos a quienes teníamos inquietudes literarias. Fue así como tres o cuatro maestros colocaron mis escritos. Todos ellos eran escritores o periodistas. Recuerdo fundamentalmente a Arturo Sotomayor, un cronista de la ciudad de México, a Luis Noyola Vázquez, un potosino muy famoso en el medio literario porque fue el autor del primer estudio serio que se hizo sobre Ramón López Velarde, y a Joaquín Conde, un refugiado español".

A fines de 1969 Blanco conoció a Gregorio Ortega, director de la *Revista de América* y quien en los años veintes como reportero de *El Universal* y *El Universal Ilustrado* logró notoriedad con sus entrevistas-crónicas a manera de breves y eficacísimos retratos. Ortega dio la oportunidad al joven Blanco de tener una columna que se llamaba "Tribuna de la juventud". Luego le cambió el nombre pero apareció durante poco más de cinco años. Cuenta el autor de *Se llamaba Vasconcelos*, que cuando necesitaba dinero Ortega le dejaba publicar hasta tres colaboraciones en un mismo número. *Revista de América* era una especie de *Siempre!*, pero de menor categoría, según el propio Blanco. Muy oficialista, circulaba más en las oficinas de gobierno.

¹² Conversación personal con José Joaquín Blanco en la cafetería "El Péndulo", Nuevo León 115, Col. Condesa, 16 de diciembre de 1998.

Muy parecido a Le Monde y a El país

En 1973 José Joaquín Blanco empezó a colaborar en la revista *Siempre!* de don José Pages Llergo, donde tuvo la oportunidad de colaborar con Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar Camín, Jorge Aguilar Mora, Adolfo Castañón, Rolando Cordera, David Huerta, entre otros. En 1978, a los pocos meses de fundado el *Unomásuno*, Blanco ingresó a éste... "Fue un caso milagroso, dice Blanco en entrevista al tiempo que le embarga la emoción. Al principio lo fundaron exiliados de *Excélsior* y tuvo éxito, pero luego se le ocurrió al loco de Becerra Acosta, director del rotativo, contratar demasiados jóvenes; entonces se volvió una maravilla, todo mundo tenía entre 20 y 22 años, impregnaban mucha energía, mucha imaginación, mucho entusiasmo que no tenían los otros matutinos de gente establecida. De hecho ni *La Jornada* pudo reproducir ese tono años después porque ya había varios viejitos".

En noviembre de 1977 se fundó *Unomásuno*, llamado así, asegura José Agustín en su *Tragicomedia Mexicana*, porque sus promotores ganaban adeptos "uno a uno". Durante un buen tiempo el rotativo fue bastante aceptado. El formato tabloide, al estilo *Le Monde* o *El País*, lo hizo distinguirse; eliminó los fastidiosos pases de página, y los artículos editoriales en lugar de estar en una sola página fueron repartidos en las distintas secciones del periódico. Por primera vez en México la sección cultural abarcó varias páginas y el suplemento "Sábado", dirigido por Fernando Benítez, se distinguió en el acto; con el tiempo el nuevo diario se multiplicó en otras publicaciones, entre las que sobresalieron *Fem*, la primera revista feminista de importancia, y *Nexos*, dirigida primero por Enrique Florescano y después por Héctor Aguilar Camín.

En su crónica "Otra prosa periodística", publicada el 16 de noviembre de 1978 en *Unomásuno*, Blanco hizo una defensa del estilo y los propósitos del periódico: la creación de una prosa periodística peculiar, opuesta al lenguaje impositivo de los mass-media. "Queremos noticias que contengan respuestas o elementos de respuestas, a determinados cuestionamientos; y no los mensajes que al poder y al capital le convienen, e imponen en fórmulas que no invitan a la razón, a la discusión ni a la duda, sino se establecen verticalmente hacia abajo en juicios, imágenes y *slogans* unívocos.

“La prosa que buscamos quiere ser, por el contrario, plurivalente y horizontal (como a través de una mesa de café o de cantina), entre un periodista que habla a su igual (en lugar de una empresa que condiciona a sus consumidores silenciosos) y con el lenguaje cotidiano (opuesto al autoritarismo tecnológico con que los mass-media abruman la mente y la sensibilidad del individuo). Esta horizontalidad de la prosa permite personalizar las crónicas, entrelinear emociones, destacar aspectos laterales matizar y sobre todo proponer (no imponer) informaciones, ideas y comentarios”.

A la defensa de la prosa democrática Blanco hizo un repaso de las glorias nacionales que ha dado el periodismo mexicano como ejemplo de que aún en un ambiente antidemocrático —en la floreciente etapa de *Unomásuno* fue cuando López Portillo dijo “yo no pago para que me peguen”— puede practicarse o por lo menos intentar la sana interacción entre la sociedad y los comunicadores para bien de la cultura. Al respecto Blanco afirmó: “gran parte de la cultura y del lenguaje mexicanos se han hecho en el periodismo. Nombres que significan épocas y representan a lectores solidarios: Lizardi, Fray Servando, Bustamante, Alamán, Ramírez, Zarco, Payno, Altamirano, Prieto, Gutiérrez Nájera, Micrós, Tablada, Posada, Flores Magón, López Velarde, Reyes, Vasconcelos, Guzmán, Caso, Novo, Cuesta, Cosío Villegas, Leduc, Alvarado, Revueltas, Sotomayor, Martínez de la Vega... Hay una hermosa tradición dispuesta a ser perseguida”.

Hace muchos años que no gano un premio

“Hace más de veinte años que no gano un premio, pero sí me gustan, sobre todo si incluyen una buena cantidad económica la acepto. Lo que no me gusta, no va con mi carácter, es andar cabildeando, pidiendo recomendaciones, yendo a cocteles, hablando por teléfono y todo ese *glamour* que conllevan los galardones, y lamentablemente en México si no dices ‘yo estoy aquí’ no se fijan en ti. De estudiante obtuve varios premios, pero desde 1973 que gané uno de Promesa Literaria no he obtenido otro”. Ese reconocimiento fue otorgado por la familia de la intelectual Diana Moreno Toscano, quien murió muy joven y lo que pensaban heredarle lo hicieron un fideicomiso para

jóvenes escritores menores de 25 años con cierta obra publicada. Tuvo diez ediciones, lo obtuvieron José Joaquín Blanco y otros nueve literatos y periodistas. Él atribuye que no ha ganado el Premio Mazatlán ni el Xavier Villaurrutia por ser crítico literario y "los críticos literarios no somos muy queridos. Y bueno además eso de las preseas llegan cuando uno menos las espera".

Si gana o no galardones, de todos modos a Blanco la gente lo lee y eso por lo menos ya es el mejor homenaje que un escritor puede recibir en vida. Sus crónicas han sido siempre esperadas por sus lectores, aunque ahora se dedica más a la crítica literaria, porque a decir de él es lo que más le gusta, lo que mejor sabe hacer. Considera que como cronista ya casi dijo todo lo que debía decir. Cree fielmente en la sentencia que desde el siglo pasado hizo don Rafael Reyes Spíndola, director del periódico *El Imparcial*,¹³ que un articulista dura tres años, un cronista cinco y un editorialista siete, después deben ser renovados.

"Lo más difícil llega a ser no tanto escribir el artículo, sino sobre qué diablos escribes después de cinco años. Sales a la calle a ver qué locura ves, porque ya hablaste diez veces de la banca, del Presidente, de Coyoacán, etc., y hay que cumplir. Todos los periodistas que yo leía de jovencito eran así y mantenían sus columnas porque si fallaban se las retiraban. Además es necesaria esa presión porque si sólo lo haces cuando tú quieres pues no te haces escritor. Desde 1970 hasta hace unos meses viví con esa tónica de la entrega. Claro que al principio vivía más presionado, porque llegué a colaborar simultáneamente en dos revistas y un periódico por la necesidad del ingreso económico".

¹³ El periódico referido, *El Imparcial*, se fundó el 8 de septiembre de 1896 y desapareció en 1914, publicado por Reyes Spindola, fungió como órgano oficial del gobierno de Porfirio Díaz. Fue el primero en utilizar la maquinaria más moderna de la época, lo que ocasionó la desaparición de numerosos periódicos de ese tiempo. Fue muy innovador, quizás comparable cien años después al surgimiento del periódico *Reforma*, recibía algunas noticias por cable, cuestión que no se estilaba mucho en ese tiempo; estaba conectado a las primeras agencias de noticias, los mexicanos se enteraban de lo sucedido un día antes en Estados Unidos y Europa; publicaba fotografías. Al reportero —llamado *reporter*— se le mandaba a cubrir la nota. Los historiadores señalan que llegó a tener una circulación de hasta 100 mil ejemplares.

Un periodista con cierta pretensión científica

Lectora minuciosa de la obra de José Joaquín Blanco, Hortensia Moreno, autora de las novelas *Las líneas de la mano* e *Ideas fijas*, enfatiza que la trayectoria de este escritor es importante porque está vinculado con un espacio de la intelectualidad mexicana que precisamente aparece como la siguiente generación de Monsiváis y Poniatowska. "Digamos que sería el paso de una generación que da el brinco de hacer periodismo en un periódico a hacerlo en la televisión, sin que José Joaquín sea televisivo, por supuesto.

"José Joaquín es moderno y aborda temas importantes e intocables en otro tiempo. Es un periodista que a pesar de que no tiene el reconocimiento público que merece, sí tiene una enorme presencia en la vida intelectual del país. Sus libros son ejemplo de esto que comentamos: la interpretación de la vida nacional más un cuidado minucioso de la estética del castellano. Es novelista pero su trabajo más importante es el periodístico, porque es el que tiene mayor repercusión, refleja su metodología; él es un estudioso, no alguien improvisado o amateur.

"Además no solamente es narrador, poeta y periodista, sino un intelectual universitario con investigación sistemática, con una pretensión científica, y no obstante que ello pudiera darle densidad a sus textos sigue conservando las virtudes del periodismo: ser leído por un público más amplio que el académico".

Elina Hernández, cronista de la revista *Fem*, coincide en rescatar el manejo del lenguaje dentro de la obra de Blanco: es coloquial pero no deja de usar palabras cultas e ideas reflexivas. Observa minuciosamente los acontecimientos para poder desmenuzarlos y luego redactarlos, ordena la realidad, como explica José Revueltas en el prólogo de su novela *Los muros de agua*. "Como escritor puede provocarnos el llanto, la risa, la ironía, la compasión en fin, distintos estados de ánimo. Es excelente, lástima que de repente uno lo pierde como en este momento que no sé dónde más publica aparte de sus ensayos literarios en *Nexos*".

Marcela Guijosa, quien ha publicado sus trabajos en la *Doble Jornada* (suplemento mensual de *La Jornada*) y en múltiples revistas atribuye el éxito literario de Blanco al enorme bagaje cultural universal con que cuenta el autor de *Los mexicanos se pintan solos*. "Todo es muy sencillo, como escritor, si has leído a los clásicos, si tienes amplio camino como lector se reflejará en lo que escribes; si has trabajado el idioma te saldrá mejor lo que escribes, aunque sea una triste nota, estará mejor redactada que por alguien formado al vapor como periodista y que no ha leído en su vida. Hay que formarse, como ejemplo está don Martín Luis Guzmán que aparte de novelista fue excelente cuentista y cronista".¹⁴

La crónica es un reportaje a través de un testigo

En enero de 1991 el periodista Luis Enrique Ramírez de *El Financiero* entrevistó a José Joaquín Blanco con motivo de la presentación de su libro de crónicas *Un chavo bien helado*, en la cual el entrevistado hizo algunas acotaciones sobre la crónica y su relación con otros géneros literarios y periodísticos. Por crónica, dijo, en realidad hay que entender como instrumento toda colaboración periodística con valores literarios. "Eso es lo que yo estoy pensando como crónica, y es lo que Carlos Monsiváis ha pensado como crónica y lo que pensaba Salvador Novo como crónica. Aunque no sea crónica, aunque sea un artículo de fondo".

La crónica, añadió, tiene el valor que tenga la pluma de quien lo hace, no otro, y no es fácil improvisar y ponerse a hacer crónicas urbanas. "Pues no. Es como decir ahorita agarro y hago sonetos. No, no se puede. Tienes que tener la preparación y la aptitud. Después del auge que le dieron Monsiváis y Elena Poniatowska a la crónica salieron muchos chistositos que creen que escribiendo en primera persona, en lenguaje muy coloquial o vulgar ya les sale. Y no, sale horrible. No es posible inventar una generación de cronistas; lo que se hizo fue una generación de maquinazos. Tener sentido del

¹⁴ Conversación personal con Marcela Guijosa en el Centro de Desarrollo y Comunicación, 24 de noviembre de 1998.

humor y tener gracia es lo más difícil que hay; entonces los periódicos se llenan de falsas crónicas que además nadie lee por cierto”.¹⁵

En entrevista con quien redacta este trabajo, Blanco aseveró que a veces nadie sabe lo que es crónica, “todo mundo inventa lo que se le pega la gana. Definitivamente la crónica es un reportaje, con un sentido menos objetivo y más personal; en el reportaje tradicional el reportero no debe aparecer, deben aparecer los hechos transparentes; la crónica es ese mismo reportaje, pero a través de un testigo, sea el propio reportero u otras personas. Lo que sucedió es que después cada quien inventó que lo que hace es crónica y ni van a reportear, imaginan por ejemplo lo que puede estar pensando la señora que vende chicles en la esquina y de ahí se echan un rollo, pero eso es un cuento o un relato.

“Si no hay reportaje no hay crónica, y hay algunas crónicas que se pasan y entonces ya son ensayos, como es el caso de los textos de Monsiváis. Él hace pequeños libros, por ejemplo, en *Días de guardar*, en una de sus crónicas, a través de la manifestación que encabezó el rector Barros Sierra te habla de todo el movimiento estudiantil del 68 y eso es ya un ensayo. Esta diferencia la hago porque de repente resultó que había muchos cronistas en México y eso no es cierto, ni siquiera reportean, no están presentes en el acto descrito”.

Una crónica debe consignar un hecho excepcional, sentencia Gustavo García; tiene que haber una noticia, por ejemplo una crónica sobre un día en la Lagunilla no es una crónica, pues la Lagunilla está ahí desde hace cuatro siglos, pero si se vende ahí el primer ejemplar de la Biblia de Gutemberg en el puesto perengano, eso ya es una noticia y vale recrear todo el entorno y los pormenores de cómo tuvo lugar la transacción y uno como cronista va y agarra el ambiente.

¹⁵ Ramírez, Luis Enrique. “Los ochenta, una década de prohibiciones: José Joaquín Blanco”. En *El Financiero*. México, 30 de enero de 1991, p. 50.

Aquellos Días de guardar generaron los monsvaitas

José Joaquín Blanco ve en Carlos Monsiváis una imagen del cronista y ensayista auténtico, descubre sus influencias y justifica la calidad del intelectual que marcó con sus textos la cultura mexicana muy comparable al estilo de Salvador Novo quien anteriormente ya había recorrido los salones de baile, la plaza de toros, las reuniones de la burguesía, etc. "Las semejanzas entre el estilo de Novo y el de Monsiváis son claras, enfáticas: el trato artístico del periodismo, la versatilidad y mezcla de géneros, el humor permanente; el carácter absolutamente urbano, la acrobacia verbal, el autobiográfico temperamento festivo, el amplio espacio intelectual; la impertinencia y aun la provocación; lo ufanos que están cada cual en sus respectivos personajes y estilos, el gusto por las formas marginales, bajas o populares de cultura, etc.

En *Días de guardar*, el texto de Monsiváis que marcó un hito dentro de la cultura mexicana al iniciar la década de los setenta, Blanco distingue tres centros de tensión temática:

1) El gran *collage* satírico del México oficial y burgués de mediados de siglo, la nación vuelta una abrumadora caricatura de sí misma con sus priistas ricos neoporfirianos, su conformismo de Unidad Nacional, entre cabarets y folclor, con el desarrollo estabilizador que nunca se quita el "milagro mexicano" de la boca;

2) la gran promesa del 68: "los preparatorianos rescatados del sueño de vivir en un país que se inicia en una rockola y termina en una discotheque"; "México puede ser algo más que una desigual unidad habitacional con vistas a los Estados Unidos", y finalmente:

3) una educación sentimental, una autobiografía ensayística en la que un yo se pasa todas las páginas del grueso volumen en busca de un nosotros, el que a su vez vivió los sesenta buscando variadas y dudosas salidas en el rock, la droga, la Zona Rosa, la contracultura el "turismo zen", la onda, el jipismo; la snob-camp-pop-op-cultura, el folclor mariguanhonguero, etcétera, asqueado de la atmósfera de un país conformista,

complaciente y en bancarrota general, hasta que el 68 trajo un reencuentro, o una esperanza de reencuentro, con la dignidad íntima y colectiva: "los vastos días del 68", cuando se intentaba la tarea primordial: esencializar el país, despojarlo de sus capas superfluas de pretensión y autohalago y mímica revolucionaria".

En 1971 se publicó *Días de Guardar* y todos los compañeros de la preparatoria lo leímos con veneración, rememora Gustavo García en una charla de café. El libro era la guía para todos nosotros, una guía del pensamiento. Lo cierto es que estaba marcado por nuestra propia sensibilidad; ahí nos reconocimos todos: la ciudad que pasó por el 68, *la que recibió a Raphael en la Alameda Central, la ciudad de las películas de Ismael Rodríguez*, la del rock prohibido, con una insolencia nunca antes vista, con una excelente mirada periodística. Realmente Monsiváis sí estuvo ahí, sí registraba las cosas y tenía mala lecha para escribir (sic), aspecto básico en un cronista. El texto fue genial, nos abrió los ojos, pero creó uno de los más grandes vicios: generó a los monsvaitas para siempre. No ha habido otra escuela de la crónica después.

Elena Poniatowska dice que desde que este volumen apareció Monsiváis ha recorrido todos los trayectos de las manifestaciones: del Museo de Antropología al Zócalo, del Hemiciclo a Juárez al Zócalo, del Monumento de la Revolución al Zócalo. Es un itinerario que conoce bien. Así como José Revueltas se aprendió de memoria todos los pasos de la rebelión, resulta difícil pensar en una marcha que no acompañe ni consigne Carlos Monsiváis. *La emergencia de los movimientos sociales le corre en la sangre y se vuelve tinta.*

Testigo, Carlos es también juez y parte. Su testimonio de las marchas estudiantiles en 1968, de la tragedia de San Juan Ixhuatepec en 1984, del terremoto del 19 de septiembre de 1985, además del dolor y la conciencia de la tragedia es una acerba crítica al gobierno. Los cambios en nuestro país mucho le deberán al análisis esclarecedor de Monsiváis. Finalmente, sus ensayos son esperanzadores, estimulan,

empujan a la lucha, aunque los resultados de los movimientos puedan ser patéticos, o tristes o insuficientes.¹⁶

Entonces crónica puede ser un celuloide de Tin Tan

En *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, José Joaquín Blanco y Jaime Avilés cierran con sus trabajos este volumen que compila a manera de síntesis dos siglos de la crónica en México. Desde Guillermo Prieto y Manuel Payno, Monsiváis distingue en esta antología las vetas que han definido el quehacer periodístico y literario ejercido por los cronistas de distintas épocas y periodos históricos: la dictadura de Santa Anna, la Reforma, Gobierno liberal, el segundo imperio, la república restaurada, el Porfiriato, la Revolución y la época contemporánea.

“Al servicio del placer que procuran el don de síntesis, la eficacia descriptiva, la pasión o la ironía, en este discurso todo está cifrado: nuevas y viejas costumbres, resistencias y acomodos populares, variedades del habla y la imaginación, pesimismo y esperanzas que se oponen y se funden. Sin didactismo, con el único ordenamiento del entusiasmo, en el espacio de la crónica hay cabida para la pequeña y la gran historia, la moda y la denuncia, la frivolidad y la lucha de clases, la amnesia programada y la memoria devastada”.

“Son puras mentiras las que dice Monsiváis –asevera Blanco, quien lamenta que en la antología no esté incluido José Juan Tablada-. Inventó primero que la crónica era un género como a él le gustaba (En ese caso yo selecciono a los autores que a mí me gustan y quito a los otros); entonces mete todos los géneros que se le ocurren, hasta monitos, si a esas vamos pienso que debe incluir también un CD, un celuloide de Tin Tan, etc., pues todo lo que es testimonio es crónica ¿no?”

Monsiváis justifica la selección que hace pero no es real lo que afirma en su concepto de crónica. Es un batido. No puede ser una crónica algunos cuadros de costumbres

¹⁶ Poniatowska, Elena “Con Monsiváis, entrada libre al optimismo”. En *El Nacional*, columna “Debate” México, 7 de septiembre de 1993, pp 1-9

como “Las tortas de Armando” de Artemio de Valle Arizpe o un capítulo de *Mis memorias* de Guillermo Prieto, él no lo pensó así; el mismo Prieto le diría a Carlos estás sacando de contexto esta anécdota. La memoria es un género literario distinto como lo es una autobiografía. Lo que sí debe quedar claro es que el daño no lo provocaron los libros de Monsiváis, sino esa antología, la cual demostró que “todo se vale y le partió la figura al género como tal”.

“Por eso busco definiciones más precisas, porque llegó un momento en que era nota de color, y entonces cada quien inventaba lo que le daba la gana, no había ni siquiera que escribir bien porque el periodista escribía como los personajes urbanos; entonces hay textos que no llegan a crónica y otros que por su seriedad se pasan y son ensayos. *La noche de Tlatelolco* puedes ponerla como crónica, lo mismo que *Crónica de una muerte anunciada*; pero yo no los veo así, son más que eso, constituyen toda una investigación de historia contemporánea, de historia oral, como se les quiera llamar pero ya son algo más que periodismo, el cual debe tener cierta ligereza. No es posible que a un texto de 120 páginas se llame periodismo o artículo”.¹⁷

El periodismo ni para el whisky que uno se toma

Hay aprendices que escriben una crónica o realizan una entrevista, o salen un día en la televisión o en la radio y ya se sienten periodistas; en Blanco la modestia persiste como una norma de conducta, de la cual quizás derive también su poca ambición por perseguir un premio nacional. Ha escrito centenares de crónicas, tal vez igual en número y calidad que las elaboradas por Manuel Gutiérrez Nájera e Ignacio Manuel Altamirano, no obstante con su contundencia asevera: “yo no soy periodista, ni he vivido del periodismo, de chavo un poco. Yo soy profesor de historia de México en el INAH, tengo allí mi plaza y buena parte de mis libros son de historia de la cultura mexicana. De eso vivo. De las regalías obtenidas es una entrada económica pero no como para determinar que vivo de mis libros... Con *Función de medianoche*, que se vendió muy

¹⁷ Entrevista con José Joaquín Blanco, 16 de diciembre de 1998.

bien, sacaba un chequecito al año pero no me dio ni para el whisky que consumí al escribirlo.”

Lector de los clásicos, de los contemporáneos, crítico por vocación, Blanco utiliza las armas de la literatura para el periodismo; tiene un lenguaje más rico, más depurado, con técnicas más frescas, una mayor cultura que el periodista común. Está influido por Novo, pero también por Gore Vidal y por Flaubert, por Monsiváis, pero también por Edmund Wilson. Se queja de lo mal pagado que es el periodismo en México, pero no es un lamento que calcine porque existen otras opciones cuando uno es escritor.

En Estados Unidos, argumenta, un periodista con un buen reportaje puede vivir todo el año, les pagan bien por la calidad. “En nuestro país por un reportaje te pagan 700 pesos, entonces das 700 pesos de material. Generalmente una vez que la persona se instala en un periódico o en una revista la calidad le importa poco al director. No se fijan mucho en ello y entonces echan a perder al periodista”.

Por suerte, añade el autor de *El lector novohispano*, hay otro periodismo literario en el que Monsiváis es un gran exponente; ni siquiera es un periodismo propiamente dicho, está en suplementos culturales. “Cuando Carlos fue a la Alameda Central a hacer su crónica sobre Raphael -cantante español, fenómeno musical de los sesenta- fue un pretexto para escribir todas las ironías posibles sobre el culto a un ídolo. Hizo un ensayo-crónica pero muy cultural; es decir eso no se publicaba en los periódicos comunes y corrientes, sino en suplementos literarios y con un fin literario desde el momento de escribirlos, iban dirigidos a ser libro. Muy pocos autores saben hacer ese trabajo.

“No existen buenos escritores que hagan literatura en los diarios. La diferencia entre periodismo y literatura es de densidad. Cuando tu intención al hacer una crónica es hacer periodismo tienes que privilegiar los aspectos periodísticos, la información de actualidad, la oportunidad, el comentario, etcétera. Cuando haces literatura privilegias los valores artísticos e intelectuales en tu texto. Por ejemplo privilegias el lenguaje, eso

yo casi siempre lo hago; por mucho que eche relajo no dejo de usar palabras cultas, aunque con eso pierda lectores”.

Blanco reúne todo su material de periódicos, suplementos y revistas en libro, quizás por la vigencia del lenguaje que trasmite al lector la frescura de los sitios, el movimiento y los personajes. “En el momento en que yo piense que buena parte de mis artículos no se van a publicar en libros los dejo de escribir, de plano, porque el tipo de artículos que yo escribo creo que tienen más lectores en libro que en los periódicos. Sí son leídos cuando se publican en los rotativos, pero ya cuando están recopilados gustan más, o espero que gusten más. Es muy triste hacer textos con una densidad literaria y que al día siguiente se les pase la oportunidad. Es tristísimo”.

Elenita jamás ha leído un libro de Nuevo Periodismo

Blanco niega que en nuestro país exista dentro del gremio periodístico influencia del llamado Nuevo Periodismo. Asegura que fue una corriente, una moda que se inventó y que tuvo un enorme florecimiento en Estados Unidos, “pero debido a nuestra ignorancia y a nuestra falta de conocimiento del inglés no tuvo influencia en México, más que en José Agustín y en Carlos Monsiváis; a ellos les publicaron sus reportajes de ese tipo en la revista *Rolling Stones* y eran enormes: un nuevo estilo, un poco compitiendo con la novela, pero yo no veo influencia en nadie más, ni siquiera en Vicente Leñero; es más Elenita Poniatowska (con quien Blanco sostiene una amistad cercana) jamás ha leído un libro de Nuevo Periodismo”.

Afirma el periodista estadounidense Tom Wolfe en su libro *El nuevo periodismo*, que fue a finales de 1966 cuando se oyó por primera vez a la gente hablar de esta corriente en las tertulias... “No estoy seguro -subraya Wolfe- y a decir verdad jamás me ha gustado esa etiqueta. En esa época uno sólo se daba cuenta de que por arte de magia existía una cierta agitación artística en el periodismo, y de que este hecho resultaba nuevo en sí mismo”.

Le ha tocado al Nuevo Periodismo llevar esta extraña cuestión de la crónica a primer plano. A lo largo de los años sesenta se observará que los periodistas norteamericanos aprenden las técnicas del realismo –particularmente de Fielding, Smollet, Balzac, Dickens y Gogol- a base de improvisación, a base de tanteo, de instinto, más que de teoría.

Son cuatro los procedimientos de donde derivó la fuerza del Nuevo Periodismo:

1. La construcción, escena por escena, contando la historia saltando de una escena a otra y recurriendo lo menos posible a la mera narración histórica.
2. Registro de diálogos, lo cual adapta al lector de forma más completa que cualquier otro procedimiento individual. El diálogo como una totalidad y más fuerte que la descripción física.
3. Punto de vista en tercera persona; la técnica de presentar cada escena al lector a través de los ojos de un personaje particular, para dar al lector la sensación de estar metido en la piel del personaje.
4. Relación de gestos cotidianos, hábitos, modales, costumbres estilos de mobiliario, de vestir, de decoración, estilos de viajar, de comer, de llevar la casa, modos de comportamiento frente a los niños, criados, superiores, inferiores, iguales, además de las diversas apariencias, miradas, pases, estilos de andar y otros detalles simbólicos que pueden existir en el interior de una escena.¹⁸

Tom Wolfe hace una antología de escritores que incursionaron en el rubro mencionado. Entre ellos están Rex Reed con una entrevista que le hace a la actriz Ava Gardner, titulada "¿Duerme usted desnuda?"; Terry Southern con un tema meramente casual y contado en primera persona: "A la rica marihuana y otros sabores"; Norman Mailer, con su popular reportaje "Los ejércitos de la noche"; Nicholas Tomalin, un periodista inglés que en 1966 publicó en el *Sunday Times* "El General sale a exterminar a Charlie Cong"; Barbara L. Goldsmith con "La Dolce Viva", una entrevista-artículo publicado en 1968 en

¹⁸ Tom, Wolfe *El nuevo periodismo* Barcelona Editorial Anagrama, 1976. pp. 38-51

la revista *New York*, sobre un incidente en el que Valerie Solanas disparó contra Andy Warhol en una factoría y casi lo mata; Joe McGinnis, un reportaje sobre Richard Nixon: "Cómo se vende un Presidente"; John Gregory Dunne escribe una pieza maestra del reportaje: "El estudio", sobre la Twentieth Century-Fox, y el mismo Tom Wolfe con "La izquierda exquisita". Curiosamente no incluye a Truman Capote, con su *A sangre fría*, texto muy conocido en nuestro país.

Leñero la hizo a la antigüita

En el dramaturgo y periodista Vicente Leñero, autor de *Los albañiles*, *Los periodistas* y *Talacha periodística*, entre otras obras, no existe influencia del Nuevo Periodismo, según reitera José Joaquín Blanco. Para hacer su reportaje novelado *Asesinato*, "tomó el legajo de la investigación y lo hizo a la antigüita: en cinco meses, mientras que a Capote terminar su *A sangre fría* le llevó casi cinco años y llegó a tener casi una relación familiar con el preso y los testigos."

¿De qué trata *Asesinato*?... La mañana del 6 de octubre de 1978 el político nayarita Gilberto Flores Muñoz y su esposa, la escritora Asunción Izquierdo, aparecieron asesinados a machetazos en su domicilio de la ciudad de México.

La investigación que se resolvió con el encarcelamiento de Gilberto Flores Alavez, nieto de la pareja y acusado como culpable, constituye uno de los acontecimientos más sonados y morbosos de la crónica policiaca mexicana. En *Asesinato* se relata la historia del caso. Fue escrita con absoluto rigor documental -según los editores- y es a un tiempo la investigación exhaustiva del crimen y un análisis preciso de sus implicaciones. El texto es una novela, un reportaje, un documento, pero sobre todo la obsesiva búsqueda de una verdad oculta tras el enmarañado tejido de los sistemas policíacos, las instituciones políticas y los falsos valores sociales y morales.

Este relato representa uno de los mayores esfuerzos realizados en las letras mexicanas por incorporar la verdad testimonial al mundo alucinante de la narrativa.

El de Leñero no es un prodigio de estilo, mientras que el de Truman Capote era un estilo encarnizado de reproducir el lenguaje exacto; además *Asesinato* ya es muy tardío, en los ochenta, en comparación con el auge del Nuevo Periodismo. Leñero empieza en el periodismo en los sesenta, el de él es un estilo tradicional, pero muy exquisito. Por cierto fue el primero que publicó crónicas como tales en *Cuadernos de la juventud*; ahí dio a conocer su lograda crónica sobre la Zona Rosa.

Si me dan la oportunidad hago ópera

Poniatowska, Vicente Leñero y José Joaquín Blanco son periodistas y novelistas, salvadas las distancias comparativas, siguieron el mismo camino de Gabriel García Márquez, quien empezó a escribir notas y crónicas; varios escritores de otros países han seguido el mismo método (Faulkner, Fallaci, Hemingway, etc.). "Yo no veo mucha diferencia entre los géneros literarios y los mezclo mucho -opina Blanco-. En las novelas hay a veces tono ensayístico, en la poesía algo de prosa, lo importante es que me gusta toda la literatura. Me he involucrado en el cine, el teatro, y si me dan la oportunidad de hacer ópera la hago. En cuanto a la calidad pienso que si eres malo cuando escribes poco también lo eres con lo mucho".

"Las oportunidades son tan pocas en México que realmente hay que saber hacer de todo. Y no siempre uno hace lo que escoge. Por ejemplo a mí me gustaría escribir mucho más novela pero como no vivo de ello no tengo tanto tiempo para hacerlo. Tendría que estarme becando toda la vida." Nuevamente Blanco lamenta no poder ejercer más la faceta de novelista pero no le obsesiona, por el contrario le complace lo logrado con sus cinco textos de ejercicio imaginario: *La vida es larga y además no importa*, *Las púberes canéforas*, *Calles como incendios*, *Mátame y verás* y *El castigador*.

Siento una nostalgia por Zabludovsky

José Joaquín Blanco evalúa a los medios informativos, incluyendo los impresos, como muy mercantilizados. “Todos están coludidos por el dinero, entonces tienen que exagerar los asesinatos, las aprehensiones, como por ejemplo la captura de Daniel Arizmendi, “el mochaorejas”, los desfalcos, como los de Angel Isidoro Rodríguez, alias “El divino”, y Carlos Cabal Peniche, “aunque luego resulta que no les pueden probar nada, pero tienen que hacer un sensacionalismo de todo”.

Por cierto, el 18 de agosto de 1998, cuando capturaron al “mochaorejas”, el periódico *Reforma*, en su edición del día siguiente, destacó como noticia de ocho columnas la aprehensión con lujo de detalles, una enorme fotografía del delincuente donde el brillo café de su barba contrastaba con los balazos de la cabeza principal: “Así piensa el ‘cortaorejas’: Cortar orejas era como cortar pantalones/ Si tuviera una pistola los mato a todos ustedes/ y El perdón se lo pido a Dios que para eso está”.¹⁹ Mariquita, cobarde, engendro del infierno, desalmado, fueron los calificativos para Arizmendi, a quien la mayoría de los entrevistados en los medios electrónicos coincidieron en someterlo a la pena de muerte. Arizmendi confesó haber cometido 21 secuestros, tres homicidios, y haber obtenido ganancias por 160 millones de pesos.

Blanco opina que ahora los medios están peor que en el régimen represivo de Díaz Ordaz, o por lo menos en ese tiempo eran mejores porque no se engañaba de una manera tan ridícula. Le desalienta el embrollo creado alrededor del caso de los Salinas de Gortari, “traer al país entero de cabeza diariamente para que no se demuestre ni se concluya nada (en este momento todavía no se daba la sentencia de 50 años de cárcel a Raúl Salinas por el homicidio de José Francisco Ruiz Massieu). Y eso lo hacen por dinero, por *rating*, para vender más publicidad... “Respecto a la televisión en particular siento una nostalgia infinita por Jacobo Zabludovsky, a quien me pasé odiándolo 20 años y ahora es más trágico escuchar a Guillermo Ortega, ya no se diga a Javier Alatorre con su tonadita: eeeesta noooooche en heeeechos”....

¹⁹ Hernández, Luis Guillermo. “Cae el mochaorejas”. En *Reforma*, Sección A, Primera plana. Núm. 1713, año V, México, 19 de agosto de 1998.

A propósito de la pantalla chica, los pasatiempos favoritos de Blanco son beber mucho jaibol, escuchar música y ver televisión. Ve diariamente *Ventaneando* con Paty Chapoy y *La botana* con Juan José Origel, “son mis autores de cabecera, te puedo decir lo que dijeron ayer los dos en sus respectivos programas”, dice al momento que suelta la carcajada más estruendosa de la charla con quien esto escribe.

Iría más seguido a Venecia y a Tecolutla

Aparte de su idioma materno que es el español, Joaquín Blanco no habla ningún otro. Lee en tres idiomas: inglés francés y alemán, y los escribe con cierta dificultad. Esas lenguas las estudió en escuelas de aquí y el perfeccionamiento ha venido con las lecturas, pero adolece de la práctica oral, cuando llega a viajar se da a entender como puede. Según él no es bueno para eso de los viajes. No obstante, ha ido a Estados Unidos varias veces y a Europa tres, pero cuestión de una semana o media. “Si me dieran el dinero con gusto iría más seguido a Venecia, Madrid, Londres o siquiera a Tecolutla. Trabajo en el INAH desde el 74, tengo una plaza, voy a algún congreso dos o tres días, pero no se puede decir que estoy muy europeizado.

“Por otra parte, no tengo cuentas bancarias, ni medios de producción, no los necesito. Del 80 para acá vivo holgadamente, consigo lo que necesito a través de mi sueldo como profesor, pero es el mismo que ganan todos los maestros, nada extraordinario”. Por los libros que lee afanosamente, de Gore Vidal, André Gide y Flaubert, no tiene que viajar a Europa para adquirirlos, aquí están también en su idioma original.

“Tuve una juventud muy reventada, me daba tiempo para todo; durante los setenta iba casi todos los días a bares y trasnochada por viaje. En los hábitos siempre he sido un desmadre pero nunca fallé en mi columna periodística, nunca fallé en mi trabajo, eso sí, llegaba crudísimo y con la corbata de lado debido a la bohemia. Recuerdo que un grupo de escritores de *Siempre!*, entre ellos Rafael Pérez Gay, Sergio González Rodríguez, Antonio Saborit, hicimos sin quererlo un grupo para tomar tragos, filosofar, charlar sobre

diversos temas, el cual duró unos 10 años, nos veíamos cada semana y eso nutrió una estética común de tanto frecuentamos...”

En su poemario *La siesta en el parque* en unos versos a André Gide, Blanco escribió: *Cuando hayas abandonado tu casa/ Que no te encierren en la suya los demás*, bajo esa filosofía ha vivido el autor de *Un chavo bien helado*.

“Andre Gide es el autor que más me gusta y que más me formó de joven (Flaubert es un poquito posterior y más literario). Gide es más general, como de historia oral, de política, de todo. Él hace primero una crítica de la vida burguesa, la vida cristiana y demás, y después de hacer esa crítica dice ‘pues cuidado de caer en lo contrario, o en otros fanatismos, de qué sirve liberarse de un lado si te vas a encerrar en otro. Liberarse de la burguesía para caer en el comunismo, en fin’. Él hace un libro que se llama *Los alimentos terrestres* y de ahí me viene esta idea de quedarse como con cierto escepticismo e independencia de las etapas y fases vividas”.

Elenita Poniatowska tenía un embarazo criminal

Blanco es amigo de Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Olivier Debroise, Luis Zapata y otros escritores que pese a la crítica feroz de su pluma siguen siendo sus amigos. “A Elenita la conozco desde que yo estaba en la preparatoria, ahí fue a leer algunos de mis escritos, me elogió mucho y no sé qué tanto. Somos muy buenos amigos, bueno yo la quiero bastante, la traté desde antes que saliera su *Noche de Tlaltelolco* (obra maestra que logró el reportaje, o la historia oral, o la crónica o como se quiera llamar a un género tan ambicioso). La conocí cuando esperaba a su primer bebé de su segundo matrimonio (en 1969). Lo primero que me dijo es que estaba a punto de explotar y sí, efectivamente estaba hecha una bomba, tenía un embarazo criminal.

“Nos tratamos mucho, hasta dos o tres veces por semana a mediados de los años setenta. La admiro en demasía”. Y se nota ese afecto que ha perdurado a través de fibros, lustros y décadas, ya que en abril pasado José Joaquín Blanco en su columna de

la revista *Nexos*, "Retratos con paisaje", escribió un ameno artículo sobre la autora de *Fuerte es el silencio* titulado "La sonrisa de Elena Poniatowska".

En él dice que Poniatowska empezó desde arriba con total insolencia. Ya están desde el principio su ironía, su ritmo, su música, su crítica, su desparpajo su chantaje de que 'soy sencillita pero cuídate de mí más que de una bruja'; su voluntad de sonrisa y de vida. Su talento sobresaltó en los cincuenta a su 'tío' Salvador Novo, con mucho el más sensible termómetro cultural de que disponía el país. Alfonso Reyes pudo haber dicho de ella: 'Nació como Minerva, completamente armada'. En efecto: *Lilus Kikus*, *Palabras cruzadas* y *Todo empezó en domingo* ya revelaban, en lo esencial, a la escritora que admiramos en este fin de siglo.

Comenta el autor de *Letras al vuelo* que *La noche de Tlatelolco* es el libro más conocido de Poniatowska y una de las más formidables construcciones de la cultura mexicana contemporánea. Mientras todos los sabihondos sociólogos y filósofos pretendían no sé que tesis doctorales descifradoras de no sé qué signos, Elena, insolentemente, asumió su ambigua modestia de reportera y fabricó un coro, con afinación y armonía, con verdad y profesionalismo, que destruyó por sí mismo el monopolio que el Poder (sic) tenía de la expresión pública.

Autora de *Nada, nadie* (Las voces del temblor de 1985), Elena "inventó un traviesón estilo folklórico para gozar su ciudad de juguetería, se convirtió en la mayor arma cultural para apoyar a los oprimidos y desprotegidos que conoció la prosa mexicana de la segunda mitad del siglo: un estilo de crónica que formó a mi generación. Miles de personas han querido escribir como Elena pero es inimitable. Su manera de hablar, su sencillez, es algo poco común".

Sólo dije que Octavio Paz era una figura adomingada

Para Octavio Paz, Joaquín Blanco no guarda los mismos adjetivos pero respeta y admira la universal obra del Premio Nobel mexicano. Entre las múltiples guerras de tinta que el autor de *El laberinto de la soledad* sostuvo con algunos intelectuales también

figura una con Blanco sostenida en diciembre de 1977. Paz arremetió desde la revista *Proceso* y Blanco contestó desde *"La Cultura en México"*, suplemento de *Siempre!* Paz dijo que Blanco era una especie de diputado priísta capaz de sostener que *El mono gramático* –libro del Nobel– es una obra que transparenta su desprecio por los hombres del tercer mundo. Blanco dijo referirse a la arrogancia, al autoritarismo, a la ceguera ante la realidad cotidiana e histórica, como elementos básicos del personaje y de la literatura de Octavio Paz. "Inmaculado, patriotero, perrito incontinente que se orina a sus pies, etc.," fueron algunos calificativos de los tramos epistolares que intercambiaron ambos poetas.

Después de dos décadas Blanco rememora en entrevista la querrela con Paz, quien por cierto al maestro Gregorio Selser trató de burro en una serie de artículos contestatarios en el periódico *La Jornada* en enero de 1991:

"Paz no me caía bien, ni me cae bien ahora, pero no es cuestión de simpatía. El ya estaba molesto por la crítica que hice a *El Mono gramático*. Un día me entrevistó Margarita García Flores para el periódico *Novedades*, yo acababa de publicar mi libro sobre José Vasconcelos (Editorial Era) y me hizo la larga entrevista sobre este intelectual, con grabadora en mano y todo. Terminó la charla, vio mis librerías y me preguntó ¿Por qué hablas tan mal de Paz y tienes casi todos sus textos? Yo no me percaté que Margarita no había apagado la grabadora y me desató diciendo cosas buenas y negativas de él, dije que era un poeta chocho, estatua adomíngada, que siempre había estado del lado del poder, tantos años con los presidentes, etc., y lo publicó. No me arrepiento de haberlas dicho pero no elegí decirlas en ese momento.

"Margarita lo publicó y Paz, por desgracia, yo no lo sabía, leía *Novedades* tradicionalmente porque de joven colaboró en ese diario. Entonces un día a las tres de la mañana leyó el periódico, le dio diarrea y desató la polémica. Además en ese momento Paz (autor de más de 60 libros, entre ellos *Aguila o sol, conjunciones y disyunciones, Libertad bajo palabra y pequeña crónica de grandes días*) se peleaba con todo mundo, traía su polémica con Monsiváis –de quien dijo que era un hombre de ocurrencias, a lo que el residente de la Portales y criador de gatos contestó que Paz era

un hombre de recetas-, hasta con la misma gente de *Vuelta* se peleó. Era parte del carácter de Paz, de su vitalidad”.

Jorge Luis Borges se me hace mucho mejor

Como crítico literario que es Joaquín Blanco considera que el Premio Nobel para Octavio Paz fue justo. “Se lo mereció, aunque mucha de su obra es extemporánea, como su insistencia en el surrealismo; no obstante, es un hombre preparado. Jorge Luis Borges se me hace mucho mejor, pero no hay engaño sobre la estatura intelectual de Octavio. Puede haber cierta exageración en la valoración de su figura y obra, pero se debe a que nuestro país está en crisis y necesita grandes mitos redentores, y porque además Paz ganó la guerra, él apostó en contra del comunismo y cayó. Pero también fue el escritor más profesional que hemos tenido, desde don Alfonso Reyes (historiador y ensayista, 1889-1959). Probablemente José Vasconcelos (1881-1959) es el más importante de este siglo; no el mejor en calidad literaria, pero como intelectual, como influyente en la sociedad se mantiene vigente hasta la fecha”.

Paz ganó lo que sólo habían ganado los pintores mexicanos (Rivera, Orozco, Siqueiros, Tamayo): el respeto internacional. A Reyes y Vasconcelos no se les estimó tanto en otros idiomas; Paz le debe su proyección a su propia obra. Si uno consulta su biografía se da cuenta que fue un prodigio desde jovencito. En los años treinta ya Neruda y Alberti lo conocían, lo promovían, luego se fue a vivir a París en los años cuarenta. Todas sus relaciones las logró por sí mismo, el gobierno mexicano lo apoyó otorgándole puestos burocráticos, pero su grandeza la cultivó a través de 20 años de vida intelectual en Europa.

En *Confieso que he vivido*, texto de memorias de Pablo Neruda –cuyo nombre real era Ricardo Neftalí Reyes Basoalto–, el autor menciona que en 1937 desde París él y otro grupo de poetas prepararon un congreso de escritores antifascistas de todas partes del mundo y cuya sede fue la ciudad de Madrid, España, nación devastada por la guerra civil y las fuerzas franquistas. Al encuentro asistieron Selma Lagerlof –que ganó el Premio Nobel de literatura en 1904 y es autora de *El maravilloso viaje de Nils*

Holgerson-, Rafael Alberti, César Vallejo, Vicente Huidobro, Miguel Hernández, entre otros... "Entre noruegos, italianos, argentinos, llegó de México el poeta Octavio Paz, después de mil aventuras de viaje. En cierto modo me sentía orgulloso de haberlo traído. Había publicado un solo libro que yo había recibido hacía dos meses y que me pareció contener un germen verdadero. Entonces nadie lo conocía".²⁰ Cabe destacar que en ese tiempo el ensayista mexicano tenía 23 años de edad.

Cuando estemos viejitos seguiremos de tenis

En José Joaquín Blanco como en otros escritores que han hecho época (Ignacio Manuel Altamirano, Martín Luis Guzmán, etc.) su mayor acierto es su actitud ante el oficio de escritor. Libre, alegre, optimista, documentado, bien informado (aunque dice Poniatowska que estar bien informado en México ya es motivo de pesimismo). Lector incansable, escritor austero para asimilar los elogios, nada de enaltecimientos o mareos porque alguien lo cita o menciona en sus ensayos. Profesor, periodista, poeta; de tantos atardeceres vividos ha hecho maravillas de relatos, crónicas o cuadros de costumbres. No se mide para criticar a nadie; sobre Carlos Fuentes ironiza al decir que el autor de *La región más transparente* —o la región más desempleada— es capaz de contar la historia de México en cinco cuartillas cuando se trata de dirigirla a los lectores de *Town & Country*, publicación para gente *nice*, incluyendo a las niñas bien.

Blanco pertenece a una generación inquieta, de esas que si no le abren las puertas para publicar van y la tiran a golpes. No cree en los prestigios de la vida adulta. Entre la risa y los libros de adormece su eterna adolescencia. Cuando cumplió los 40 años dijo: ¡Híjole! Son horribles para estas dos generaciones, los que nacimos en los cuarenta y los cincuenta. Fueron generaciones que enaltecieron mucho a la juventud, entonces uno no se acostumbró a ser adulto jamás. Yo todavía no me siento adulto, para nada, digo, y eso le pasa a buena parte de mis amigos. Yo creo que cuando estemos viejitos seguiremos de tenis, sin corbata, con la mata y oyendo a Simon and Garfunkel.

²⁰ Pablo Neruda. *Confieso que he vivido*. Col. Literatura contemporánea. México. Editorial Planeta, 1985, p. 165.

José Joaquín Blanco ya es una referencia obligada cuando se trata de antologar a los cronistas del siglo. No sólo sus amigos lo antologan, sino también en los textos que compila Gobernación y Pipsa, o el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México - fundado por decreto presidencial el 18 de febrero de 1987-. Su "Plaza Satélite", que para algunos, como Gustavo García, no tiene nada de crónica, aparece continuamente en textos que abordan los géneros periodísticos.

Uno imagina a José Joaquín como un roedor de biblioteca, terco, ensimismado, pues antes de los 50 años ya produjo más de tres docenas de libros y sigue escribiendo. Pero no, se da tiempo para todo, cotorrea, fuma bastante, ve televisión; en la colonia Condesa, donde tiene su domicilio, pasea tranquilamente por las aceras y plazuelas, vestido de pants y chamarra. En alguna charla comenta los vaivenes de la actualidad, pero sin aburrir, sin remontarse al origen de las especies o atosigar con verdades absolutas.

A través de sus lentes se observa la franqueza que destila su mirada, pese al aumento focal requerido para ver bien. Tal vez ya se le gastó la vista de tanto leer a Sor Juana y a Hernán Cortés, o de tanta parranda para no perder el equilibrio. Al igual que a José Emilio Pacheco, a Blanco no le gustan tanto los reflectores, a veces da entrevistas para el Canal 11 del Instituto Politécnico Nacional, o para el 22, que dirige su amigo Pérez Gay, o para revistas y periódicos, o para quienes hacen alguna tesis. Todavía no aparece en "el Canal de las estrellas", pero si lo invitan daría un banquetazo cultural como lo hacía el maestro Juan José Arreola en "el Canal de la gran familia mexicana" o actualmente Germán Dehesa en Radio Red-onda.

4)

*Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros,
la miseria y los homosexuales,
las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas,
los rezos y las oraciones de los cristianos.
Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo, son
alimento diario
de los jovencitos alcahuetes de talles ondulantes,
de las mujeres asnas, de los hombres vacíos.*

*Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,
o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.
Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los
días rojos y azules
de cuando el pueblo se organiza en columnas,
los días y las noches de los militantes comunistas,
los días y las noches de las huelgas victoriosas,
los crudos días en que los desocupados adiestran su rencor
agazapados en los jardines o en los quicios dolientes.*

Efraín Huerta

CAPÍTULO II

A. Los setenta, el escenario para escribir

Escribir la historia reciente es patinar en hielo frágil.

José Agustín

Ofreció una imagen de la metrópoli

En el rotativo *Unomásuno*, según afirma Carlos Monsiváis en su antología *A ustedes les consta*, José Joaquín Blanco manejó en sus crónicas el desenfado, la ironía sin coartadas intelectuales, la descripción por acumulación y el continuo refrendo de un hecho: la vida cotidiana es también un arduo ejercicio político. “En *Función de medianoche* –primer volumen de crónicas de Joaquín Blanco- su autor reflejó el espíritu transformador, liberador, por decirlo de alguna manera, de los años setenta”, añade Luis Enrique Ramírez, de *El Financiero*.

“Fue muy loco, en el sano sentido, ver a uno de los escritores más jóvenes y radicales probando uno de los géneros más tradicionales y anquilosados: la crónica urbana. Fue divertidísimo. Blanco empezó a contar las cosas como él las veía”, comenta en entrevista el escritor y traductor Antonio Saborit, compañero de trabajo por más de una década de José Joaquín Blanco en la revista *Siempre!* y actuales colegas en la Dirección de Estudios Históricos del INAH.

“Hoy pueden ser lugares comunes de la ciudad, o tal vez haga falta otro tipo de cronista para describirlos, pero durante los setenta y los ochenta Joaquín ofreció una imagen de la metrópoli impresionante, buena, acabada, pulida. Muy sugerente: en tres cuartillas logró el retrato de la glorieta Insurgentes, de la chaviza, de las calles, de los

transas...Igual que John Dos Passos, toma nota de lo que ve, igual que Isherwood: soy una cámara, registro, registro..."²¹

En efecto, Blanco se inició como cronista durante los setenta, después de hacer sus pininos en la *Revista de América* y en el suplemento "*La Cultura en México*, de la revista *Siempre!*". Surgió la chispa porque un día no tuvo listo el artículo para el *Unomásuno* y echó mano de un viejo truco: ocuparse de asuntos mínimos cotidianos o callejeros, "como si se tratara de grandes temas, a la manera de los periodistas del siglo pasado".

Los setenta fueron ricos en cultura, ésta tenía prestigio, según rememora el cronista: ser joven es por antonomasia ser revolucionario, entonces leíamos a Cortázar, hay quienes practicaban el budismo zen; pero también había que tirar puertas para difundir la cultura, rebelarse contra los caciques culturales, contra la política económica imperante, en fin. Fueron los años del echeverrismo y del lopezportillismo: ruta descendente y catastrófica del México reciente. Ese fue el escenario donde Blanco despuntó como cronista y escritor. Así lo refleja su obra periodística y literaria. Pero...¿qué pasó en esos años de "la docena trágica" -como la calificó después la periodista Margarita Michelena- que gestaron la eternidad de la crisis?..

A mi me hicieron chistes por feo, no por...

En 1970 Luis Echeverría Álvarez asumió el cargo de presidente de la república. Comentan nuestros padres y los abuelos jóvenes que desde entonces el país ya no volvió a ser el mismo del Desarrollo Estabilizador, período que ellos trasladan hasta el gobierno de Díaz Ordaz, simplemente porque no faltaba el pan en la mesa, la cazuela de pollo y la certeza de un empleo fijo para todo el que quisiera "vivir decentemente".

²¹ Conversación personal con Antonio Saborit, en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 25 de febrero de 1999.

Echeverría, quien significó otro de los grandes pecados de Díaz Ordaz al haberlo favorecido en la sucesión, fue un mandatario que sentó las bases de la debacle. A fines de su sexenio inauguró la primera gran devaluación del peso frente al dólar (de \$12.50 pasó a \$23), estrategia que ninguno de sus sucesores ha dejado de poner en práctica, aunque sea con el pretexto de que la libre flotación de nuestra moneda permite más la estabilidad económica y disminuye la especulación financiera.

“A mi me hicieron chistes por feo, no por pendejo”, declararía en 1977 Díaz Ordaz al referirse a la empantanada administración de Echeverría, a la cual hasta los militares quisieron echarle el guante pues fue persistente el rumor de que darían golpe de Estado el 20 de noviembre del 76, lo cual por supuesto no se cumplió. La exaltada declaración la hizo Díaz Ordaz cuando José López Portillo lo nombró embajador de México en España. Por cierto, cuenta José Agustín en su *Tragicomedia Mexicana 2* que en ese tiempo la izquierda mexicana al enterarse del nuevo regalo para la madre patria coreaba: “Al pueblo de España no le manden esa araña”.

El historiador Daniel Cosío Villegas dijo alguna vez que Echeverría padecía de locuacidad, “se creía predestinado y su ansia de trascendencia lo hacía volcar sus mensajes no sólo a la nación, sino al mundo y a la historia. Ante los grupos que reunía proclamaba sus grandes planes: un renacimiento económico, agrario, obrero, cívico y cultural; crearía parques industriales, daría el poder a los obreros y todas las facilidades a los jóvenes; además apoyaría a la provincia y al campo con políticas de descentralización, estímulos fiscales y crediticios, para que los campesinos pudieran formar sus propios fideicomisos y explotar su propia riqueza”.

El adormilado Echeverría quiso gobernar con un programa parecido al de Lázaro Cárdenas, pero no lo consiguió. Durante su sexenio surgieron diversos grupos guerrilleros -se popularizó la guerrilla urbana-, los principales fueron encabezados por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero. Miles de jóvenes continuaron con la obsesión del rock y la libertad; con eso de la imaginación al poder. Es célebre el festival de rock en septiembre de 1971 en Avándaro que reunió a más de 250 mil jóvenes; entre

la droga y el paraíso alucinante ocurrió aquel escándalo nacional donde la fotógrafa Gabriela Iturbide retrató "la afamada encuerada de Avándaro".

Durante la gestión de Luis Echeverría se creó el Consejo Coordinador Empresarial y la inflación llegó a 24 por ciento (1974). En la UNAM, bajo la rectoría del doctor Pablo González Casanova, se creó el Colegio de Ciencias y Humanidades, los CCH's. Nuestro país simpatizó con el triunfo de Salvador Allende en Chile, quien quiso construir un socialismo con rostro humano. Fidel Velázquez se reafirmó en la CTM. Jesús Reyes Heróles encabezó el PRI como un gran ideólogo del sistema. Fue asesinado el prominente empresario Eugenio Garza Sada. Abundaron los secuestros –como hasta hoy día-, entre ellos el del gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa (famoso en la política por su frase "la caballada está flaca dentro del PRI"), quien fue raptado por Lucio Cabañas. En ese tiempo Fernando Gutiérrez Barrios encabezaba la Dirección Federal de Seguridad, en cuyo seno lustros después se fraguó el asesinato del periodista Manuel Buendía.

También durante el sexenio los unamitas, resentidos todavía por lo del 68 y por lo de los Halcones del 10 de junio, descalabraron a don Luis en la Facultad de Medicina cuando en marzo de 1975 visitó la Ciudad Universitaria. Heberto Castillo formó el Partido Mexicano de los Trabajadores. Se dio el golpe a *Excélsior* (narrado magistralmente por Leñero en *Los periodistas*) y Julio Scherer dejó la dirección para fundar la revista *Proceso*. Murió José Revueltas. Para la sucesión presidencial los partidos opositores no presentaron candidato. Don Valentín Campa, del Partido Comunista Mexicano, se aventó pero sin registro oficial. Se acuñó la demagógica frase *¡La solución somos todos!*, cuando el pueblo todavía no bien digería la del presidente en turno: *¡Arriba y adelante!* Porfirio Muñoz Ledo, tan histriónico desde entonces, coordinó la campaña una vez que fue destapado el sucesor.

La cultura agarró su propio vuelo

Afirma José Agustín que mientras Echeverría avanzaba exitosamente en su proceso de descomponer al país, la cultura, por su propio vuelo, se desarrollaba de una forma

notable. Ya que la cerrazón del sistema hacía que las principales aspiraciones políticas del 68 no se cumplieran, la sociedad mexicana, poco a poco, fue mostrando una voluntad de expresión nunca antes vista. No obstante, cabe destacar que el mandatario sí se acercó a los intelectuales (a Carlos Fuentes lo conquistó), a la gente de arte, etc.; antes de él sólo Miguel Alemán había mostrado aprecio hacia los artistas.

Los talleres de teatro, coordinados por Hugo Arguelles impulsaron la nueva dramaturgia, acompañada también por Emilio Carballido y Vicente Leñero. Manolo Fábregas y Ofelia Guilmain se consolidaron en la actuación y Julio Castillo en la dirección; lo populachero brilló gracias a la reventadísima Isela Vega. El cine fue apoyado con dineros del gobierno; Jorge Fons, Arturo Ripstein, Jaime Humberto Hermosillo, Gabriel Retes, Alfonso Arau, más chavos que hoy, innovaron con algunos filmes taquilleros.

En la televisión el canal 8 de Monterrey fue vendido a los Azcárraga y se creó Telesistema Mexicano. Los programas *24 horas*, de Jacobo Zabludovsky, *Siempre en Domingo*, de Raúl Velasco y *El chavo del 8*, de Chespirito, marcaron para siempre los hogares mexicanos. Los señores Aguirre, hoy dueños de Radio Centro, le vendieron el canal 13 al Estado para hacer sus programas y transmitir uno que otro partido de fútbol. Juan José Arreola culturizó la pantalla chica con sus amenas pláticas.

Durante el echeverrismo se creó el parteaguas cultural que hoy se conserva: el Festival Internacional Cervantino de Guanajuato, que desde entonces, año con año, reúne lo excelente en música, teatro y otras formas artísticas. En la pintura, Rufino Tamayo se internacionalizó; Francisco Toledo creció; a José Luis Cuevas le carcomió el ego para hacerse más famoso y le declaró la guerra al muralismo. En 1974 falleció el muralista David Alfaro Siqueiros, el último de los tres grandes de la Escuela Mexicana, a cuyo sepelio asistieron personalidades como Héctor J. Cámpora, presidente de Argentina.

Tanto escritor podía ser dañino

En general, los años setenta también fueron ricos en actividades literarias. Surgió una red de talleres literarios que se extendieron en todo el país como una fiebre. Se crearon muchos premios de poesía, narrativa y ensayo. Persisten el "Aguascalientes" de poesía y el "Durango" de ensayo, entre otros. Surgieron los escritores de barrio, como Armando Ramírez, con su *Chin-chin el teporocho*. Se leía a narradores extranjeros pero también a los nacionales. Octavio Paz ya era el protagonista central de la cultura.

La gran pena fue la muerte de Rosario Castellanos, quien era embajadora en Israel. José Emilio Pacheco, Homero Aridjis, Elías Nandino, Elsa Cross confirmaron su voz propia como poetas. El joven vate José Joaquín Blanco publicó sus textos de poesía *Otra vez la playa* (1970), *Andamios del día* (1975), *La ciudad tan personal* y *Poesía ligera* (1976). Carlos Fuentes publicó su *Terra nostra* –que ganó el premio Rómulo Gallegos en Venezuela–, texto que según Monsiváis requería una beca para sentarse a leerlo, por sus más de 700 páginas. Elenita Poniatowska, Ricardo Garibay, Sergio Pitol, Arturo Azuela, y otros eternamente-abajo-firmantes cosecharon triunfos editoriales. Margo Glantz bautizó proféticamente a los escritores de "la Onda", donde se agruparon Gustavo Sáinz, Parménides García Saldaña, José Agustín y otros calificados como contraculturales.

Comenta el mismo José Agustín que el *establishment*, por naturaleza elitista se alarmó ante la efervescencia cultural. "Muchos creían que tanto escritor en México era algo dañino pues bajaba el nivel de calidad. Por esa razón se abrieron los espacios a los jóvenes, pero se fomentó un gusto por lo oblicuo, indirecto, oscuro y 'culto', y se desalentó la narrativa contracultural (satanizándola como 'novela de la Onda') y se fomentó el ensayo y la poesía".

Con relación a esto en 1975 el suplemento de la revista *Siempre!* hizo una encuesta sobre la cultura en México; en ella jóvenes intelectuales como Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco y Enrique Krauze coincidieron en 'denunciar' la existencia de un

‘analfabetismo’ basado en la moda del socialismo y de la sexualidad deshinibida, así como de una banalización y vulgarización de la cultura.

Lo cierto es que los jóvenes escribían como les latía y el tiempo separó la calidad de la cantidad. Hoy es verificable: no es mala la salud de nuestra literatura, ni de la pintura, ni del resto de las bellas artes, quizás falten recursos para cultivarse, pero ello, como puede observarse, ha privado en todos los sexenios. Y la contracultura en la que insisten los intelectuales también absorbió ciertas formas practicadas en Estados Unidos durante los sesenta. El maestro Julio del Río Reynaga extrajo una cita de Michael Johnson para explicar ese fenómeno manifiesto en el cine, el teatro, la pintura, etc.(...) “conjunto de personas, ideologías y actividades políticamente de izquierda y tecnológicamente conservadoras que constituyen una alternativa cultural opuesta a la corriente principal del progreso tecnocrático y el dominio del actual sistema educacional, social y gubernamental”.

La periodista Elina Hernández añade que la contracultura vino a revalorar todas las actividades que la gente común realiza y que la parte oficial no les daba el nivel de importancia debido. “Las pinturas en los muros de las calles, los *graffiti*, por ejemplo, son parte de una forma de expresión que hay que tomar en cuenta. Son maneras de comportamiento, pero también es cultura que antes se consideraba de segunda, sin oportunidad de retomarse y difundirse. La contracultura las valoró”.²²

Contracultura o *establishment*, educación o historieta, pasatiempos o recreación, pero la gente leía mucho a Rius, primero a sus *Supermachos*, después a *Los agachados*; los fines de semana no faltaban *Las aventuras de Kalimán* (hoy *KaliFox*), *El hombre increíble*, con los excelentes argumentos de Víctor Fox, *Aguila Solitaria*, *El Payo*, *La familia Burrón*, *Lágrimas, risas y amor...*

²² Conversación personal con Elina Hernández Carballido, FCPyS-UNAM, 7 de noviembre de 1998

¿Quién completó “la docena trágica”?

Julio Scherer García alguna vez describió a José López Portillo como “deportista, pintor, escritor, maestro, filósofo, planificador, orador, bailarín, cantador y charro”, pero a través de los años un sobrenombre lo distinguió mejor: “el perro”, porque en 1981, al iniciar la década perdida, cuando cayeron drásticamente los precios del petróleo, el dólar subió a 150 pesos y la fuga de capitales era imparable, el presidente muy enojado pronunció para la historia: “Defenderé el peso como un perro”. Lo cierto es que nada pudo hacer, ni la socialista idea de nacionalizar la banca al año siguiente le redituó un gramo de confianza y terminó como el presidente más devaluado de la historia hasta ese momento.

José López Portillo tomó posesión como presidente de la república el 1 de diciembre de 1976. Al igual que sus sucesores, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, ocupó la silla sin antes haberse sometido a cargo de elección popular alguno. Recibió un país con elevada inflación, recesión, devaluación, desempleo y otros síntomas que en lugar de curarlos los empeoró. Al iniciar propuso el desarrollo del país en tres etapas: restaurar la economía durante el primer bienio, consolidar en el segundo y crecer aceleradamente en 1981 y 1982.

Todo lo apostó y cimentó en los ingresos que se tendrían del petróleo, ya que nuestro país en ese tiempo, según la prensa internacional, contaba con una reserva de 60 mil millones de barriles, situándose la riqueza en los yacimientos de la zona Chiapas-Tabasco. No obstante, la historia muestra que la abundancia no se supo administrar y quizás también por la caída de los precios del llamado “oro negro” que si alguna vez llegó a estar a 34 dólares el barril en la época de Jorge Díaz Serrano, hoy está alrededor de 10.

José López Portillo fue y es una persona vanidosa, ufana. Durante su mandato le dio por despedir a muchos de sus colaboradores, a veces sólo por capricho. Al presidente estadounidense James Carter lo subestimó, pero no a Ronald Reagan que financieramente lo sometió. Cultivo el nepotismo: le dio trabajo a su hijo, a su hermana,

a su amante, Rosa Luz Alegría, quien por cierto fue la primera secretaria de Estado en el curso de la historia. Casó a sus tres hijos en los últimos tres años de su gobierno. Solapó a su amiguísimo Arturo Durazo Moreno, jefe de la policía capitalina que fabricó una fortuna demencial y a quien le dio por tirar al río Tula los cadáveres de la gente que ejecutaba. *¡La solución somos todos!* pronto se traspoló en *¡La corrupción somos todos!*

Sin mi chayo, no me hallo

Durante el lopezportillismo la prensa fue más vendida que nunca, no por leída sino porque recibió “chayotazos” de la caja chica de la presidencia manejada por el Banco Nacional de Crédito Rural y su director, Everardo Espino de la O. Acostumbró tanto a los periodistas que algunos inspiradamente recitaban: “sin mi chayo, no me hallo”. Nadie escapó: *Excélsior, El Universal, Unomásuno, Novedades, La Prensa, El Herald, Siempre!*...

El episodio lo narra minuciosamente Julio Scherer en su libro *El poder, historias de familia*, editado por Grijalbo en 1990... “En la cárcel y fuera de la cárcel hablamos – Scherer y Espino de la O- repetidas veces del papel que desempeñó frente a los medios de comunicación y, en especial, la prensa escrita. Protegido por el gobierno del que formaba parte y al margen de cualquier partida autorizada por la ley, distribuía dinero a directores y dueños de periódicos, a reporteros, caricaturistas, columnistas, fotógrafos. Disponía también de fondos secretos para campañas electorales, sueldos a líderes priístas, subsidios a dependencias oficiales, dádivas a partidos de oposición...”²³

En ese tiempo Manuel Buendía ya era muy leído y era un líder de opinión a través de su columna “*Red privada*”, en el periódico *Excélsior*. José Luis Mejías hacía lo propio desde su columna “*Los intocables*”. Otros líderes en eso de la consulta obligada a la prensa fueron Margarita Michelena y Mauricio González de la Garza (él sí recibió su “chayo”, según Scherer). Todos ellos periodistas hasta la tumba, porque, como afirmó

²³ Scherer García, Julio *El poder, historias de familia*. Col. Política Mexicana. México: Grijalbo, 1990, p.

Poniatowska en un Día de la Libertad de Prensa (1989), es un oficio que se sigue hasta el sepulcro. *“Ningún hombre, ninguna mujer olvida jamás que han sido periodistas. Cuando esta víbora pica no hay remedio en la botica”*.

Por cierto, en aquella ocasión la escritora se refirió no tanto al “embute” sino al dinero que invierte el gobierno en publicidad dentro de los medios informativos. El hecho de que el gobierno dé publicidad, sostuvo, no es una gracia ni un regalo, porque no es un dinero de los gobernantes sino de los contribuyentes. Lo contrario es repetir la triste frase de López Portillo: “No pago para que me peguen”. López Portillo mentía. Él no pagó un centavo. Pagó el erario, y de lo que se trata ahora, agregó, es formalizar, de acuerdo con criterios establecidos públicamente, conforme a tiraje y público específico, la entrega de publicidad gubernamental. De lo contrario el gobierno siempre se jactará de una hazaña que no es suya.

La televisión montó en cultura

Con López Portillo se reiniciaron las obras del Sistema de Transporte Colectivo Metro. Se descubrió la Coyolxauhqui. Hank González empezó la construcción de los famosos ejes viales que molestaron a más de un capitalino. Aumentaron los tragafuegos y los fayuqueros. La contaminación ambiental ya alarmaba a investigadores mexicanos y extranjeros. El Papa Juan Pablo II visitó México por primera vez (1979). El presidente apoyo a los sandinistas en Nicaragua. Reagan se enojó. Un mexicano ganó un Premio Nobel por primera vez: Alfonso García Robles, el de la Paz en 1982. Carlos Monsiváis se peleó con Octavio Paz. El “púas” Olivares se aventó para diputado y no ganó. Pipino Cuevas mejor que nunca. Hugo Sánchez para España y Valenzuela para Los Dodgers... mientras, Miguel de la Madrid suspiraba para “Los Pinos”, como bromea el comediante Héctor Lechuga.

Antes de finalizar la década de los setenta, casi desde mediados, la televisión montó en cultura; continuó apareciendo el maestro Arreola, Cristina Pacheco, Poniatowska, Ricardo Garibay, Octavio Paz, quien después llegó al “canal de las estrellas” para

quedarse. Apareció el programa *Para gente grande* -esto ya en 1980- que, a juicio de quien esto escribe, ha sido un caso irrepetible de cultura a través de la televisión comercial.

El cine no tuvo mucho éxito debido a la pésima dirección que la "Pésima Musa", doña Margarita López Portillo le dio a RTC, para colmo hasta la Cineteca se quemó antes de finalizar el sexenio (marzo del 82). Sin embargo Felipe Cazals (*Las poquianchis*), Arturo Ripstein (*Cadena perpetua*), Jaime Humberto Hermosillo (*María de mi corazón*) y otros, con ingenio lograron películas más o menos aceptables.

En la radio cultural, aparte de Radio UNAM, Radio Educación repuntó bajo la dirección de Miguel Ángel Granados Chapa, quien recientemente truncó sus aspiraciones de gobernar a los hidalguenses al perder las elecciones frente al PRI el 21 de febrero de 1999. Ni siquiera quedó en segundo lugar, ya que el carismático diputado y cantautor de *Qué es la libertad*, Francisco Javier, postulado por el PAN obtuvo más votos que el columnista abanderado del PRD.

En la música popular y los espectáculos Lucía Méndez, Lupita D'Alessio y Verónica Castro, despidieron triunfales la década y el sexenio. Tania Libertad, Eugenia León y Guadalupe Pineda despeñaron de las peñas para saltar a la fama. Rigo Tovar ya era actor; Chico Che y la Crisis moderaron la crisis con sus éxitos tropicales. El rock no se despegaba de la chaviza, incluso los marginados dieron más brillo al Tri, a Rockdrigo González y a Botellita de Jérez.

Dentro de la literatura contracultural hubo insistencia por parte de Jesús Luis Benítez, José Agustín, Juan Villoro y Gerardo María que continuaron publicando su narrativa. En 1979 Luis Zapata publicó la famosa novela gay *El vampiro de la colonia Roma* y poco antes José Joaquín Blanco hizo un estudio muy serio sobre la biografía de José Vasconcelos.

Entre 1976 y 1982 Fernando del Paso publicó *Palinuro de México*, Jorge Ibargüengoitia *Las muertas*, José Emilio Pacheco *Las batallas en el desierto*, Carlos Fuentes *Agu*

quemada, Enrique Krauze la biografía de Daniel Cosío Villegas, Carlos Monsiváis *Amor perdido*, Carlos Tello y Rolando Cordera *La disputa por la nación*, Jaime Sabines *Nuevo recuento de poemas*. Elena Garro, Hernán Lara Zavala, Paco Ignacio Taïbo II, René Avilés Fabila, Tomás Segovia, David Huerta, Carmen Boullosa, Juan Bañuelos, Alejandro Aura...decenas de escritores y poetas produjeron textos creativos y ensayísticos.

B. Las crónicas de José Joaquín Blanco

Cuando la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles...

Manuel Gutiérrez Nájera

Recuerdo de una atmósfera fundacional

En el *Unomásuno* las crónicas de José Joaquín Blanco impactaron. Antes de que Novo cumpliera el lustro de fallecido (enero de 1974) ya estaba un heredero de esa pluma para atestiguar los cambios continuos de la metrópoli y la sociedad. Blanco empezó a recorrer nuevamente la Avenida Alvaro Obregón, la calle San Juan de Letrán y a tomar apuntes para transmitir la atmósfera y el desgaste, la imaginación y la melancolía que ofrecen estas arterias de todos los tiempos. El metro, Plaza Satélite, el Teatro Donceles, la Universidad Nacional, la Lindavista, los *Vip's*, las Lomas, Iztacalco, Balbuena, etc., todos los sitios han sido enfocados bajo la lupa y la pluma de José Joaquín Blanco, quien en la década de los setenta publicó también su primera novela *La vida es larga y además no importa* y su espléndido texto *Crónica de la poesía mexicana*.

Las crónicas de Blanco, que aparecieron originalmente en ese rotativo entre 1978 y 1980, fueron compiladas en el libro *Función de medianoche*, editado por Era. Los 59 textos en su mayoría son crónicas, aunque el subtítulo del volumen dice ensayos de literatura cotidiana. Vale recordar que los lindes en el manejo de géneros ya han sido delimitados por el propio autor. El extenso ensayo que cierra el libro, "Ojos que *da pánico soñar*", se publicó en el suplemento *Sábado* del mismo periódico el 17 de marzo de 1979 y luego en los cuadernos de *Magnus Hirschfeld*.

En entrevista, Blanco destaca que la experiencia de *Unomásuno* fue extraordinaria, “sin querer confluyeron varios elementos, el principal: una atmósfera fundacional cultural del país, que en adelante sí íbamos a integrarlo; íbamos a ser buenos con los pobres, con los indígenas; iba a ver democracia, en fin, ese tipo de deseos y una extrema juventud de la mayoría de quienes hacíamos el periódico, lo que le imprimió mucha ingenuidad pero también mucha frescura, mucha honradez, una honradez inocentona que luego ya no se tiene.

“La cultura tenía prestigio en los setenta, pero no hubo apertura cultural por parte del Estado, así como tampoco hubo cerrazón en los ochenta por la crisis económica. Lo que pasa es que durante los sesenta y setenta fueron épocas en las cuales la gente, principalmente los universitarios, era muy idealista. Se leía mucho a Cortázar, por ejemplo, era casi inevitable que un estudiante no llevara bajo el brazo un libro de Cortázar –autor de *Rayuela* e *Historia de cronopios y de famas*–; en los ochenta se dejó de leerlo y ahorita ni de chiripada...

“Incluso había cierta demagogia en los setenta; recuerdo la canción de protesta, el cine debate popular, el arte erótico, el budismo zen... De una manera ciega e ingenua teníamos fe en cambiar el destino, como generación, los estudiantes, los jóvenes. Eso se rompió por completo con la crisis económica de 1982, los sismos del 85 fueron la locura y luego la puntilla fue la caída de los regímenes socialistas en Europa del Este, no sólo del socialismo, sino de todos los regímenes filantrópicos, los que se proponían acabar con la miseria, proteger el pueblo, en fin, se escindieron en todo el mundo”.²⁴

La magistralidad de Hank González

Función de medianoche es síntesis de los ímpetus de juventud del cronista que ya despuntaba por el manejo exquisito y culto del lenguaje, y a la vez el contraste del habla popular; está ahí el retrato constante de la ciudad, los gestos de los desempleados y las amas de casa. La prepotencia inverosímil de los *juniors* es captada

²⁴ Entrevista con José Joaquín Blanco, 16 de diciembre de 1998.

con maestría, las borracheras de fin de semana, la política, los ricos y los olvidados, los universitarios y los obreros, los médicos y los amorosos, la carestía económica y los sermones del párroco, los delincuentes sin cabida, los transas y los panteones ausentes de flores; vale decir que José Joaquín Blanco le tira literaria y periodísticamente a todo lo que se mueve.

No es un desconsuelo llevado a cuestras sino una mirada de descargo y un entusiasmo por renovar las imágenes urbanas, sitios que ya docenas de cronistas han inmortalizado desde el siglo pasado. La elegancia del lenguaje no invalida el pensamiento intelectual sino lo complementa, por ello Blanco vuelve a recorrer parques y avenidas, el centro y las zonas privadas y *flash*, las retrata con el verbo y les agrega su experiencia literaria.

Come con Carlos Hank González y en lugar de quedarse con el asco se burla de la magistralidad del profesor rural: "después de la comida pasamos a una sala con pizarrones y se nos dio una clase -sobre los ejes viales-. Buena clase, enterada, documentada (...) Decía Picasso que su simpatía por algunos líderes estalinistas se debía a que compartían la atmósfera autoritaria de los padres jesuitas que lo habían educado. Hank insistía en sus orígenes de profesor, y yo me sentí todo el tiempo como alumno frente a un profe el día del examen".²⁵

A propósito de los cambios fisonómicos que sufrió la ciudad de México durante la segunda mitad de los setenta, con el metro, los ejes viales, las excavaciones, etc., cuando Hank González era el regente, Blanco escribió: "Pensar en México puede ser un agolparse de imágenes de construcción: ajeteo de albañiles, traqueteo de grúas, revoladoras y palancas; gritos de carga y descarga (...) Los dueños del país están poniendo su nueva casa. Toda la historia anterior les estorba: anticuada, demagógica, mugrosa, indígena o aldeana".

El capital, agregó, destruye y remodela el país entero para dejarlo perfectamente a su medida. "Así se ha destruido y remodelado todo: la industria, la agricultura, el comercio,

²⁵ Blanco, José Joaquín *Función de medianoche*. 1ª ed. 2ª reimpr. México. Ediciones Era, 1984, pp. 88-89

la ganadería; la mentalidad y el lenguaje, las instituciones políticas; los grupos humanos y la geografía". Quizás el único factor que sigue pesando como oposición a esa devastadora acción son por suerte los trabajadores, pese al corporativismo, llámense electricistas, ferrocarrileros o maestros, quienes ya sea tímidamente o a través de la manifestación masiva continúan siendo oposición al capitalismo salvaje.

El México clasemediero

Las crónicas de *Función de medianoche* están divididas en tres apartados: "El alambrado", "Botín con ajetreo de víctimas" y "El íntimo transar del corazón" (dedicado al escritor Luis Zapata). En el primero puede observarse un panorama de la cultura a través de la historia y del presente; en el segundo están a manera de *collage* los lugares varios y el consumo como medida del progreso, como definición del *status quo*; y en el tercero permea la psicología, el comportamiento de la gente en pareja, en familia, o simplemente como conglomerado, también es un asomo al sentimentalismo y el melodrama colectivos.

Pero el gran tema de estos incisos, recalca el mismo autor, es la clase media urbana, entre los artificios del consumo y de la civilización del bienestar (sólo se les menciona como contexto). El México clasemediero, arrogante y vulgar, que priva en las zonas relativa o desproporcionadamente desahogadas de nuestras ciudades. "Un tema a mi medida, como parte que soy de ese medio, de esa cultura, incluso cuando me rebelo".

"El alambrado" agrupa crónicas como "Los inteligentes tarugos", "Rumbo al desfile", "El teatro de Donceles", "Tarascada de burro cargada de razón", "La UNAM en la política". Constituyen una radiografía del desarrollo de la cultura y la ciencia en México; la docilidad que van adquiriendo personas con altos conocimientos, como los científicos, y que terminan supeditados por las maniobras de absorción del Estado; la difusión masiva en manos del capital privado, por ejemplo Televisa, para abrumar y castellanizar al país; la solemnidad con que se trata al presidente de la república y la burla que a cambio puede hacerse del poder legislativo; la ecología, el feminismo, la gimnasia, la

filantropía, los oprimidos carentes de recursos para ejercer sus derechos, etc., son subtemas que Blanco desarrolla, documenta y narra desde su perspectiva metodológica.

“Botín con ajeteo de víctimas” reúne trabajos como “Mercado sobre ruedas”, “El automóvil como consolador”, “Panorama bajo el puente”, “Ejecutivo junior”, “En cada defecho viaja la capital entera”, “Brindis por los ochenta”, etc. Son cuadros de costumbres que dan cuenta de los lugares donde la gente se congrega para comprar, divertirse, consumir, transar, aglutinarse y revivir la esperanza de superar la crisis. Aquí está la atmósfera que priva en los tianguis, el tránsito en las avenidas, el comercio a la salida del metro, los *supermanes* que conducen con desenfreno sus vehículos, el entusiasmo de las fiestas de fin de año, las casitas de quienes viven en zonas privilegiadas, los ademanes de los *juniors*, la modestia de las sirvientas...Son veinte crónicas en total.

“El íntimo transar del corazón” es el apartado más extenso y compila textos como “Los cuarentones ante le paraíso”, “La ciudad y los solos”, “La familia pequeña consume mejor”, “Un mesías en Iztacalco”, “Un Fausto de Lindavista”, “Las lluvias de julio”, “Fue una historia de amor”, etc. Se refleja la vocación de psicólogo social de Joaquín Blanco. Insiste en la posesión de bienes como reflejo indicativo para medir el progreso personal y familiar; involucra el sexismo como cosificación de las virtudes imperantes que arrastra por los suelos al saludable erotismo; expone algunos argumentos para explicar la decadencia del matrimonio y el fracaso de la educación sexual; recrea algunos melodramas familiares para notificar la lucha diaria por la felicidad. Los ociosos atardeceres, las inundaciones por los aguaceros, los comensales en los restaurantes aparecen en otras crónicas que resultan un entremés para este segmento del capítulo III.

Hay cuatro crónicas del volumen que conservan cierta secuencia narrativa por desarrollarse en los conocidos restaurantes *Vips* en plena madrugada, y donde estuvo presente Joaquín Blanco: “Frio del martes por la madrugada”, “Frio del sábado por la madrugada”, etc., dan título a estas recreaciones de borrachos, de parejas o de

desolados que acuden a saciar el apetito en esos populares merenderos, los cuales también sirven como escenario de reconciliaciones amorosas, reuniones estudiantiles o para celebrar las epopeyas de ciertos desempleados e intelectuales que acuden a tomar café.

Al hablar sobre los textos de *Función de medianoche*, Blanco reserva un agradecimiento infinito al ex director de *Unomásuno*, Manuel Becerra Acosta, no solo por permitirle, sino hasta solicitarle ese tipo de "barbaridades" impublicables entonces en otros medios. Ninguna le pareció lo suficientemente atroz, escandalosa o inconveniente, ya que lo incitaba a ir cada día más allá, en asuntos, en lenguaje, en perspectiva crítica, en inconveniencias y sarcasmos.

"Nunca lograba *epatarlo* (sic) con mis crónicas 'escandalosas' de la vida cotidiana o subterránea de la ciudad de México. Cuando ya me sentía todo un *enfant terrible* del periodismo, y tenía disgustado y escandalizado a medio mundo, al grado de construirme una pequeña fama de 'amargado y disoluto', por esos relatos urbanos que adrede cargaban la tinta en los rincones sórdidos, trágicos o depresivos de la sociedad capitalina, para Becerra Acosta todavía ni siquiera empezaba yo a mirar 'con verdaderos ojos dostoevskianos' la realidad mexicana. Algunas de las más ruidosas o tenebrosas de esas páginas fueron escritas en plan de reto, para ver si por fin me pasaba de la raya, lo escandalizaba, y se veía obligado a rechazarlas o censurarlas; no lo conseguí".²⁶

La influencia de Pier Paolo Pasolini

Según Antonio Saborit, quien es especialista en la obra de Salvador Novo (recientemente prologó sus crónicas en dos tomos de *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*), admite que en las crónicas de *Función de medianoche*, y en las subsecuentes, hay una constante influencia del escritor italiano

²⁶ Blanco, José Joaquín. "Cronista del PSUM". En *La Crónica de Hoy*, Suplemento "Crónica Dominical", Columna Postales Trucadas. Núm. 113, año III, México, domingo 28 de febrero de 1999, p. 10.

Pier Paolo Pasolini, ya que Blanco se fija muy bien en el consumo –“el consumo enrarece todas las relaciones”-, en la vestimenta de los chavos, tal como Pasolini en los escritos corsarios, donde su tema era el consumo y cómo éste logró homogeneizar a la juventud italiana, a los obreros con los pequeñoburgueses, y como a la vez terminó mermando al Partido Comunista Italiano.

Como dato adicional basta acotar que Pasolini fue escritor y director cinematográfico, asesinado en 1975. Fue considerado el *enfant terrible* de su generación. Cultivó entre otros géneros literarios la poesía (*Las cenizas de Gramsci*) y la novela (*Los muchachos en la calle*, *Una vida violenta*). Enfatiza Saborit que fue una figura central en la cultura de su país y que Blanco fue uno de los pocos intelectuales mexicanos que lo difundió en el nuestro.

Saborit también distingue un verbo constante en los textos del cronista: transar (sic). La transa como una acción de comercializar y donde gana el más listo. Blanco lo despliega mejor en su “Elogio a la transa”, donde incluso se remonta a la literatura española del Siglo de Oro: “Esta nueva aportación de México al mundo, la transa, hija predilecta de ‘la movida’ y entenada de ‘la onda’, lógica y entrañablemente ha proliferado en el uso juvenil, a tal grado de vencer a sus antecesoras abrumadoramente y colocarse en la cúspide del *hit parade* de nuestra habla urbana.

“La transa es algo más próximo a Wall Street: ya no es un peladito sino, por ejemplo, un naco que se disfraza de chavo de la onda, echa el verbo, fintea, sonríe y te vende por unas luxes previamente conciliabuladas, un carrujo de mota que resulta ser puro zacate”. La transa, según Blanco, la emplean los jóvenes para satisfacer necesidades que el sistema les ha creado y el presupuesto familiar no alcanza a cubrir. Finalmente es una imposición de la cultura del consumo.

Testimonio de la generación

Conoci a José Joaquín, narra Antonio Saborit, en 1977 cuando le encomendaron la *Revista de la Universidad de México* y preparaba su libro sobre Vasconcelos y su

Crónica de la poesía mexicana, desde entonces colaboré con él; en ese tiempo traduje a Fassbinder y a Henry Miller, e hice una larga reseña sobre las películas más importantes de Francois Truffaut. Esa etapa fue breve ya que Joaquín renunció cuando entró la policía a Ciudad Universitaria.

En efecto, durante el primer semestre de ese año José Joaquín Blanco fue jefe de redacción de esa publicación que hasta hoy día edita la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM. El rector era el doctor Guillermo Soberón Acevedo (más tarde Secretario de Salud con Miguel de la Madrid). Desde el mes de junio los trabajadores se habían ido a huelga en demanda de mejoras salariales, lo cual culminó con la intervención de la policía capitalina la madrugada del 7 de julio -intervinieron 12 mil policías y se detuvo a 531 personas, según la revista *Siempre!*-, acto que repudió el sector estudiantil y obrero.²⁷

Indignados, Luis Miguel Aguilar, Carlos Monsiváis y Blanco Alfaro renunciaron a sus cargos y publicaron un desplegado en algunos medios informativos: "Por este conducto, los abajo firmantes hacemos pública nuestra renuncia al Consejo de Redacción de *la Revista de la Universidad de México*. El proyecto cultural y académico que puede esperarse de una universidad 'rescatada del caos' por medios judiciales y ocupada por la policía, es necesariamente incompatible con nuestra propia convicción de lo que debe ser el trabajo cultural -libre, dialogado y crítico- en la máxima casa de estudios. Extendemos también nuestra protesta por la detención de los huelguistas y sus líderes y exigimos la libertad de los mismos".

Simultáneamente se abrieron las páginas de "*La Cultura en México*", suplemento de la revista *Siempre!*, para la chaviza -evoca Saborit con alegría-; José Joaquín consiguió un par de planas por número y las bautizamos "De Cal y de Arena", de donde después tomó el nombre la editorial *Cal y Arena*; metíamos reseñas, comentarios, cosas breves sobre libros, revistas, pintura, cine, en fin. También publicaban ahí Félix Cortés Camarillo, Adolfo Castañón, Lourdes Arízpe, que eran de otra generación.

²⁷ Revista *Siempre!*, Núm. 1257, Suplemento "*La Cultura en México*", Núm. 805, México, 29 de julio de 1977, p. XIV.

Luis Miguel Aguilar, Antonio Saborit, Roberto Diego Ortega, Rafael Pérez Gay, Sergio González Rodríguez, Gustavo García, entre otros, a finales de los setenta eran jóvenes escritores y periodistas, entre 20 y 23 años, los unía esa atmósfera generacional y nutrían a "De Cal y de Arena"; todos trataron y conocieron a José Joaquín Blanco, quien era el brazo derecho de Carlos Monsiváis, director de "La Cultura en México" de 1972 a 1987. Una época que según el propio Blanco fue de pleitos constantes, pero superables, entre los colaboradores.

Los lunes -continúa Saborit- había reunión en casa de Carlos Monsiváis, en San Simón 62, entre las 4 y 4:30 de la tarde, los colaboradores llevaban su material. Él ponía los títulos a los artículos y nos íbamos a la imprenta Madero. En su escritorio nos esperaba el diseñador Bernardo Recamier, se ilustraba el material, se hacía el *domit*; esa era la chamba de los lunes y la coordinaba José Joaquín, luego la dejó y lo sustituimos Luis Miguel Aguilar, Roberto Diego Ortega y yo, buena parte de 1978 y 1979, Blanco la retomó en 1980 y desde el año siguiente y hasta 1986 la hicimos Rafael Pérez Gay, Alberto Román, Sergio González Rodríguez y yo.

"Por 'De Cal y de Arena' nos pagaban una miseria, podían ser 300 o 500 pesos. Pagaban los viernes en la mañana, luego nos íbamos a El Chico, un restaurante español que estaba entre Sonora y Alvaro Obregón, pequeñito, decadente, con vidrios sobre el mantel de las mesas; preparaban un paté espantoso, pero a los 20 años te lo comes igual. Ahí platicábamos, comentábamos el número, proyectábamos mejoras.

"José Joaquín era a todo dar, muy estimulante, sugerente. No era el hurafío que dice ser. Hoy esa es su visión; como alguien de pocos amigos que cierra la puerta de su casa para estar solo. En esa época no. Lo que me impresionaban eran sus lecturas. llamaba la atención la manera de llevar a su propia obra autores admirados por él, particularmente Edmund Wilson, de quien Blanco aprendió la 'no especialización', dice que uno debe estar capacitado para abordar la realidad por donde nos llegue, ya que ésta nos aborda por todos lados".

En su ensayo *Se llamaba Vasconcelos*, Blanco confiesa que de Edmund Wilson aprendió “los trucos, las perspectivas y el tono”. Wilson (1895-1972) fue novelista y crítico literario norteamericano, dirigió la famosa revista *Vanity Fair* y de 1926 a 1931 fue editor de la revista *Nueva República*. Entre sus obras destacan *Memorias del condado de Hecate* (novela), *El castillo de Axel*, *Estudio sobre la literatura imaginativa*, *La estación de Finlandia*, *Crónica literaria* (ensayos).

José Joaquín nos soportaba en las reuniones

En esos años que José Joaquín se reunía con los muchachos en El Chico; él ya era un investigador de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, el más joven del seminario Historia de la Cultura Nacional, y tal vez el más productivo, estaba cerca de gente como José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Adolfo Castañón (generacional de Blanco), Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín y de otros intelectuales que le llevan algunos años. “Él era muy joven, y ha de ver sido algo sensacional convivir con ellos, comenta Antonio Saborit, aunque lo tenían trabajando a marchas forzadas. Fue cuando lo conocí y creó el espacio para nosotros en *Siempre!*, y aunque no eramos tan doctos nos soportaba en la reuniones de El Chico.

“José Joaquín después se volvió el cronista estrella de *Unomásuno*, su labor lo llevó a otros sitios y los más chavos nos empezamos a hacer cargo del suplemento; no obstante, nunca se separó del grupo para orientarnos o darnos algún material para publicar, aunque ya en los ochenta nos visitaba menos. Las reuniones las cambiamos los lunes por la noche en el restaurante La Bodega, ubicado en Amsterdam y Popocatépetl; después de salir de la imprenta Madero ahí nos refugiábamos hasta la una o dos de la mañana o hasta que nos corrían. Después fuimos cambiando de sitios de reunión: nos trasladamos a un bar en la avenida Revolución, cerca del edificio de Celanese Mexicana, luego a Los Guajolotes, etc.”

En un ensayo que publicó recientemente en el suplemento dominical del periódico *La Crónica de Hoy*, José Joaquín Blanco hace un recuento de los quince años que

participó en el suplemento *“La Cultura en México”*, época capitaneada por Carlos Monsiváis; son anécdotas, evocaciones de los momentos felices y de las discusiones; también es un ajuste de cuentas con Monsiváis, una crítica a su intransigencia, a su hartazgo, a su intolerancia con los jóvenes, a su desesperación por no encontrar el talento imaginado en la nueva generación de escritores. Es una remembranza de lo que también alguna vez aglutinó don Fernando Benítez, y que se conoció como “mafia literaria” (donde participaron Fuentes, Cuevas, Rulfo, García Cantú, García Riera, Pacheco, etc.), pero sobre todo el ensayo es un testimonio y el agradecimiento fraternal hacia los jóvenes que apuntalaron el suplemento después de la escisión de 1977, cuando muchos intelectuales salieron en estampida para después fundar la revista *Nexos*.

En este recuento Blanco resume que los diez años del grupo de El Chico –ahora un bar *techno*, La Barracuda-, “formaron una fértil generación de ensayistas y periodistas culturales. Que era precisamente de lo que se trataba. Queríamos algo más, desde luego, y algunos lo han conseguido: la novela, el relato, la poesía. Al menos en el ensayo y la crónica desarrollamos una forma nueva, amena, libre, equidistante del parnaso y de la academia, con ideales de cotidianidad y pasión crítica, que ha sido bienvenida por muchas otras publicaciones”. El orgullo es no haber desplazado a nadie, sino haber llenado vacíos que otros escritores, más politizados y con mejores tribunas para su expresión, fueron dejando en el suplemento: “¿No ha llegado ningún rollazo ideológico? ¡Pues vamos a dedicarle todo el suplemento a Beckett!”, decía Rafael Pérez Gay.

“Casi todos los ex chamacos de El Chico seguimos siendo muy amigos, destaca José Joaquín. La amistad fue nuestro trofeo. Y lo que cada cual escriba gracias al aprendizaje de aquella década. O se niegue concienzudamente a escribir, como el sabio Beto, quien nos salió más borgiano que Borges en aquello de que ‘leer es más creativo que escribir, más intelectual’. Tiene razón: en la lectura reside el verdadero

talento. Era precisamente lo que defendíamos en 1977, con 'excesivo culturalismo', en nuestra sección 'De Cal y de Arena'. Todo ha girado alrededor de ese embrujo: leer".²⁸

Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon

De aquellos años, particularmente entre 1979 y 1983, también surgieron algunos ensayos notables de Joaquín Blanco publicados en el suplemento de *Siemprej* y que después incluyó en su segundo libro de crónicas titulado *Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon*, edición que incluye los textos aparecidos en *Unomásuno* dentro del mismo periodo. Son 36 crónicas divididas en dos apartados: "Escenas urbanas" y "Boarding pass".

"La lógica de la brutalidad policiaca", "Los vecinos de abajo", "Espérame en Hacienda vida mía", "Impuestos ¡Manos arriba!", "Los mexicanos que nomás no", "Primavera en condominio", "Pásele, aquí está su propia casa", "Caminantes sin banqueta", "La soledad de los interpretados", son algunos textos de "Escenas urbanas", donde el aire fresco predomina como vigencia gozosa de la pluma de Joaquín Blanco: un pormenor de la dominación diaria que del capitalino hacen las modas, los giros, los dictados del Estado, la publicidad, las marchas, el confort de una casa propia, la llegada de la primavera, etc.

Entre las múltiples denuncias la pluma combativa de Blanco se centra en las medidas fiscales del gobierno hacia los empresarios y la complacencia de funcionarios para fomentar la industria con el menor gravamen posible, con la finalidad de no irritar las políticas económicas de la oligarquía financiera estadounidense. En contraste expone el maltrato y vejaciones hacia los jornaleros de nuestro país, los cuales no tienen ni siquiera un *status legal de trabajadores* y que han sido relegados desde la Conquista hasta nuestros días, pasando por la reforma juarista y la Revolución de 1910.

²⁸ Blanco, José Joaquín. "Los viernes de El Chico". En *La Crónica de Hoy*, Suplemento "Crónica Dominical". Núm. 111, año III, México, domingo 14 de febrero de 1999, p. 4.

Sobre los créditos para vivienda, que pululan en promoción hasta en los vagones del metro, el cronista reflexiona sobre la vida diaria en el Distrito Federal: el ajetreo, el esmog, la vida ciudadina y la cabaretil, policías extorsionadores, tráfico, arrebatos y uff... la dulce promesa de poder conseguir un apartamentito y endrogarse toda la vida. Ante el apocalipsis cotidiano una casita puede ser el refugio para el escape de la libertad gregaria que ya de por sí está abolida.

Las banquetas invadidas por vehículos, los rostros retadores en los camiones y en los semáforos, la incitación a los automóviles y las bebidas embriagantes a través de la pantalla chica, los deportistas luxados y empolvados un domingo en el barrio, la función de los intelectuales en la sociedad, las mujeres que le gustaban a Mariano Azuela,... todo está abarcado en estos textos que denotan la acrobacia verbal y la infinidad de temas que el cronista es capaz de pronunciar. Blanco es un termómetro de la cultura, acompañado de un ojo visor con don de síntesis paisajista-popular, con ciertas impresiones y contrastes utilizados por otros cronistas como Gregorio Ortega y José Alvarado.

"Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon" es el escrito que da título al libro. Aquí el manejo del tiempo está aplicado históricamente; A manera de ensayo el autor pormenoriza cómo fue dándose la moda de usar medias femeninas (no de futbolista), una herencia directa de la revolución industrial, lo cual permitió homogeneizar la vestimenta en diversos países. Una pierna con media es una "pierna industrial", pero encierra cien mil interpretaciones ya que esconde las imperfecciones de una dama tornando misterioso su encanto.

Según el cronista, el éxito de las medias nylon alcanzó su apogeo en los años treinta. Y así, la moda supera la sofisticación de la clase pudiente: si al principio las damas elegantes fueron quienes ensalzaron la media nylon después fueron ellas mismas quienes la mandaron a volar al ver que las obreras, las amas de casa, etc., las empezaron a usar en cualquier fiesta. A veces lujo, a veces estrechez pero el caso es que las medias llegaron para quedarse.

La sociología en práctica es parte del trabajo de José Joaquín Blanco, si ya antes intentó el retrato de la gente y sus costumbres higiénicas, de la compra y el derroche en "Plaza Satélite"; después en su crónica "Plaza Universidad: los árboles darán manzanas en compota" el retrato es de la clase media que posa y compra, sobre todo la chaviza que rasga los bolsillos papá y mamá. Día del niño, Día del padre, 10 de mayo y demás fechas que entronizan las costumbres de una familia y son motivo del gasto en Plaza Universidad. *Higf Life, Novias Picchelina...* tantas marcas como mercancías, tantos caprichos como vanidades son la tonalidad de ese espacio multiconocido, y quien no haya entrado nunca al *Helen's* que dispase la primera pizza.

Uno que otro viaje

Así como Malcom Lowry, Graham Greene, Aldous Huxley alguna vez posaron su mirada sobre México y escribieron algunas de sus crónicas de viaje para exaltar, embellecer, sobajar, eximir o simplemente describir a nuestro país, José Joaquín Blanco lo ha hecho en Estados Unidos, ya sea como turista o como becario autopagado. A fines de 1979 estuvo en Boston, Massachusetts, y en algunos villorrios aledaños e hizo una parodia de los estancieros, de los barrios que tiene una ciudad del llamado primer mundo.

Asevera que en el fondo todos los lugares son parecidos e igualmente incomprensibles. Por ejemplo "el centro de Boston es como el centro del Defe, más organizado y sin desempleo, pero con la misma atroz, mescolanza de edificios viejos y rascacielos, el ajeteo financiero y comercial entreverado con el patriotismo, la pobreza y las tiendas de hamburguesas". Pero destaca que los estadounidenses más que tener culto a su pasado lo tienen sólo hacia la exaltación del presente que enmarca el poderosísimo desarrollo del capitalismo, y ahí radica su éxito..."entonces el mal turista –como yo-opina que nuestros antepasados se derrocharon en vano con tantos uxmales y teotihuacanes, oaxacas y pueblas y guanajuatos".²⁹

²⁹ Blanco, José Joaquín. *Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon*. México. Joan Boldó i Climent Editores, 1988, p. 188.

Blanco se adentra, observa las estatuillas en el Boston Common, la alameda, el tráfico, las calles comerciales, los cabarés para cincuentones desesperados o el *Boylston St.*, los cementerios, los *McDonalds*. Le llama la atención el *indian summer*, algo típico de Nueva Inglaterra, que ocurre durante el otoño, ya en vísperas de las nevadas, durante algunos días vuelve el sol con más fuerza que nunca, "y el paisaje coloridísimo del otoño recibe un clima frutal de calor y brillantez, como si el otoño decidiera acabar con una efusiva nostalgia de verano".

Riqueza y fortuna, muchachos ágiles y ávidos, señoras sin mayor preocupación que conciliar el sueño, televisión por cable, casas cómodas y hermosas, el "gracias a Dios de todos los días" por estar muy lejos de los ladrones, soviéticos y psicópatas, es el clima que existe en las privadas residenciales de Boston, muy similar al *modus vivendi* de Lomas de Chapultepec, "dulce retiro", en la ciudad de México. Todo es delicia... "para los americanos la verdadera vitalísima primera plana de su sociedad son los comerciales".

Lustre aparte le imprime Blanco al visitar otros sitios como la isla de Nan tucket el Pequod, de donde un día zarpó el capitán Ahab, Queequeg y otros arperos fanáticos, bebedores y sudorosos que llenaron las páginas de Herman Melville en tiempos de *Moby Dick*, la gran ballena blanca, ese animalito que ahora sólo es un obstinado logotipo inocente, como Mickey Mouse o el Pato Donald. El mausoleo de los Kennedy, erigido como un templo, encierra ahora los míticos episodios de la historia estadounidense. "El edificio busca afanosamente la elegancia artística, ese tono de clase y distinción que Kennedy quiso poner a su administración, en contra de la chatez y casi vulgaridad de sus dos inmediatos predecesores: Truman y Eisenhower"

"Cuando fui a Boston fui a aprender inglés, a tomar un curso y me aburrí tanto que dejé de ir y entonces me puse a caminar por la ciudad. Me gaste un dineral, como mil 500 dólares; era un curso de ocho horas diarias de inglés oral en el Boston Collage, instituto al que se había inscrito una amiga mía que ganó una beca para la Universidad pero le exigían mejor calidad de inglés; ella tomó el curso y a mí se me antojó. Estuve dos meses, pero en la escuela sólo una semana, ya que mis

compañeros eran puros venezolanos, de los más bárbaros de la tierra y que hablaban un español horrible, eso de ¡oye chico! y ¡qué chévere!; desistí y me puse a recorrer Massachusetts". De ese paseo salieron las siete crónicas de "Boarding-pass" que *Unomásuno* le publicó entre noviembre y diciembre de 1979.

Con todo y Orson Welles y sus marcianos, con sus numerosos Nobel de medicina y demás áreas, con su liderazgo de profetas, con sus dictados hacia el mundo y sus viajes a la luna, se demuestra, como lo hace este escritor, que Estados Unidos es materia exquisita y criticable para unas crónicas de viaje.

Sería injusto llamarlo sólo cronista

"Lo vi llegar. Lo conocí a fines de los setenta. Era entonces un ensayista y un periodista que destacaba, pese a su juventud, por su capacidad analítica y su increíble pasión por la lectura. Trabajamos en "La Cultura en México" que dirigía Monsiváis; entonces Joaquín ya había escrito cuatro o cinco ensayos notables, recuerdo los que hizo sobre André Gide, Sthendal y sobre la poesía mexicana de los siglos XIX y XX. Pese a sus pocos años ya era un escritor casi maduro; si por madurez entendemos la definición de los gustos literarios y la definición de los géneros que uno puede abordar". Así empezó una larga amistad que dura hasta hoy día, testifica en entrevista Rafael Pérez Gay, cuentista, novelista, cronista, actual subdirector de la revista *Nexos* y compañero de mil batallas de Joaquín Blanco.

"Él más tarde se trasladó a las páginas de un magnífico diario, el *Unomásuno*. En esas páginas empezó a escribir crónica, un tipo de crónica que no era común en la prensa mexicana de ese momento, pero que, sin embargo, tiene una impresionante tradición en nuestras letras. Blanco tomó lo mejor de Manuel Gutiérrez Nájera, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, pero alargó su vocación de retratista, de cámara ambulante. Se nota también una influencia central de Salvador Novo, José Alvarado y Renato Leduc".

"Así comenzó a darnos retratos de la sociedad, pero en la calle, sin grandes conceptos, sin marcos teóricos, pero con una descomunal fuerza narrativa y poder expresivo que dura hasta los últimos libros que ha publicado. De ahí salió uno de los libros centrales de la crónica mexicana de la segunda mitad de esta centuria: *Función de medianoche*. El volumen fue la gran revelación desde su versión en periódico. Eran los años en que los matutinos no se llenaban de "cronistas" (sic) que confunden el reportaje con la crónica, la toma de partido con la información y el sentimentalismo con la sensibilidad literaria".³⁰

Joaquín Blanco es más parco al recordar la época inicial e injustamente conforma su genialidad con la paciencia que le tuvo Becerra Acosta: "Nunca me propuse ser cronista: la chispa brotó de casualidad y la atizó Becerra Acosta. Insatisfecho, cansado y decepcionado de varios proyectos literarios que me habían corroído los nervios durante un lustro (libros de crítica literaria, poemarios y novelas) en agosto de 1978 intenté colgar los tenis de literato y calzar los supuestamente más cómodos de periodista, y solicité espacio en *Unomásuno* como articulista político.

"Un día no tuve artículo político que escribir para mi columna semanal, ni tema, ni idea, ni nada. Eché desesperadamente mano de un viejo truco que me había dado resultado en mis inicios como periodista, en 1970, en la *Revista de América* de don Gregorio Ortega, el célebre 'Orteguita' de los años veinte: ocuparme de asuntos mínimos cotidianos o callejeros, como si se tratara de grandes temas, a la manera de los periodistas del siglo pasado, o de algunos del presente, como el enorme poeta y prosista argentino Ezequiel Martínez Estrada (que impresionó a Borges). Los borrachos, los mercados, los solitarios, el panorama de las calles, las antiepopéyas de los empleados y las amas de casa..."

"Aún con el prestigio ganado, sería injusto —acota Pérez Gay, autor de los libros de relatos *Me perderé contigo* y *Llamadas nocturnas*— reducir a José Joaquín como un cronista, ya que probablemente es uno de los hombres de letras más completos, de los

³⁰ Conversación personal con Rafael Pérez Gay en instalaciones de la revista *Nexos*, Mazatlán 119, Col. Condesa, 8 de marzo de 1999

que mayor pasión le ha puesto a la literatura mexicana. Es un difusor de autores clásicos, profundo conocedor de la literatura inglesa, francesa y parte de la alemana; ha hecho magníficas traducciones de Goethe y Rilke. Se resumen en él, vía el periodismo, un ensayista, un crítico literario, un novelista y un poeta inusual en la historia reciente”.

Santa Anna ya no volvería

En 1855, año en que terminó el último de los breves periodos de gobierno de Antonio López de Santa Anna, un grupo de periodistas y literatos, quienes no firmaban su trabajo más que con algunas iniciales o seudónimo abreviado, se dedicó a hacer una serie de estampas y cuadros de costumbres de la época: los personajes típicos de las calles polvorientas, del comercio, de los burócratas, de los maestros, etc., quienes fueron descritos con minucias y tonos folclóricos. A la compilación de estos escritos se les dio el título de *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

A la obra la distinguió no sólo las pinceladas literarias, sino las memorables litografías de Campillo e Iriarte, que la rudimentaria imprenta de M. Murguía imprimió en esa época. Con la letra y el dibujo se hicieron estupendas crónicas de un México ya ido, con una ortografía en varios aspectos hoy en desuso. Al abrir el texto la evocación nostálgica es por demás imposible. Ahí están el músico, el aguador, el cochero, el poetastro, el arriero, el pulquero, el barbero, la partera, el ministro, el abogado, la recamarera, el criado, etc. Todos los oficios fueron valorados por los escritores de ese tiempo.

Ochenta años después, en 1935, cuando un ejemplar de *Los mexicanos pintados por sí mismos* alcanzaba precios de subasta, la Biblioteca Nacional, dirigida entonces por Enrique Fernández Ledesma, decidió hacer una edición que reprodujera fielmente los escritos e ilustraciones, una copia gemela con errores y virtudes (incluso el número de la página 56 se dejó como en el original, con el 93). Y también en el nuevo tiraje se reveló el nombre de los autores de los textos: Juan de Dios Arias, Dr. Hilarión Frías y Soto, Pantaleón Tovar, José María Rivera, Niceto de Zamacois e Ignacio Ramírez, el

Nigromante. La investigación bibliográfica, que duró varios años, fue asesorada por don Juan B. Iguíniz.

La descripción, la narración, así como el verso son esencia y forma de estos cuadros de costumbres que han trascendido por la transmisión impecable del entorno característico de mediados del siglo XIX. Al ver diariamente a un jugador de ajedrez obstinadamente practicando à solas el deporte-ciencia, el Nigromante expresó:

*Las doce eran de la noche,
Al menos en un café,
Donde solo un concurrente
Siempre á esas horas se ve.
Es un hombre en cuya calva
Se cruzan ocho más diez
Cabellos, como las líneas
En el juego de ajedrez.*

Don José María Rivera escribió sobre un personaje típico que en la actualidad persiste como el vendedor de agua de las verdes matas:

Son las siete de la mañana. Nuestro hombre acaba de abrir su pulquería, y ya detrás del mostrador se ocupa en colgar de un clavo su sombrero de ala ancha y forrado de hule: enseguida se despoja de la chaqueta de modesto lienzo; se levanta las mangas de la camisa hasta el codo, dejando descubierto todo el brazo, y acaba de prepararse para vender el pulque, poniéndose un mandil de cotanza ó gerga, escudo que resguarda á la camisa y al ancho pantalón o calzonera, de los ataques de la suciedad.³¹

³¹ Frías y Soto, Hilarión y otros autores. *Los mexicanos pintados por sí mismos*. México. Editorial Símbolo, 1946, pp 15-159.

Los mexicanos se pintan solos

Ese libro, que hoy celosamente custodia la Biblioteca Central de la UNAM, sirvió de inspiración y punto de partida para que José Joaquín Blanco en la segunda mitad de los ochenta escribiera una serie de cuadros de costumbres que compiló bajo un título más o menos similar: *Los mexicanos se pintan solos. Crónicas, paisajes, personajes de la Ciudad de México*, editado por el gobierno capitalino en 1990 (Editorial Pórtico de la Ciudad de México), cuando Manuel Camacho Solís era regente de la ciudad.

El papel utilizado, couché mate de 135 gr., le da una impresionante tonalidad a las fotografías que acompañan los textos, los cuales originalmente fueron publicados en el periódico *La Jornada*, matutino donde Joaquín Blanco ya no encontró la misma frescura e ingenuidad que conoció en *Unomásuno*: “yo ya me dedicaba a otras cosas. En *La Jornada* salió buena parte de *Un chavo bien helado* (Editorial Era), pero ya en ese tiempo hacia historia literaria y artículos sobre escritores”.

“Alejandra Moreno Toscano me contrató para hacer las crónicas de *Los mexicanos* para el gobierno del Distrito Federal. Ella quería hacer un ejemplar ilustrado con fotos y se acordó del de *Los mexicanos pintados por sí mismos*, algo pintoresco, no de crítica social, sino de canto de las costumbres y los tipos populares. Eso fue lo que me pidió y estuve entregándole una crónica a la semana. A la vez solicité autorización para publicarlas en el periódico dirigido por Carlos Payán”.

“El volumen quedó muy estético pero salió carísimo. Luego lo escondieron porque cuando terminó el sexenio de Salinas las autoridades estaban enojadas con Camacho Solís –por su berrinche aquel de la sucesión presidencial- y el libro fue a parar a las bodegas, en fin, es algo triste”. El mismo autor no tiene un ejemplar en los estantes de su biblioteca, aunque recientemente la librería Pórtico lo estaba rematando en 50 pesos.

Las 57 crónicas que lo integran tienen un común denominador: la gente, aunque se trate de la Alameda, el Zócalo, Chapultepec, Coyoacán o la Zona Rosa, el énfasis está acentuado en el conglomerado de rostros y siluetas. Domingos o entre semana,

temprano o a mediodía, nublado o con sol, primavera o invierno, siempre la multitud se agrupa, a veces involuntariamente, para comprobar la misma tragedia: cada día es menos el espacio disponible. Si París o Nueva York evocan el arte o el trazo de los edificios, México evocará siempre la muchedumbre, “la presencia humana, voluntariosa, apresurada, tensa, desafiante, ocupa y desborda todos los espacios”.³²

Exáltese usted mismo, “pompis provocativas y engañosas”; el *lunch* en el parque; la montaña rusa y su vértigo a cien por hora; la lancha en Chapultepec como si fuera un trozo del mar de vacaciones; el danzón, la cumbia y el chachachá con su paso tan chévere en los salones de baile; el Zócalo como manifestódromo y antesala de la democracia a fuerza; La Merced con su coherencia clandestina y sus verduleros de ¡órale va el golpe!; el Colegio Militar, reducto eterno de que “un soldado en cada hijo te dio”; las niñas jugando con la *Barbie* cuarentona, superior a la *Mujer maravilla*; la Plaza México para culto de matadores, desde Luis Castro, “El soldado”, hasta Julián López, “El Juli”; fresas y rockeros, chavos banda con el único trofeo de delimitar su territorio; Santa Fe, barrio de tiraderos, redimido por su zona comercial y la Ibero...

El Maromero Páez, destino ejemplar de una multitud bravucona y heroína; Xochimilco, barca florida e historia persistente del Tenochtitlán que se nos fue; mañanitas a la Guadalupana, para salud del purgatorio; Iztapálapa, aire fresco para la pasión de cada Semana Santa; las salas cinematográficas como espacio democrático del arte, desde *Lawrence de Arabia* hasta *Las cariñosas*; el día de muertos para burla de las calaveras; el circo con su diversión milenaria y su magia exterminadora hacia los animales; el monumento a la Revolución, o patio de la CTM, santuario de caudillos y presidentes; el Paseo de la Reforma, con su Diana y su Ángel, símbolos de la metrópoli... son las estampas ofrecidas tras el recorrido ciudadano de José Joaquín Blanco.

³² Blanco, José Joaquín. *Los mexicanos se pintan solos Crónicas, paisajes, personajes de la ciudad de México*. México Editorial Pórtico de la ciudad de México. 1990, 173 p.

Novo terminó como un chismógrafo

Antonio Saborit, director del Breve Fondo Editorial, que publica actualmente las obras de Heriberto Frías y Manuel Gutiérrez Najera, recalca que si Novo fue un cronista de interiores: comidas, cenas, inauguraciones, teatro, sobremesas, Blanco por el contrario, es un cronista callejero. Novo coqueteó entre oligarcas y políticos, Blanco no tiene que simpatizar para escribir sobre ellos, pero sí los evalúa; nótese como dibuja a los riquillos de las Lomas, a los del Grupo Monterrey, a los de Banamex, por mencionar algunos.

Trayendo a colación el caso de Novo, opina Gustavo García que en sus inicios, “Novo renegó mucho de la *literatura del chisme*, se armó de una figura de dandy muy exquisita, quizás por la envidia que le provocaba Jaime Torres Bodet, pero su naturaleza lo venció y acabó como un chismógrafo del país”.

Novo –agrega el autor de la biografía de Pedro Infante, *No me parezco a nadie*– sabía manejar el doble discurso: de ser tan inteligente, tan ocurrente y tan agresivo, su sola presencia hacía que cualquier reunión de la aristocracia valiera la pena; incluso obligó a que cualquier general matón y respetado tuviera que invitarlo porque si no su reunión era un fiasco social. Es decir, obligó a toda a una cultura machista a tragarse su machismo, un triunfo increíble. Además es un cronista en todos los sentidos, *La nueva grandeza mexicana* es por mucho el mejor retrato de lo que era la ciudad de México entre 1920 y 1950.

“Sus famosos artículos de *La vida en México en el periodo presidencial x*, dan una luz excelente de lo que era el México intelectual y el de la alta sociedad; por un lado la alta burguesía cultural: Dolores del Río ensayando la obra que le está preparando su propio marido, la visita de Diego Rivera, los Fournier, los Trouyet, etc., y por otro lado la vida literaria de quiénes están escribiendo, quiénes están publicando, cómo se nutren las librerías, etc”.

Los mexicanos se pintan solos se publicó un mes antes de *Un chavo bien helado*, el penúltimo libro de crónicas de Blanco, donde ya no es tanto lo pintoresco, donde vuelve

al enjuiciamiento del momento histórico y de la economía, del consumo y de la política. El escenario: los ochenta. La vértebra: el sexenio de Miguel de la Madrid, donde el progreso y la modernización complicaron vertiginosamente los eternos problemas de desigualdad, centralización, miseria, atraso y autoritarismo. Pero... ¿Qué pasó en esos años de la renovación moral?

Recuerdo de la renovación moral

Miguel de la Madrid inauguró una nueva era de gobierno: la neoliberal, política económica que después Salinas de Gortari continuó con los resultados que conocemos: fuga de capitales, desempleo, decrecimiento, devaluación, disminución del PIB, aumento de la pobreza, mayor delincuencia, secuestros, narcotráfico, desprestigio de la casta gubernamental, desfalcos, etc. Sin embargo, desde su campaña De la Madrid acuñó su frase: *¡La renovación moral!*, la cual pareció que enderezaría los males heredados del lopezportillismo... "No permitiré que la patria se nos deshaga entre las manos", pronunció el día que se le colocó la banda presidencial en el pecho.

Inmediatamente integró su gabinete con políticos jóvenes de los llamados tecnócratas – Silva Herzog, Salinas de Gortari, Pesqueira Olea, Gamboa Patrón, Manuel Bartlett-, cuyos estudios mínimos eran en Harvard y que orquestaron la apertura indiscriminada al capital extranjero y a las privatizaciones. El Fondo Monetario Internacional (FMI) aconsejó un programa de reordenación que contendría la inflación y reduciría el déficit público y el externo. Lo cierto es que en la práctica la escalada de precios fue incontenible; el dólar pasó *ipso facto* de 70 pesos a 150, de ahí lo pusieron a flotar diariamente 13 centavos y al final del sexenio terminó a \$2 278.³³

Por otra parte, con lo de la renovación moral Miguel de la Madrid encarceló a Jorge Díaz Serrano, Arturo Durazo, Everardo Espino de la O y otros, por peculado y otras cuentas. En lo político la izquierda mexicana no fue muy favorecida y apenas si pintó, lo

³³ "Los 14 colapsos del peso, preludios de las crisis más severas" En *Excélsior*, Núm. 28 947, Tomo V, año LXXX, martes 22 de octubre de 1996.

más sonado fue el registro del partido de don Heberto Castillo, el PMT, en 1984. El PAN, con el apoyo del clero, avanzó al obtener algunas alcaldías importantes como las de Durango, Ciudad Juárez y Chihuahua.

En general la de los ochenta fue una década perdida, coinciden los analistas. El *sexenio madridista fue la parte medular. Fueron los años de la crisis (¿y los noventa?)*. Era común escuchar aumentos del 100 por ciento en gasolina, 200 por ciento en telégrafos, 700 por ciento en tortilla, 60 por ciento en tenencias... A los básicos más tardaban los tenderos en reetiquetarlos que en incrementarlos, pese a que estuvieron "sujetos a control".

En 1987 la inflación llegó a 159 por ciento. Al final de la administración la deuda externa ascendió a 103 mil millones de dólares, el PIB promedió 0.5 por ciento en los seis años, los precios aumentaron 4 mil 400 por ciento y el desempleo llegó a 12 puntos porcentuales.

El sexenio fue un mosaico de alto contraste. No tan sangriento como sería después el *salinismo*, aunque todavía es lamentable la muerte del periodista Manuel Buendía. Eso sí, el narcotráfico permeó las altas esferas políticas. Estados Unidos a través de su embajador John Gavin continuó con la política del descontón y el sometimiento financiero. Aumentó la inseguridad. Explotó la terminal de gas licuado de Pemex en San Juan Ixhuatepec (casi 500 muertos, 5 mil heridos y 2 mil desaparecidos, según cifras oficiales). Fue asesinado el agente de la DEA, Enrique Camarena y cayó el capo Rafael Caro Quintero. La contaminación ya era inaguantable y se creó otro elefante blanco: la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología...

El 19 de septiembre de 1985 tembló la tierra y solidarizó como nunca a los capitalinos (3 mil 500 muertos, según cifras oficiales). Surgieron "los topes" y *Superbarrio*. México organizó el mundial de fútbol 1986; la escuadra de Bora Milutinovic fue aplaudida y el presidente rechiflado en la inauguración. Los *ceuístas* de la UNAM rechazaron el Plan Carpizo que pretendía incrementar las cuotas. Rodolfo Neri Vela se convirtió en el primer astronauta mexicano. Se lanzaron los satélites Morelos 1 y 2...

Los doctores René Drucker Colín e Ignacio Madrazo Navarro aportaron sus avances para la cura del mal de Parkinson. Surgió el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida y se creó el Conasida. Proliferaron los chavos banda, los punks y los cholos, estos últimos herederos de los pachucos y los chicanos. Los andarines Raúl González y Ernesto Carito ganaron oro en las olimpiadas de Los Angeles. México fue suspendido por la FIFA debido a los cachirulos de la selección juvenil...

Dentro del PRI surgió la Corriente Democrática encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo. El líder del partido gobernante, Jorge de la Vega Domínguez, los separó junto con la Corriente. El PARM, el PPS, el PFCRN y otras organizaciones de izquierda se aglutinaron en torno a la figura de Cárdenas y lo postularon como candidato del Frente Democrático Nacional a la presidencia del país. El PAN postuló a Manuel J. Clouthier... Cárdenas Solórzano ganó, pero la ingrata "caída del sistema" orquestada por el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett dio el triunfo a Carlos Salinas, quien ya era especialista en recorte presupuestal y en privatizaciones. Ilegítimamente gobernó los siguientes seis años.

La Jornada tuvo éxito

Observa José Agustín, autor de *Ciudades desiertas* e *Inventando que sueño*, que así como en los setenta brotaron las páginas, secciones y suplementos culturales, en los ochenta los periódicos ampliaron sus secciones de economía o abrieron páginas y suplementos de finanzas. *El Financiero* y *El Economista* tuvieron mucho éxito, aunque el primero se vendió más durante el salinismo.³⁴

La Jornada se fundó en septiembre de 1984 por articulistas e intelectuales que salieron de *Unomásuno*, encabezados por Carlos Payán, Miguel Ángel Granados Chapa, Carmen Lira, Héctor Aguilar Camín y Humberto Musacchio. Pese a la crisis el matutino,

³⁴ José Agustín *Tragicomedia mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*. Colección Espejo de México. México. Editorial Planeta, 1998, p. 39.

en formato tabloide, se vendió bien entre académicos, obreros, universitarios y gente ligada a la cultura.

Joaquín Blanco ya era colaborador de la revista *Nexos* que entonces dirigían Héctor Aguilar Camín y Rafael Pérez Gay. En una especie de mafia siempre han estado en esa revista intelectuales como Rolando Cordera, José María Pérez Gay, Enrique Florescano, José Woldenberg, Sergio González Rodríguez, Carlos Fuentes, Monsiváis.

Nexos y la revista *Vuelta*, de Octavio Paz, fueron los máximos polos de las revistas culturales durante los ochenta y noventa. En la revista *Vuelta*, desaparecida en 1998, se aglutinaron los simpatizantes del Premio Nobel, como Enrique Krauze, subdirector, Gabriel Zaid, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Julieta Campos e intelectuales extranjeros.

Durante el sexenio la escritora Guadalupe Loaeza publicó *Las niñas bien*, una crítica a la burguesía, de la cual también Loaeza forma parte. Fue un libro muy vendido. Fernando del Paso publicó *Noticias del imperio*; Héctor Aguilar Camín, *Morir en el Golfo*; Angeles Mastreta, *Arráncame la vida*; Laura Esquivel, *Como agua para chocolate*, que después Alfonso Cuarón la hizo película y fue taquillazo en los noventa; Elena Garro, *La casa junto al río*; Luis Zapata, *En jirones*; Rafael Ramírez Heredia, *El rayo Macoy*; José Joaquín Blanco *Calles como incendios* y *Las púberes canéforas*, por mencionar algunas.

En otros tópicos del arte, Paul Leduc, Luis Mandoki, Alberto Cortés, Felipe Cazals destacaron como directores de cine, Ofelia Medina como actriz; los taquilleros comerciales fueron Rosa Gloria Chagoyán y Héctor Suárez, este último con *El mil usos*. Jesusa Rodríguez sobresalió en el teatro. Se abrieron algunos teatros. En la pintura, Rufino Tamayo, aún en vida, logró tener un museo que llevara su nombre. En el rock, la gran rockanrolera fue Cecilia Toussaint, Rockdrigo González murió en el terremoto. En la música popular Luis Miguel despuntó como súper ídolo y entre las actrices sobresalieron Thalía y Adela Noriega (célebre por su *affair* con el presidente Salinas).

Los años ochenta -escribió Joaquín Blanco- han sido para la Ciudad de México una década siniestra, un tiempo loco, los años iracundos y negros, el desengaño de todas las promesas, el mercado del desánimo y del fraude, los mesianismos de emergencia, la revancha brutal del poder y de la imbecilidad.³⁵

Un chavo bien helado

Un chavo bien helado (Era, 1990) reúne las crónicas y ensayos publicados durante los años ochenta por José Joaquín Blanco en los siguientes medios impresos: *Punto*, *Unomásuno*, *Nexos*, *Su otro yo*, *Diva*, *Viva* y en su gran mayoría en el periódico *La Jornada*. El volumen se divide en cuatro apartados: “*La casa de los monstruos*”, “*Lotería general del Estado*”, “*Los años negros*” y “*Con airados ojos me interrogas*”. Son 38 textos fechados entre el 1 de diciembre de 1980 y el 29 de septiembre de 1989, sin presentar un orden cronológico sino temático.

“Podría decir que son artículos, son como más personales, es como el final –del cronista–”, expresa Joaquín Blanco en entrevista al evaluar el volumen, el cual salió de la imprenta 20 días antes de concluir la década anterior. En los escritos, según Luis Enrique Ramírez, periodista de *El Financiero*, de principio a fin la atmósfera literaria es dominada por la depresión y la tristeza: “es un poco lo opuesto a *Función de medianoche*, el espíritu de la crisis, del cierre de muchas expectativas tanto políticas como sociales y culturales”.

En el prólogo, “*El túnel del túnel*”, subyacen una serie de interrogantes emanadas del análisis puntual del cronista al vivir esos años que marcados por “el progreso y la modernización complicaron vertiginosamente los eternos problemas de desigualdad, centralización, miseria, atraso y autoritarismo. Por primera vez en décadas no aparecen redentores ni soluciones mágicas. Se denuncia todo, se ataca todo, pero nadie atina a

³⁵ Blanco, José Joaquín “Rafael Pérez Gay, princesas que cantar” En *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*. México Editorial Cal y Arena, 1996, p. 639.

cómo salir del atolladero”. No se refería a los noventa, años para los cuales sólo tiene una expresión: “Cada vez más apaleados”.

En este preámbulo el cronista insiste en rememorar la tragedia que produjo la cerrazón del régimen de Díaz Ordaz, el 68. Asoma al filo demoledor de lo que fue la Segunda Guerra Mundial y su repercusión en naciones como la nuestra, a las cuales no les quedó más remedio que adherirse para siempre a uno de los fuertes polos económico-militares: los Estados Unidos. Están también a manera de recordatorio las múltiples reformas sufridas en nuestras constituciones políticas, las de 1857 y 1917. Una revestida de cierto optimismo es la evaluación que hace sobre el surgimiento del Frente Democrático Nacional y que dio el malogrado triunfo a Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, y el papel que desde entonces la izquierda ha jugado.

Aún sobre el agudo análisis ensayístico permea el conteo de los días y las escenas urbanas, como condimento inseparable del cronista. En *“La casa de los monstruos”* están sus paseos y visitas a la arena de lucha libre, a la ciudad y su campeonato mundial de cascarita, a Bellas Artes, a las misas dominicales, etc. “La chida pureza del dese”, “No respondo, chipote con sangre”, “¡Los bárbaros!, ¡Los bárbaros!”, “Cuentos rosas para una ciudad triste”, son crónicas que silueteen nuevamente el perfil del conglomerado y el comportamiento ciudadano.

Enjuicia a los locutores de radio y televisión como carniceros culturales por la deformación que hacen del lenguaje y que encuentran receptores a granel. Respecto a la lucha libre asegura que ésta corrompe menos que la violencia tecnológica armada de las caricaturas y series de televisión. Sobre el fútbol opina que es sólo escapatoria del tedio pero no educación física: “no es el fútbol, sino la cascarita callejera lo que va con nuestra identidad”.

Catálogo de imágenes en la crónica

Llama la atención en “Cuentos rosas para una ciudad triste” como Blanco esquematiza la radiografía del público que escucha las canciones de moda de José José, Juan

Gabriel, Emmanuel, Lupita D'Alessio. Son tristeza, pesimismo y arrebatos reflejados en la vida diaria transformada en balada comercial. Blanco relaciona la vida cotidiana con el entramado y los mensajes de las rolas de moda; recrea por ejemplo el andar del adolorido dejado por su pareja, un repertorio de hombres humillados ante la mujer idolatrada; multitud de adjetivos y lugares que distinguen el florecimiento de juniors de barrio que escuchan a Emmanuel, estereotipo de narcisismo y vanagloria; influencias de mujeres retadoras como la D'Alessio, a quien la televisión insistió en enderezar y ella en echarse a perder.

Si ya Carlos Monsiváis en *Escenas de pudor y liviandad* se ocupó más agudamente de analizar la temática y los desvaríos del cantautor Juan Gabriel, Joaquín Blanco hace algo paralelo pero agregando otro acento comparativo que inmiscuye hasta a don Alfonso Reyes: "Juan Gabriel, admite la frase con que Alfonso Reyes definió a Pita Amor: es un caso mitológico, de una facilidad interminable para refundir toda la tradición de la canción mexicana y colocar éxito tras éxito durante dos décadas".

Con bastante claridad se notan el método y la catalogación de imágenes que Blanco hace muy al estilo de Monsiváis en ensayos y crónicas compiladas en *Escenas de pudor y liviandad* y *Amor perdido*, donde los ídolos desfilan ante la mirada consagratoria y desacralizadora de las masas. Agustín Lara, José Alfredo Jiménez, María Félix, Mario Moreno "Cantinflas", Isela Vega en su momento fueron la colección de aplausos y la inmortalidad que les dio el éxito; a ellos Monsiváis los extrae del escenario para justificarles su trascendencia en el arte nacional. Priva una especie de ensayo sociológico.³⁶

El siguiente apartado de *Un chavo bien helado*: "*Lotería general del Estado*" es una crítica del autor al ejercicio vertical del poder, sin dejar a la deriva su asomo por los subterfugios urbanos. Está el cronista esplendoroso de un 15 de septiembre y el costumbrista que revela el comportamiento de caciques, guaruras y matones. "El dinosaurio inteligente", "El negro y la favorita", "Victorias que matan", "Algo de cruz y de

³⁶ Estos temas están ampliamente tratados por Carlos Monsiváis en sus libros *Escenas de pudor y liviandad*, Grijalbo, 1989, y *Amor perdido*, Lecturas Mexicanas, SEP/Era, 1986.

calvario”, “Esta noche es la del grito”, “La comunidad de los justos” y otros cinco textos integran el segmento.

El ensayo “*The mighty mexicans. Próceres del boom petrolero*” es una reseña crítica de la revista *Town & Country* (una publicación de The Hearst Corporation) que en diciembre de 1980 dedicó su número a la burguesía y a las riquezas de México. Se adivina un tono irónico. Joaquín Blanco hace un desmenuze de esta revista dirigida a empresarios y a sus respetables familias; destaca la publicidad invertida y la pésima redacción de la misma. Carlos Fuentes, Marita de Redo, Eugenia Garza Lagüera, aparecen retratados con gente dedicada al arte y con heroicos industriales.

Una prieta llamada “la ochentaycinco amores”, amante de un cacique de barrio; el secreto de que don Porfirio Díaz instaló un elevador de oro en Chapultepec cuando tuvo ahí su casa presidencial, los tiempos idos de la chaviza guitarrera y rompemadres durante la noche del grito; el trato gubernamental a balazos para la oposición; los dinosaurios inteligentes del sistema; la influencia francesa para que México se escriba con x; la similitud entre un juego de ajedrez y la repartición que el presidente en turno hace de las secretarías, son temas de los que brotan las crónicas coloridas.

A continuación un pequeño extracto tomado de la crónica sobre la noche libre de todos los años, época en que a los héroes los distinguimos más por señas particulares que por sus actos históricos:

Y los héroes están ahí, de una sola pieza, nacidos con su precisa fisonomía de estampa septembrina: doña Josefa sería menos heroica sin su chongo; lo importante de Allende es su sombrerito muy acá, muy galanazo, tal vez demasiado: *las quinceañeras lo prefieren*; y Morelos, *ese mi Morelos tan serio*, robusto y cachetón, con su buen paliacate de pirata en la cabeza; el señor Cura Hidalgo es la cabecita blanca de la fiesta, con su calva y su vejez exagerada, como para desmentir cualquier chisme galante.³⁷

³⁷ Blanco, José Joaquín. *Un chavo bien helado. Crónicas de los años ochenta*. México. Era, 1990, p. 102.

El capítulo III, “*Los años negros*”, tiene un estilo más denso y un tono más nostálgico: ¿nos fuimos con los setenta?, pregunta Blanco en un artículo dedicado a José Woldenberg (actual presidente del IFE); es un requiem por la cultura de los setenta y el lamento por el tiempo nublado de los ochenta. Los demás escritos enjuician la dominación que la iglesia ha tenido dentro de la sociedad y los intentos del Estado por dosificar la opresión disfrazada de bondad. También denuncian el desconocimiento de nuestra historia, lo cual ha dado pie, entre otras consecuencias, a que no sepamos de quién es tanta estatua que por doquier observamos. Risueñamente está entreverada la crónica “Amor como un lago de moscas”, donde se expone la transformación del amor en una mercancía devaluada.

“*Y con airados ojos me interrogas*”, cierra el cuarto volumen de crónicas de Joaquín Blanco, donde se incluye la que da título al libro: “Un chavo bien helado”. Aquí la descripción de rasgos físicos (prosopografía, según la maestra Susana González Reyna) cobra más importancia que el manejo del tiempo. Los chavos bien helados proliferaron en los años negros, ¿cómo es uno de ellos?:

...bajito, flaco y moreno, con camiseta y mezclilla, unos tenis, y siempre está recargado con gesto vacío en una barda. (En las tiendas de autoservicio, así como en las boutiques turísticas de la Zona Rosa y en la producción para la exportación, se podrían añadir rasgos más sofisticados al modelo estándar de chavo helado, tales como algún perfil maya, una trompudita boca olmeca o alguna nariz aguilera de caballero azteca, como en los cromos patrióticos de Helguera; y desde luego, cierta atmósfera romántica de jóvenes nacidos para perderse y sufrir, semblantes de *the beautiful and the damned*, de antihéroes del baldío, el desempleo, la represión y la hosca y lívida miseria.)³⁸

La crisis como destino ineludible e identificación envuelven otros textos como “La pereza de los pesimistas”, “Mañanas en México”, “Me amaba (pero en Plateros)”, “La última mata”. Y el barrio como marco descriptivo está contenido en “Madreros en la Escandón”, “La muchacha sobria” y “Funny Face”. Sólo un texto vuelve a tocar tangencialmente el homosexualismo, tema que tanta magnitud alcanzó con “*Ojos que*

³⁸ *Ibidem*, p. 197.

da pánico soñar” hasta hartar al propio autor, no por ser ajeno a la causa sino por el abanderamiento que con insistencia algunos lectores y gente del medio periodístico le impusieron.

Se visten novias, somos insuperables

Si el mismo José Joaquín Blanco aseveró que *Un chavo bien helado* fue como el final, se equivocó; ya que el colofón vendría con el quinto volumen: *Se visten novias, somos insuperables* (Editorial Cal y Arena, 1993), cuyos ensayos y crónicas aparecieron originalmente en *La Jornada*, *El Nacional* y, a través de los servicios de la agencia *Notimex*, en medio centenar de periódicos y revistas de la república.

Se visten novias es como una puesta en escena en dos actos y un entremés. El Joaquín Blanco incisivo desaparece un poco para dar paso al crítico literario y al ensayista de *Siempre!*. Desde el prólogo (la taquilla) se advierte la intención del tono humorístico: “Sólo para triunfadores”, un prolegómeno sobre lo infinitesimal y minúscula que resulta la lucha para escalar la pirámide del éxito, única ideología sobreviviente de todas las que alcanzaron la última década del siglo y el milenio.

En el primer acto, “*¡Asestaron a la corista!*” está “El dese de los chavos”, crónica redactada en pleno verano cuando la calidez estriba en la holgura del escote y la simulación de las llantitas para lucir los bikinis (inventados en 1947, según el autor), cuando las blusitas y los pantalones adivinadores se ponen de moda entre quinceañeras y algunas treintañeras para presumir sus “desas”. Como siempre, no es sólo la llana observación, sino que el escritor saca a colación datos reveladores, en este caso sobre los griegos y romanos, para quienes los “desos y desas” tuvieron motivos litúrgicos. Similar trato le da a la crónica sobre zapatos: “A mí mis tenis”.

Las melodías interpretadas por Carlos Lico y Javier Solís, la comida chatarra expendida en las centrales camioneras, los rostros de los viajeros migrantes e inmigrantes dan pie a una crónica sobre la Terminal del Norte. Luego viene la que da título al volumen, “Se

visten novias”: lo que importa es el look, el vestido hace a la novia y le depara al rico y al pobre cielos distintos de acuerdo con la apariencia. De los gastos de una boda, esencialmente emociona la compra del vestido de la desposada, el cual representa tantos preceptos como utopías. ¿Qué es un traje de novia –pregunta el cronista-, sino un traje de quince años recalentado?, ¿y que cosa –agrega- es un vestido de quinceañera, sino un vestido de comunión con merengue de fresa? y, si a esas vamos, concluye, ¿qué cosa es el vestido de primera comunión, sino un vertical ropón de bautizo?

En el siglo pasado, ya en plena república restaurada, Ignacio Manuel Altamirano visitó la Candelaria de los Patos para constatar la pobreza extrema de casas, calles y gentes de ese barrio; entonces era un cielo de los pobres que un siglo y tres décadas después se ha multiplicado, como lo descubre filosóficamente Joaquín Blanco en otros textos de este capítulo como “El cielo de los pobres” y “El cielo de los ricos”, complementado con otros como “Los mustios también contaminan”, “Treinta y tantos” y “La edad de los pesados”, donde proliferan citas de Gide, Lawrence, Vallejo y Goethe.

El entremés son las crónicas en verso, dedicadas al rockero Jaime López. El ritmo de la poesía urbana acompasa las imágenes estáticas y en movimiento, por ejemplo, los maniqués de *Chemise Lacoste*, los anuncios del *Brandy Presidente*, la pasta de dientes, el supermercado, los gandayitas jugando luchas en el parque, el burgués y su primera regla: no acordarse nunca del diablo, la nota roja, etc. Destaca por su cadencia la siguiente:

Como Dorothy Parker

*En la juventud, me esmeraba
por agradar a mis amantes,
y cambiar –conforme cambiaba
de hombres- de gusto y de semblante.*

*Pero ahora que sé lo que sé
y que hago lo que me agrada,*

*si no te gusto como soy, te
me vas, mi amor, a la chingada.*³⁹

El segundo acto: *"Infartos y marcapasos"*, sublimiza el sentimentalismo y adorna la monotonía de curas, hechiceros y padres de familia jóvenes un tanto arrepentidos de avándaros y rockanroles. La crónica literaria es más notoria al abandonar las viñetas urbanas de los desvelos en cafés y restaurantes. Ya es más común que Blanco vuelva a los libros de Alfonso Reyes para hablar sobre el buen uso de las enfermedades, metáfora de la mala conducta, o a Rosario Castellanos quien hablaba de cómo los ciudadanos huyen de quien sufre como de un apestado, o a la novela de Thomas Mann, *José y sus hermanos*, para teorizar sobre la muerte y el legado de los difuntos, o a las películas de Marga López y Arturo de Córdova para pasarle revista a los padres abnegados, o a los postulados de la Revolución para justificar la permanencia del entonces nonagenario líder Fidel Velázquez...

Con un poco de abstracción en el manejo del género parecen perderse las vértebras del concepto académico, pero no, la elasticidad de lo literario justifica la crónica de Joaquín Blanco desde diversos ángulos. "Llámales como quieras, pero no te cases con una sola definición, porque cada quien hace por crónica lo que le pega la gana", dice a quien esto escribe el autor de *Se visten novias*.

"A mí me gustó decir en un tiempo que eran cuadros de costumbres, porque muchas veces no cuento hechos (y crónica es propiamente el relato de un hecho) sino de una atmósfera, de un personaje, a veces nada más describo lo que hay en una pared, en fin...". Y es que a Blanco no le gusta teorizar sobre ese significado, como por ejemplo a Vicente Leñero, o al maestro Julio del Río o a la doctora Guillermina Baena, mejor lo ejerce y más de 300 veces lo ha demostrado, sobre todo en las dos décadas anteriores, cuyos días están recapitulados ya por historiadores y novelistas, pero sin duda los textos de Blanco, así como los de Carlos Monsiváis o Elena Poniatowska, tienen su prioridad en cuanto quiera constatare el acelere o la depresión de la cultura reciente.

³⁹ Blanco, José Joaquín. *Se visten novias (somos insuperables)*. México. Cal y Arena, 1993, p. 105.

De la misma manera que otros se anuncian como "Fulanito, ingeniero civil" o "Perengano, experto en restauración de óleos". Sólo que éstos pueden demostrar inmediatamente, y de un modo tangible, que son ingeniero o experto en restauración de óleos: allí está su obra concreta, susceptible de ser apreciada por los cinco sentidos. ¿Pero cómo se demuestra a los demás que se es escritor? Por más tangible que sea un libro, verlo, tocarlo, olerlo, no dirán nada acerca, no digamos ya de sus excelencias de estilo, sino siquiera de su escueta existencia (...) No sucede lo mismo cuando, directamente y con pruebas palpables, se ve que allí está un edificio de concreto, que allí está un viejo óleo del siglo XV, restaurado, brillante y oloroso a barniz. No existen, pues, pruebas definitivas de que se es escritor; puede, a lo sumo, haber un rumor de prestigio, y entonces se piensa en cómo utilizar ese prestigio para producir obras concretas, que no libros.

Carlos Fuentes

CAPÍTULO III

A. Los otros oficios de José Joaquín Blanco

El crítico ordena el caos de la imaginación, pone en camisa de fuerza al sentimiento.

Alí Chumacero

El cronista no desaparece

José Joaquín Blanco ha sido al mismo tiempo narrador, crítico literario, poeta, y ensayista; priva en él una especie de continuidad en el trato de los estudios desarrollados... "Yo creo que hay una parte del cronista en el resto del trabajo de Joaquín", advierte el escritor Rafael Pérez Gay, autor de la novela breve *Esta vez para siempre*. "El cronista no desaparece nunca en el novelista, ni en el ensayista, por algo uno de sus primeros libros de crítica literaria se llama *Crónica de la poesía mexicana*, y por algo la reunión de sus ensayos de literatura mexicana se titula *Crónica literaria*".

Para mí, añade Antonio Saborit autor de *Una mujer sin país, las cartas de Tina Modotti a Edward Weston*, es un novelista en la mejor tradición decimonónica, haciendo funciones de retrato urbano a través de la crónica. Primero, en los setenta, lo vimos como historiador de la cultura escribiendo ensayos de historia literaria. Luego, en los ochenta, como un cronista urbano que combinó el trabajo de novelista. Sus novelas están impregnadas absolutamente de su labor como cronista; en *Función de medianoche*, por ejemplo, están los escenarios de *La vida es larga y además no importa*.⁴⁰

⁴⁰ Entrevista con Antonio Saborit, 25 de febrero de 1999

Como ensayista y crítico literario Joaquín Blanco ha escrito más de 15 libros, la mayoría de ellos compilados en ediciones posteriores; como novelista tiene cinco volúmenes y como poeta, siete. Sus prólogos son diversos; se ocupa a la vez de escribir para fotógrafos, pintores, narradores o historiadores. Por esa especie de fraternidad hacia sus amigos es buscado para realzar a través de su prosa el prestigio o la transparencia de una obra, aunque a decir verdad no siempre sus mensajes son para elogiar los textos encomendados, sino para ubicarlos y que el destinatario juzgue desde su perspectiva.

El cronista literario

Aprobar o exhibir los gustos literarios, reconocer las vetas que integran la personalidad de un escritor, sus complicidades o influencias; escalar tantas tramas como intentos de personajes en las mismas, corroborar simplezas para ponderar la trascendencia de novelistas, poetas, ensayistas y periodistas es el trabajo que Joaquín Blanco ha desarrollado como crítico literario durante un cuarto de siglo, y que compila en su *Crónica literaria* —nótese en la insistencia del tiempo, académicamente hablando del concepto de crónica—.

Bajo la idea y la práctica de la crítica como otra de las bellas artes —un trabajo que convoca y prolonga los ensayos y artículos de Machado, Eliot, Gide, Reyes, Borges, etc.— Blanco reúne en ese volumen buena parte de los ensayos críticos sobre autores mexicanos modernos; un retrato prolijo y apasionado de la vida literaria nacional contemporánea, una lectura erudita y lúcida de sus autores primordiales.

Blanco escribe: “se puede crear y conversar de literatura, como se puede amar y hablar del amor, morir y hablar de la muerte, sufrir y hablar del sufrimiento. También la conversación crítica de libros, cuando es profunda y talentosa, es gran arte literario, o intenta serlo. Converso libros: creo mis lecturas. Los libros sin respuesta se quedan en una especie de impunidad solitaria que es equivalente a la inexistencia, al limbo; la

lectura hace existir los libros, y la respuesta crítica les ofrece una corroboración inmediata de su existencia".⁴¹

Crónica literaria (Cal y Arena, 1996), grueso volumen de más de 600 páginas, recoge buena parte de los ensayos críticos elaborados en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, desde 1974. Aparecieron originalmente en revistas, suplementos y periódicos diversos: *Siempre!*, *Nexos*, *Unomásuno*, *La Jornada* y *El Nacional*. Salvo los más recientes, todos ellos aparecieron en sus recopilaciones anteriores, escasas actualmente: *La paja en el ojo. Ensayos de crítica* (Universidad Autónoma de Puebla, 1980), *Mariano Azuela: una crítica de la Revolución Mexicana* (INAH, 1982), *Crónica de la literatura reciente, 1950-1980* (INAH, 1982), *José Revueltas* (Terra Nova, 1985), *Las intensidades corrosivas* (Gobierno del Estado de Tabasco, 1990) y *Letras al vuelo* (El Nacional, 1992).

Sus críticas no son meras reseñas bibliográficas, no son interpretaciones lineales por episodios, así como las de don Severo Mirón en *Pláticame un libro*, o la canasta de novedades literarias en *x matutino*; son una toma de conciencia literaria con respuesta integrada, que puede ser tangencial o contundente pero no contemplativa. No le corresponde a la crítica acertar, atinarle al juicio, argumenta Joaquín Blanco. "La crítica no es la lotería. Le corresponden la erudición, el análisis, la discusión inteligentes y responsables, la creación de ideas, la confrontación del texto con la cultura".

Reprueba la crítica académica por profesores que no saben tan bien leer como dar clase; lo que salva a esta crítica es la aportación de datos y su contribución a la ciencia. Rechaza la crítica en periódicos, porque no es literatura ni investigación, sino comentario de novedades, "casi nota de sociales". Citando a Emilio Ballagas concluye que el único hombre con jerarquía para la crítica es el propio artista.

Con el desgarramiento verbal que generalmente ocurre, la presencia del crítico en demasía no empolva los vaivenes de la creación. Los textos creativos, así como los

⁴¹ Una mayor explicación sobre la crítica literaria la ofrece Blanco Alfaro en la introducción del texto *Crónica literaria*, op. cit., pp. 7-15

paradigmas científicos, se justifican, o mejor dicho los justifica el tiempo, no la amenaza de la pluma gustativa o el arrebató temperamental. Blanco lo toma en cuenta y ciménta su crítica no para demoler sino para ubicar cada obra en el momento histórico correspondiente, para invitar al recomienzo de una lectura permanente y lúdica, como las que dejaron Prieto, Altamirano, Díaz Mirón, López Velarde, los Contemporáneos (Gorostiza, Villaurrutia, Novo, Cuesta, Pellícer), Vasconcelos, Reyes, Luis Guzmán, Azuela, Paz, Revueltas, Rulfo y, los que hoy procuran su consagración: Benítez, Fuentes, Pitol, Aguilar Camín, Poniatowska, etc.

En alguna ocasión Jorge García-Robles sugirió en un breve ensayo, *“Escucha pequeño escritor”*, que si después de muchos intentos, rodeos e insistencias alguien no lograba ser escritor mejor se volviera crítico, pues “es la mejor forma de ocultar la falta de talento”. Interrogado al respecto, Blanco contestó: “¡esas son estúpideces! Creo que el crítico debe intentar hacer lo que critica, elaborar el mismo tipo de trabajos, sea poesía, novela u otro, para saber cómo se hacen. Hacer adobes aunque no los vayas a hacer toda la vida. Si vas a criticar una novela pues haber intentado hacer una alguna vez; sin esa experiencia es muy fácil ponerte a imaginar naderías.”

En otro orden, con la misma tónica de su *Crónica literaria* y con la misma idea de Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire de que la crítica busca parecerse más al arte que a la cátedra, Joaquín Blanco ejerce el oficio en sus ensayos de literatura moderna, *Sentido contrario*, que la Universidad Autónoma de Puebla le publicó en 1993, bajo el rectorado del maestro José Doger Corte; una edición poco asequible en libro debido al reducido tiraje (sólo mil ejemplares).

Voltaire, Goethe, Whitman, Stevenson, Dostoyevski, Wilde, Fitzgerald, Isherwood y otros escritores publicados en todo el mundo son analizados por él, a veces de manera irreverente, erudita o filosófica. Sin fórmulas secretas, sólo mediante la lectura; los altos vuelos de elevadas conclusiones las omite al paso del viaje al que invita al lector para acercarse a estos literatos de páginas resistibles a los siglos.

De ese modo de análisis habló ya anteriormente en la introducción del libro *Literatura en la Nueva España. Conquista y Nuevo Mundo*: "mi manera, la que acostumbro hacer en el análisis de la literatura y de los libros, consiste en tomar las cosas y estudiarlas sin apartarme de la conversación ni de la lectura sencilla; no tanto método, sino tomar las cosas tal como son, tal como vienen (...) La mejor y más agradable de las formas de la crítica es la que se expresa así de las bellas obras, sin exprimir las como en el lagar, sino extrayendo tan sólo un poco de su jugo en una lectura libre".

Sabines no quería morir

Jaime Sabines falleció el pasado 19 de marzo, once meses después del deceso de Octavio Paz. Elías Nandino, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, David Huerta, Homero Aridjis y docenas de escritores admiraron o criticaron a Sabines y escribieron algo sobre él y su legado, Mónica Mansour compiló los textos y los publicó la SEP en 1988. José Joaquín Blanco también plasmó sus impresiones y las incluyó en su *Crónica literaria*.

En algunas páginas enjuicia el largo poema "*Algo sobre la muerte del mayor Sabines*", del cual dijo: es una lectura desagradable y dura: la brutal descarga con que un hombre doliente arremete con todas sus fuerzas contra alguien (el lector) después de resistir hasta el fondo la muerte de su padre. No sólo ver morir, sino comprometerse tanto en la muerte ajena que también se pudren muchas cosas en la vida propia.

Al asomar al panorama general de su obra Blanco Alfaro comenta que el chiapaneco se antoja en sus primeros libros más próximo a la española generación del 27 (las canciones de Jorge Guillén o de Rafael Alberti, los arrebatos campesinos de Miguel Hernández), o al contexto latinoamericano de Vallejo y Neruda. Sabines, acota, representa, pero sobre todo es, un bardo popular como los que rara vez ha habido en México, pero sí en la tradición hispánica de cancioneros y romanceros; un bardo popular que canta hablando en la cantina, un poco o demasiado alucinado por los

alcoholes, o en los momentos de mayor pasión, del amor exasperado o tiernísimo y de la muerte de sus padres.⁴²

A propósito del deceso de Sabines que tanto consternó a México, la escritora Mónica Mansour, amiga del poeta chiapaneco, comenta que el autor de *“Los amorosos”* era un conversador delicioso, y a pesar de que estuvo durante años asolado por la enfermedad —cáncer cerebral, diabetes y cuatro decenas de intervenciones quirúrgicas— lo que lo mantuvo vivo siempre fueron justamente sus ganas de vivir. Él no se quería morir.

“El autor de textos antologables como *Horas*, *La señal*, *Tarumba* y *Maltiempo*, modificó la poesía, la inalcanzable y erudita, la que se leía desde los Contemporáneos; él combinó un lenguaje cotidiano y coloquial con metáforas e imágenes extraordinarias. Los temas tratados a su manera (Dios, el erotismo, el alcohol, el cigarro, las calles) los tocó en forma muy novedosa, identificable entre los jóvenes. Su obra, aunque compleja, puede ser leída por todo el mundo y nadie tiene que acudir al diccionario para entenderla”, añade la especialista, autora de *Uno es el poeta. Jaime Sabines y sus críticos*, quien continuamente volvía al domicilio del bardo para charlar con él.

Sabines fue priísta y antizapatista, pero eso no opaca su obra, porque la sensibilidad es una y la convergencia política otra. Ayudó a vivir. La poesía es necesaria porque el corazón la pide. A muchos jóvenes, especialmente a los universitarios, les marcó el rumbo para siempre con alguna conquista de pareja o una herida cicatrizada a través de la lectura de sus textos. Sencillo, cálido, inmortalizó con voz fuerte varios de sus poemas en la colección *Voz Viva* que editó la Universidad Nacional.

En 1983, cuando recibió la medalla de oro en Lingüística y Literatura, durante la entrega de los premios nacionales de Ciencias y Artes, Jaime Sabines amortiguó el gesto de la emoción para traducirlo en un discurso cifrado meramente en el ímpetu cotidiano de lo que significa la vida y su actitud frente a la escritura: “¡La libertad! Toma tu libertad, me dijeron, y a ver qué haces con ella. Entonces fui libre en dos dimensiones y hasta en

⁴² *Ibidem*, pp. 478-481.

tres, como todo hombre, fui libre y fui feliz. Pero mi libertad de poeta aún no llega a la cuarta dimensión que es el silencio".⁴³

En un país como el nuestro, con casi 100 millones de habitantes, donde existen alrededor de 500 librerías (¡Qué contraste!, sólo en la ciudad de Barcelona, España, hay 625), el año pasado se alcanzó una cifra insólita para la poesía: Telmex lanzó un libro sobre Sabines que, en dos ediciones alcanzó el millón de ejemplares. La edición fue comercial y de regalo, prologada por Carlos Monsiváis, al cuidado de Carla Zarebska, y con fotografías de Graciela Iturbide. Se tituló *Recogiendo poemas*.

Llama la atención el tiraje, ya que como revela Mauricio Mejía en un reportaje publicado en *El Financiero* en noviembre pasado, hay títulos de nuestra literatura que pese a su popularidad registran pocas ventas en su récord personal. Denuncia por ejemplo, que ante los ocho mil ejemplares del tiraje de *Nuevo tiempo mexicano* de Carlos Fuentes, editado por Aguilar, se impone el más de un millón de copias de la edición especial de la revista *Eres* con la portada de Luis Miguel. Y ante los diez mil ejemplares de la última edición de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, editado por el Fondo de Cultura Económica, que estima ha tirado un poco más de un millón de copias en la historia del título, se yerguen los más de 600 mil que edita en cada número la costumbrista *Selecciones del Reader's Digest*.⁴⁴

Al igual que García Márquez, Sabines escribía para que se le quisiera, y se le quiso, a través de la lectura y la recitación. Nunca empalagó. Desde *Horal*, su primer libro, donde viene el poema de "Los amorosos", cuando el vate tenía 24 años de edad, se adivinó el tono y la permanencia de su poesía popular. Mario Benedetti, poeta y escritor uruguayo, autor de *La tregua*, *Inventario* y *Primavera con una esquina rota*, quiso conocer a Sabines y nunca se le concedió, pero logró homenajearlo en vida, ya que el

⁴³ Terrazas, Ana Cecilia. "Jaime Sabines se salvó del empalago para insuflarle a su poesía algo de magia. Mario Benedetti" En *Proceso*, Sección Cultural, Núm. 1168. México, 21 de marzo de 1999, pp. 46-49.

⁴⁴ Mejía, Mauricio. "Crisis de conocimiento por el ayuno de lectura" En *El Financiero*. México, domingo 8 de noviembre de 1998, pp 1,8.

año pasado hizo una selección de sus poemas de amor y la prologó. La edición hasta la fecha se vende bien bajo el sello de Alfaguara.

Se llamaba Vasconcelos

Como ensayista y estudioso de la literatura mexicana José Joaquín Blanco produjo en 1977 dos textos importantes: *Crónica de la poesía mexicana* y la biografía *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. El primero comienza con un repaso temático por épocas y autores a partir del siglo XIX. Recorriendo la variada producción de textos hace después un análisis minucioso del Modernismo y sus exponentes: Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Urbina, Nervo, González Martínez, Tablada, López Velarde, etc., para luego proseguir con la nostalgia de los Contemporáneos: Reyes, Torri, Pellicer, Villaurrutia, Cuesta, Leduc...

El cuarto apartado, "*Del paraíso profanado a las pinches piedras*", enjuicia la poesía de Octavio Paz y Efraín Huerta; como expositor de los cincuenta cita a Jaime García Terrés, y con la muerte natural de la poesía cultista agrupa a Jaime Sabines y Rosario Castellanos. Entre los de los sesenta y los poetas de la crisis añade a Eduardo Lizalde, José Carlos Becerra, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, entre otros.

El método de Blanco, opina Luis Miguel Aguilar, actual director de la revista *Nexos*, es atractivo y amable con el lector; mientras le da información y le ofrece sus descubrimientos, el autor le va contando cómo le fue al leer poesía mexicana. Como es de esperarse, hay autores que le gustan a Blanco menos que otros, pero no puede hablarse de irregularidad si atendemos su advertencia: la lectura de los poemas es personal; si alguien quiere favorecer a otros poetas deberá inventar su propio método de lectura. El volumen rompe con la presunción académica y las conclusiones emanan sólo de la lectura gustosa.

Por otra parte, en la biografía sobre José Vasconcelos Joaquín Blanco logra la hazaña de abordar una figura intelectual de un prestigio que atraviesa toda la mitad de este

siglo y cuya influencia persiste hasta nuestros días. Aunque según el crítico Gustavo García, quien en su momento reseñó el texto en la revista *Siempre!*, a Blanco Alfaro "Vasconcelos se le escapó de las manos, simplemente porque es una figura inabarcable". Lo cierto es que es un estudio bastante documentado y orientado por historiadores como Enrique Florescano, Nicole Girón y otros.

El autor reconoce que Vasconcelos es una figura compleja y dinámica: un personaje que escapa a la definición y se instala en el espacio de la contradicción y la polémica. Fue un intelectual de la clase media porfiriana, formado en la tradición liberal humanista. Participó en la revolución mexicana, fundó la política cultural y educativa del Estado posrevolucionario, se enemistó ruidosamente con los caudillos y trató de vencerlos en la lucha democrática, al fracasar se convirtió en un crítico del gobierno mexicano, de la historia e incluso llegó a abanderar las peores causas (como el nazismo), a través de sus textos y actitudes.

Como un cuento, como un río con cauces y bifurcaciones; también como la historia, con ciertas lagunas y tropezones; como una película decentemente editada, como una enumeración de épocas es esta evocación crítica que Joaquín Blanco hace de Vasconcelos, quien fue rector de la Universidad Nacional (junio de 1920-octubre de 1921), y secretario de Educación Pública (octubre de 1921-julio de 1924), y a quien se deben las frases maderista, "*Sufragio efectivo no reelección*", y la de la tradición universitaria: "*Por mi raza hablará el espíritu*".

En términos llanos la biografía es la historia de la vida de una persona. Literariamente puede decirse que es el recuento de la cuna a la tumba, o hasta los últimos días, como se cierra esta evocación crítica. José Vasconcelos nació en Oaxaca en 1882, se crió en la frontera, se educó en el porfirismo; fue escritor, político, intelectual, democrático, culto, bilingüe. De vida intensa. Estuvo influido por lo griego, por el budismo, el zapatismo, el socialismo. Sus cualidades no fueron la honestidad ni la verdad, sino la energía y la audacia. Así lo pinta Joaquín Blanco, que le debe la inquietud de este estudio a un tío abuelo suyo de Tulancingo, Hidalgo, don Aurelio Jiménez Patiño, maestro rural.

José Vasconcelos fue director de la Escuela Nacional Preparatoria. Se rebeló contra el positivismo. En cierto momento rechazó a los políticos y a la aristocracia económica, aunque era partidario del capitalismo ya que creía en el dinero ganado a pulso. Ingresó al Ateneo de la Juventud, escuela que se unió a la causa de Francisco I. Madero. Vasconcelos fue casado, aunque preservó cierto odio a la institución familiar: “no vengo de una familia modelo” o “sólo los genios pueden vivir solos” solía decir; el gran amor de su vida fue María Antonieta Rivas Mercado, la cual se suicidó en la Catedral de Notre Dame el 11 de febrero de 1931.

Para Vasconcelos la revolución no fue propiedad de las masas, sino de sus dirigentes, según su biógrafo. En octubre de 1914 se puso a la voluntad Villa y Zapata en la Convención de Aguascalientes, donde fue nombrado ministro de Educación. Vino la revuelta, los vecinos de Estados Unidos reconocieron a Carranza como presidente y a finales de 1915 Vasconcelos se retiró a la vida privada; en el exilio, entre 1916 y 1919 publicó cuatro de sus obras.

En los veinte, después de ser ministro de la SEP buscó gobernar su estado natal y fracasó. Viajó por Sudamérica como lo había hecho años antes por Europa. Fue corresponsal del periódico *El Universal*; publicó sus obras *La raza cósmica e Indología*. En octubre de 1928 se lanzó a la campaña por la presidencia, optó por la legalidad, pero Plutarco Elías Calles arremetió contra él y sus seguidores. Emilio Portes Gil, ya como presidente, desterró a Vasconcelos.

Inspirado en el autoelogio que divide el límite de la autoestima y el temple, Vasconcelos escribió *El desastre*, tomo de su autobiografía que comprende el momento más generoso de su vida (1920-1928). En *La flama*, último tomo de sus memorias remató la venganza contra sus enemigos del 29, una época en la que, según el estudioso, Vasconcelos fue satanizado políticamente y ninguneado culturalmente.

Joaquín Blanco hace un puntual análisis de contenido de las obras del intelectual oaxaqueño. Incluso en 1982, a través de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, seleccionó y prologó una antología general de Vasconcelos, “cuyos discursos fueron en

su momento, verdaderos hechos públicos, escandalosos y polémicos, aglutinadores de iras y hasta de mesianismos". Buena parte del *Ulises criollo*, el mejor y más conocido libro de Vasconcelos, está presente en esa edición, que incluye también fragmentos de los tomos *Bolivarismo y monroísmo*, *La raza cósmica*, *Indología*, *¿Qué es la revolución?* y *¿Qué es el comunismo?*

La Mona de Occidente

Otro de los ensayos importantes de Blanco Alfaro es *Alcanzar Europa* (1996), incluido en el tomo I de *México a fines de siglo*, publicado por el Fondo de Cultura Económica y cuya compilación estuvo a cargo del mismo autor y del politólogo José Woldenberg.

Los dos volúmenes que componen la obra son resultado del trabajo de un grupo de especialistas que se propusieron ofrecer un panorama de la historia y actualidad del país. Hay algunas ausencias temáticas pero se abordan con bastante profundidad tópicos que van desde la economía novohispana y otros aspectos de la sociedad colonial, hasta los problemas y potencialidades del presente mexicano.

José Joaquín Blanco repasa los diversos procesos modernizadores mexicanos en los últimos cinco siglos (el evangelizador-conquistador, el borbónico, el liberal, el nacionalista revolucionario) y el tejido de sus logros fragmentarios y sus desastres diseminados en su mapa y en sus instituciones: proyectos claramente fallidos o de un éxito discutible, impedidos fundamentalmente por una básica, extrema y generalizada desigualdad en todos los órdenes.

Con el obligado repaso de la historia de México y someramente de América Latina de los últimos 500 años, el autor expone el atraso que nuestro subcontinente tiene con relación a Europa en diversos órdenes: económico, cultural, industrial, etc. Llegaremos a ser contemporáneos de Occidente, explica, cuando Europa nos vuelva a llevar dos o tres siglos de adelanto. Por ejemplo, en lo militar, la máxima presunción en este último cuarto de siglo fue cuando Argentina retó a Inglaterra debido al conflicto de las islas

Malvinas; el poderío de los londinenses quedó demostrado en menos de una semana. Cierta es que los ejércitos de América Latina sólo sirven para retarse entre sí o para amagar a la población local.

Sobre el proceso de modernización hay una doble paradoja, porque si la Mona de Occidente (así llama Blanco a Latinoamérica) está en retraso cierto es que tampoco puede aislarse para desarrollarse sola, y por otra parte la pura competencia con Occidente le obliga a hacerse sumisa. En síntesis "América Latina es algo peor que una región atrasada: es un caos de modernizaciones, un tachonadero y borroneadero de europeizaciones y norteamericanizaciones, un laboratorio de aprendiz de brujo de todos los grandes modernizadores de cinco siglos: conquistadores, frailes, burócratas del rey, reformistas borbónicos, militares con humos bonapartistas, legisladores y abogados..."⁴⁵

Sumisión al clero, logros triunfalistas de la época porfiriana –la mejor de todas, vista por los europeos-, golpes y desparpajos con la revolución, fe engañosa de los gobiernos posrevolucionarios, fuertes emociones con gobiernos liberales que pregonan el libre mercado, etc., son algunas estaciones donde la modernización se ha opacado para México, así también en el resto de América, donde cada país con su historia local admite la presencia colonial europea y norteamericana, la cual continúa presente por medios bélicos, financieros, científicos, tecnológicos, políticos, diplomáticos, legales, industriales, comerciales y de todo tipo.

Argumenta el ensayista que el daño lo siguen perpetuando las élites gobernantes sin proyectos nacionales, sino deliberadamente coloniales, cita a los Somoza, los Pinochet, los Noriega, los López Portillo, los Stroessner. La modernización que realmente exige América Latina, concluye, es todavía la de la Revolución Francesa: la igualdad efectiva de los derechos civiles, la igualdad absoluta ante la ley estrictamente observada.

⁴⁵ Blanco, José Joaquín. "Alcanzar a Europa", en *México a fines de siglo*, Tomo I, México, FCE/CNCA, 1996, p. 309.

De ensayista sólo con el sueldo del INAH

Más del 50 por ciento de los textos que Joaquín Blanco ha escrito los ha realizado con el sueldo que tiene en el INAH. Son libros de trabajo, de historia de la cultura, estudios literarios. También hace libros de texto, guías de museos, etc. "Tal vez si me dedicara a otra cosa y sólo escribiera por gusto no escribiría estos tomos", comenta al tiempo que señala el volumen de *Crónica literaria*.

Una de las figuras culturales del siglo pasado fue Ignacio Manuel Altamirano; a él Joaquín Blanco dedicó un extenso prólogo en la antología que le preparó en 1986, editada por la SEP. Altamirano (1834-1893) fue periodista, novelista, historiador, costumbrista. Aunque fue liberal, fue conciliador, y lo demostró al fundar y dirigir junto con Manuel Peredo el periódico *El Renacimiento* (1869), la gran publicación de la República Restaurada, que llamó a la concordia a los bandos en pugna y en donde el propio Altamirano colaboró con sus "*Crónicas de la semana*".

Grueso volumen también preparado y prologado por Blanco Alfaro es *El lector novohispano: una antología de la literatura mexicana colonial* (Cal y Arena, 1996), donde exhibe a la Nueva España como una sociedad no castellanizada ni letrada, sino plurilingüista y analfabeta. Además de las obras de los cronistas fundadores compila otras que dan cuenta de encomios entre virreyes, celebraciones de santos, motines, fiestas de indios, discusiones sobre sacrificios humanos. Entre las trascendentes están las de Cortés, Bernal, Motolinía, Sahagún, Sor Juana, Clavijero, Fray Servando, las cuales, indica el especialista, no pueden considerarse inferiores a las obras mundiales de su tiempo.

El lector novohispano es una especie de textos expositivos utilizados y leídos por Joaquín Blanco al elaborar los dos tomos de *La literatura en la Nueva España*, donde cubre extensa y limpiamente un periodo complejo. Este ensayo de historia literaria no abandona la rigurosidad de fechas y datos, pero lo acompaña la agilidad con que está ordenada y redactada la investigación. Va de Cortés y Bernal Díaz a Sor Juana y Fray

Servando, y de la literatura de los cronistas y los frailes novohispanos al teatro de Juan Ruiz de Alarcón, etc.

Como ejemplo de la diversidad temática que maneja Blanco Alfaro están sus prólogos a una serie de reportajes antologados por Patricia Ortega Ramírez (editados por el periódico *El Nacional*) y al volumen de Michael Calderwood: *La gran ciudad. Un retrato aéreo de la ciudad de México y sus alrededores*. Este último con un tono bastante poético sobre las fotografías del autor estadounidense.

Describe los paisajes, las torres y monumentos como el alto contraste que ofrece la ciudad más grande del mundo. Hace también una reflexión sobre los espacios construidos para el conglomerado, el cual ocupa obsesivamente la atención en sus crónicas. Los barrios, la plaza de toros, las terminales de autobuses, el estadio, los teatros, las avenidas, todo es pretexto para el retrato que aprisiona en un instante el cabeceo crepuscular y el tránsito imparable de la metrópoli. La pluma de Joaquín Blanco y la lente de Calderwood, un binomio al que se añaden las explicaciones de Gabriel Breña Valle, que escribe los pies de foto para ubicar al lector-espectador en cada imagen extraída desde el helicóptero.

Historia y presente, pasado y renovación, son la unidad de estas placas de técnica diversa que impecablemente fueron enfocadas en la década de los ochenta y principios de los noventa, cuando la ciudad era regentada por Manuel Camacho Solís y el salinismo se apuntaba sus triunfos más fuertes económicos y electoreros. Colorido intenso de los murales de Siqueiros y Diego Rivera, el aeropuerto, Xochimilco, Ciudad Universitaria, Teotihuacan; crepúsculos y amaneceres, transformaciones inevitables del urbanismo son entregados en estas postales.

En otro rubro, *El diario de una marquesa* es un libro donde Joaquín Blanco conjugó el gesto de la aventura infantil con los datos históricos. Pertenece a la colección Ya verás... que busca acercar al niño al pasado por medio de textos e ilustraciones de la época.

Presentado a manera de diario, el volumen recupera la visión que los viajeros extranjeros tuvieron del México independiente. Los testimonios son tomados del libro *La vida en México* de la escocesa Francisca Erskine Inglis, conocida como madame Calderón de la Barca, esposa del primer embajador español en México (enero de 1842). Las imágenes ilustrativas provienen de artistas viajeros que también visitaron este país durante el siglo XIX y que plasmaron con sus pinceles la realidad mexicana.

En *El diario de una marquesa* madame Calderon expresa con la palabra lo que los artistas plásticos con el pincel, dibuja, invitando al lector a asomarse a la silueta romántica, exótica y pintoresca con que se conoció a México en el resto del mundo durante el siglo pasado: San Juan de Ulúa, el Pico de Orizaba, el Popocatepetl, el Iztaccihuatl, la ciudad de México con su calle de San Francisco (la más hermosa), el Paseo de la Viga ("vimos a los indios en lanchas cargadas de frutos, flores y legumbres"), los juegos de azar, la pelea de gallos, los pregoneros con sus mercancías todo el tiempo (¡Peeetates de ciiinco varas!. ¡Caaarbón!. ¡Hay seeebo!, ¡Paaatos mi alma, patos calientes!...)

B. Las novelas de José Joaquín Blanco

Nuestro ámbito es tan amplio, y tan ambiciosas nuestras perspectivas, que no nos queda mucho espacio para los pequeños problemas de los seres humanos, para sus deudas atrasadas, para sus dolores de muelas, para las muertes de amor de quienes, en la penumbra de su intimidad, son los verdaderos protagonistas de la vida. Para ellos, y ojalá sólo para ellos, estamos los novelistas.

Gabriel García Márquez

La vida es larga y además no importa

La literatura es resistencia, si tienes éxito es pésimo, si no también, según José Emilio Pacheco; la literatura es un mal negocio hasta para los editores, sentenciaba Rosario Castellanos; ésta no resuelve ningún problema, por el contrario, los crea, recalca Mario Vargas Llosa; lo único que sé es que el reto del novelista es conquistar territorios de sensibilidad, opina Federico Reyes Heróles... Pero ahí están, tercos, viviendo con el oficio, tomándole el pulso a las musas ya opacadas o recién vestidas; con la incertidumbre de perderlo todo, menos la vocación; con la idea de hacer más llevadero el mundo, ya no digamos habitable.

Así domestica también los fonemas José Joaquín Blanco para crear sus cuentos y novelas. Nada le pasa en la vida real, todo lo inventa, ¿por fin, no que la realidad supera la fantasía? La novela no es retrato de la fantasía, simplemente otro estadio de la realidad por omnisciente o ingenua que ésta sea. Hasta el tiempo es increíble cuando se contempla en una trama novelesca, sea burda, inmortal o lastimera.

En ese marco, Joaquín Blanco se ha desempeñado como narrador. Un género sólo para él, para el goce de su escritura, no de su cordura, por ello no le preocupa la permanencia de ninguno de sus personajes; no se ha molestado en inventar un

Aureliano Buendía, una Susana San Juan, un capitán Alatríste. Los suyos son ajenos a cualquier grandeza; no hay estereotipos, sólo gente común que duerme, peca, viaja, se revienta en la infamia o anda a salto de mata en la vida citadina. La elocuencia de Joaquín Blanco está en el verbo, en la forma de contar simplonadas y en darle voz a los casos perdidos que la misma sociedad ha propiciado a través del ansia del consumo mercantil.

La vida es larga y además no importa fue su primera novela, la publicó cuando contaba con 28 años de edad. Lectura fácil, amena, con cierto estilo benedettiano (mostrado por Mario Benedetti en su novela *¿Quién de nosotros?*), Blanco narra en este volumen la historia de Andrés Domínguez, un niño que fue creciendo entre las frustraciones de un hogar liberal y la vida citadina de la ciudad de México, con mucho miedo y tentación al amor, así como Carlos, el jovencito de *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco. Se torna en un adolescente incomprendido que en lugar de refugiarse en las drogas o el alcohol busca continuamente resarcir la falta de cariño en las mujeres, sobre todo en las mayores.

Los discos de Nat King Cole, un padre siempre ausente por tener otro hogar y un negocio que le absorbe todo el tiempo, un hermano avasallador, tres hermanas más indiferentes que presumidas, una abuela rampiona, una madre desesperada, el vaivén de la escuela, el parque solitario para la meditación, el deseo carnal, etc., es la atmósfera que rodea a Andrés desde la infancia hasta el día que decide marcharse de casa, con escasos 18 años, para hacer convertible su vida: trabajar como empleado en un banco y terminar una carrera.

Sin quererlo, porque todo comienza como una amistad y con la frontera bien delimitada de no enamorarse, Andrés conoce a Irene en el empleo bancario, una chica diez años mayor que él, divorciada, amante de ejecutivos encorbatados, aliviada y guapa. Un buen día, entre la camaradería y el coqueteo hace el amor con Andrés y éste cae para siempre en la obsesión de amarla "por todo el resto de la vida". Se casan, viven, tienen un hijo.

Entre la prisa y los celos de Andrés, entre el espejismo y la picardía de Irene, transcurren los años, hasta que el marido una noche de juerga en casa de unos amigos, conoce a Marta, borracha y quien acababa de dejar a su cónyuge, un intelectual brillante e incomprendido. Pasa la noche con ella y a pesar de la experiencia, porque Andrés se acostaba con cuanta chava se le ocurría, él se embelesa y funda su otro parteaguas íntimo para hacer de Marta su segunda esposa. Irene no se queda sola porque el protagonista, pese al desorden va y viene con el pretexto de educar al hijo, quien después amará más a Felipe que al propio padre. Felipe es el siguiente compañero de Irene.

En la trama continuamente aparece el papá de Andrés, René, mejor conocido como “el viejo”, un señor acobardado, a ratos risueño y emprendedor pero opacado por el gesto adusto de su esposa. René nunca descuida a Andrés, se frecuentan pese al distanciamiento con el resto de los hermanos; salen a cenar, repasan sus vidas, las cotejan, celebran las conquistas amorosas y financieras. Un día “el viejo” se muere y hereda en secreto sus bienes a Andrés, los cuales son peleados y expropiados por la lejanísima familia.

Con el simple final de una tarde en Acapulco, donde comparten la brisa las liberales parejas: Andrés y Marta, Felipe e Irene, y en medio el hijo de todos “como un dios”, la novela termina sin mayor mensaje que el de la excelente narración del tiempo, quizás por el oficio de cronista que su autor con creces cumplía en ese tiempo en el matutino *Unomásuno*. Son los años contados sin la insistencia de las fechas, es la evolución del tiempo a través del desgaste de los personajes.

La psicología siempre está de por medio para sabotear la intimidad de los actores; destaca por ejemplo la evaluación que una noche Irene hace de Andrés al saberlo indefenso y herido por el deceso de su progenitor: “Me llamará -piensa Irene-... los buenos amores son los que persisten a pesar de sus derrumbes; aquéllos a los que uno vuelve aun cuando desmientan los sueños de un principio, y en su descarnada realidad son más obsesivos, más necesarios que las hermosas esperanzas que nunca se cumplieron”.

En el texto todavía no está dada la travesura que un novelista tiene para enredar al lector, pero sí está presente el buen manejo verbal y la vocación de reanimar la vida de los participantes; los cuales son reales por cotidianos e intrascendentes por su vulgaridad ostentosa. Llama la atención que sólo ocurra la muerte de uno de ellos -a diferencia de lo que hacen los noveles escritores- lo cual no precipita el final de la historia y el escritor no hace de ese fallecimiento una parodia bellacamente televisiva.

Lo que quise hacer en esta novela, pormenoriza Joaquín Blanco, que es la que más trabajo me costó, era volver al relato tradicional porque ya todo mundo en esa época escribía como José Agustín, todo muy *nice* y los cuates y la buena onda y no sé qué, entonces quise contar simplemente como va creciendo un personaje con todas las posibilidades que pueden accidentar una vida, la muerte de un padre, el amor malogrado, etc. Puedo decirte, agrega, que no me identifico con nadie de esta historia ni con alguno de las siguientes, por la sencilla razón de que no me suceden episodios novelescos en mi vida privada; en síntesis, son ejercicios de imaginación.

Por una literatura sin adjetivos

La vida es larga y además no importa apareció poco después de que Luis Zapata publicara su conocida obra *El vampiro de la colonia Roma* "que trata las andanzas y peripecias de un chichifo, como se le llama al que se prostituye con hombres manteniendo el rol activo y su gran éxito entre los jotos de barrio"⁴⁶ y que marcó el inicio de la literatura gay. No obstante en el texto de Blanco no permea un microclima de homosexualidad dentro de la historia que cuenta, como sí sucederá en su siguiente novela: *Las púberes canéforas*.

El libro de Luis Zapata, subraya Elena Poniatowska en sus ensayos de *¡Ay vida no me mereces!*, indica un cambio social saludable en la actitud moral porque, hasta él, los homosexuales eran vergonzantes. "A Salvador Novo, el ser abiertamente homosexual

⁴⁶ El concepto lo da Luis González de Alba en su ensayo "Those were the days". En *Nexos*, Núm. 241, Enero de 1998, p. 141.

le valió -a diferencia de otros- la admiración y el ostracismo. El mismo Novo se ridiculizaba, empelucándose, depilándose, empolvándose, haciendo mofa de sí mismo... En alguna entrevista, Novo, ya viejo y buscando no sé qué aprobación, me habló de su deseo de tener un hijo. En cambio Luis Zapata en *El vampiro de la colonia Roma* hace una verdadera profesión de fe homosexual como la hace José Joaquín Blanco en su extraordinario *Ojos que da pánico soñar*, hasta ahora lo mejor que se ha escrito sobre homosexualismo en México. Luis González de Alba también asume tal actitud en su libro de cuentos *El vino de los bravos*, lo mismo sucede con Jorge Arturo Ojeda en *Octavio* y Luis Rafael Calva en *Utopía Gay*.⁴⁷

Como dato adicional baste agregar que en la ciudad de México, los homosexuales hacen su marcha en la misma fecha en que resistieron a una razzia los de Nueva York, el 29 de junio. Hemos importado tanto el nombre gay como la fecha.

A Joaquín Blanco le molesta que Elena Poniatowska diga que *Ojos que da pánico soñar* es lo más serio que se ha escrito sobre homosexualidad: "Lo siento agresivo. Yo podría decir que *La flor de lis* (novela de Poniatowska) es lo más serio que se ha escrito sobre orgasmos femeninos. Creo que un trabajo debe elogiarse por su factura, no por su tema".

Ojos que da pánico soñar (marzo de 1979), dedicado al escritor Carlos Monsiváis, fue un ensayo sobre la homosexualidad en México que causó polémica, pero inició una lucha fortificante y encaminada a la tesis fundamental de respetar los derechos civiles, entre ellos el de las preferencias sexuales en nuestro país. Joaquín Blanco teorizó en ese tiempo sobre algo que a la postre ha cumplido en mucho su cometido. En México, no tanto como en Europa, ha disminuido el temor de declararse homosexual y aún así ejercer tareas dignas como la obtención de un empleo, divertirse, opinar, culturizarse, participar en política, escalar socialmente un poco, en fin.

El ensayista enjuicia el entorno desde su punto de vista y su ubicación en la clase media a la que pertenece; un sitio donde se percibe cierta diferencia y privilegio que no

⁴⁷ Poniatowska, Elena *¡Ay vida, no me mereces!* 1ª ed. 10ª reimpr. México. Joaquín Mortuz, 1993, p. 207

tienen los homosexuales de barrio marginado, los cuales "son blanco del rencor de su propia clase, que en ellos desfoga las agresiones que no puede dirigir contra los verdaderos culpables de la miseria". Librado de prejuicios Blanco entona la defensa de los gay con la cautela que su misma clase le ha conferido de poder sobresalir en un oficio y desde ahí denunciar las persecuciones, discriminaciones y represiones sufridas, las cuales por fortuna, sostiene, tienen sus beneficios: la rebeldía, que va conquistando derechos.

Esa lucha por los derechos no tiene como fin llegar a un sitio donde se esté contento pero inofensivo, sino el de la participación y la inclusión a la hora de la toma de decisiones hasta en lo político. Sea régimen liberal o de centro izquierda se pide terminar con el exterminio silencioso hacia la causa homosexual, y con aquello de que sólo "la bendita institución familiar" es conducto o prestigio seguro para ocupar un lugar en la sociedad de clanes. Cabe destacar que la intolerancia es una característica que permeaba en el tiempo en que este artículo fue escrito, pero que la solidaridad con los años ha moderado, quizás un poco por la propagación del sida.

La lucha planteada por el autor fue contra la moral dominante tanto del sistema político y la sociedad como del propio hogar de cada homosexual, lo cual orilló a una identificación que rebasó los fetiches e intereses y unió causas y talentos en busca de satisfactores mediante la creatividad y el trabajo: "se nos convirtió en monstruos y caricaturas, y en esos bajos fondos construimos otra dignidad. Aprendimos la soledad y que la única fortaleza emotiva es el trabajo. Aprendimos también el placer y sus caídas, sin redes institucionales de protección. Sobre todo aprendimos el buen humor. Al reirnos de la sociedad y también de nosotros mismos pudimos muchas veces habitar días y años inhabitables".⁴⁸

El recurso del prestigio que Joaquín Blanco radicalizó en este ensayo resucitó el énfasis de su voluntad como escritor y como homosexual. Su teoría de la felicidad coincidió con el paradigma emocional de sus amigos como Luis Zapata y Olivier Debroise. Juntos ensancharon la tesis del respeto vociferante, que se exigía pero en ningún medio se

⁴⁸ Blanco, José Joaquín. "Ojos que da pánico soñar". En *Función de medianoche*, op. cit., p. 189.

publicaba; “creo que ya desde la generación de Monsiváis debió haberse hecho”, expresó alguna vez Blanco, pero se necesitaron más de diez veranos después del 68 para que felizmente ocurriera.

En opinión de Hortensia Moreno, quien imparte cátedra de Psicología Social en la FCPyS de la UNAM, el que Joaquín Blanco haya escrito este tipo de literatura lo convirtió en el valiente miembro de su generación, aunque ello lo haya marcado, “sin embargo, no tiene que ver nada un tópico con el otro. Es decir, cuando él sale del closet hace un gesto civil de gran valor y de gran importancia histórica, pero esa es una posición política nada más.

“El valor de sus textos, el valor de sus crónicas, agrega la novelista, radica precisamente en que él tenga, además de esa característica, la posibilidad de escribir simplemente como escritor mexicano. Como escritor y punto. Joaquín será recordado en la historia literaria como gran escritor, como cronista y no como homosexual. Su presencia política es una cosa y otra su valor como escritor de mirada minuciosa, crítica e interpretativa”.

Los lustros parecen sinónimo de olvido o pretexto para el arrepentimiento. A veinte años de distancia ese escrito a su autor le parece tan anticuado como el *Códice Mendocino*, al menos así lo deja ver en un reciente ensayo publicado en “*La Crónica Dominical*”: “traté no sé ya bien si de defender o de vilipendiar a esos señoritos en un artículo que resultó muy ruidoso (...) La principal imagen gay en nuestra ciudad se volvió lo bronco, la raza, lo “banda”, el vasto mercadeo, la muchedumbre jodidona del metro Hidalgo. Lo que yo consideraría un avance, si tanta miseria y desolación no se entremezclara en su novísima y asombrosa libertad”.⁴⁹

A pregunta expresa de su postura ante el surgimiento de la literatura gay y su evolución Blanco acotó lo que ya en algunas otras charlas ha delineado:

⁴⁹ Blanco, José Joaquín. “Sueño de una tarde en la Zona Rosa” En *La Crónica de Hoy*, suplemento “*Crónica Dominical*”, columna Postales Trucadas Núm. 112, Año III, México, domingo 21 de febrero de 1999, p. 15

¿Le molesta hablar del tema?

No. He dado 80 mil entrevistas al respecto. Lo que causó escándalo fue el tono insolente de algunos que empezaron a escribir en primera persona "yo ando en la calle y ligando y no sé qué". De ahí en fuera todo son elucubraciones, y ciertamente nadie se había atrevido a hacerlo, pero porque buscaban reconocimiento literario. Y desde luego, si te confiesas homosexual, drogadicto o cualquier cosa marginada tienes que despedirte de los puestos de embajador, de director x, de ciertos reconocimientos, pero como nunca me interesaron no hubo mayor problema. Yo escribí porque era necesario hacerlo ya, de hecho pocos meses después de que apareció *Ojos que da pánico soñar* surgió el movimiento gay, contra la policía fundamentalmente. Luis Zapata publicó *El vampiro de la colonia Roma*. Luego como cadena salieron todos diciendo "yo también soy"...

¿Luis González de Alba ya se asumía también?

Pero no decía yo. No se aventaba. Todo mundo tenía la duda.

¿Salvador Novo lo hizo?

No.

¿Pero llegaba empelucado, pintado a las reuniones?

Ah, en tu vida puedes hacer lo que quieras, pero no puedes decirlo en un periódico. No se lo hubieran publicado. La vida particular es una cosa, sobran los ejemplos, en la escritura no. Ya ves *La estatua de sal*, son memorias de Novo que se guardaron, se publicaron póstumamente. Sus poemas se publicaron clandestinamente... Lo del movimiento gay fue importante en los años setenta, tiene que ver con la libertad sexual, con los derechos civiles y con mandar a la chingada a los caciques culturales, tipo don Fernando Benítez que no quería publicar nada, que porque tienes que tener carta de buena conducta para ser escritor ¿qué les importa?...

¿Después salió El vino de los bravos de González de Alba?

Pero no contó mucho, publicó en una editorial chiquita y fue como una recopilación de textos varios. *El vampiro* fue un escándalo verdadero y además Luis y yo ya entonces

éramos muy amigos, junto con Olivier Debroise y otros. Hicimos una campaña a favor. Fue un merequetengue en 79; ocurrió en todo el mundo. Era necesario y además casi en último momento porque en 81 empezó a hablarse del sida; habría sido sumamente triste que la escritura sobre temas homosexuales hubiera comenzado con la enfermedad. Hubo un veranito de dos años donde escribíamos cosas que se escribían en Estados Unidos y en Europa, y por qué aquí no. Eso pensábamos Zapata, Debroise y yo.

Las púberes canéforas, esas épocas del negro Durazo

Las púberes canéforas es la segunda novela de José Joaquín Blanco. En torno a una anécdota policiaca y a la historia de una obsesión amorosa homosexual, recorre el desolado panorama civil de la ciudad de México con agrios rascacielos, pleitos en baldíos, hoteles de una sola noche, cabarets donde el deseo rinde homenaje a la prostitución y el desempleo; laberintos de asfalto llenos de basura industrial, guaruras prepotentes e incitación al crimen; culto a la vanidad que el dinero acompaña para comprar la influencia que el poder otorga; sentimentalismos de primera relación carnal y cinismo para las subsecuentes. Esta novela es ante todo un retrato de la intimidad de quienes creyeron como norma de conducta la posibilidad de elegir sus preferencias a cielo abierto y cuya respuesta revirtió la realidad desconsoladora.

El actor central es Guillermo, un homosexual culto, leído, trabajador que intenta formar una relación duradera con Felipe, casi 20 años menor que él; un tipo que no quiso terminar la preparatoria ni cultivarse y se pasa la vida poniéndole precio a todo y calculando en términos porcentuales la poca rentabilidad del estudio universitario. Le interesa el *glamour*, el cine, la publicidad, el cotorreo, detesta los libros y menosprecia a los intelectuales. Es un chico alivianado, soñador, tiene afición por los autos, los *penthouses*, las caballerizas, etc. Todo va bien, pero el ímpetu juvenil y heterosexual de Felipe lo hacen abandonar la casa donde ambos vivían. Guillermo se queda machacando la idea del abandono y su desolación.

Guillermo disipa la tristeza en sus confesiones con “La Gorda”, un dentista criado en Tapachula entre los indígenas y el PRI, y sobrino de unos señores dueños de las más paradisíacas fincas cafetaleras. En su departamento de la colonia del Valle además de ser dentista vende fayuca “porque eso de reparar hociocos a veces le aburre”. Con él, Guillermo va a los bares, a las excursiones, a otros sitios donde se cura la soledad provocada por un escuincle que no tuvo ni siquiera el mérito de valorar sus lecturas. Es genial Blanco al darle voz a “La Gorda”, quien hila esdrújulamente el pasado, su modo de hablar, el recuento de la infancia.

El relato absorbe mucho en la descripción de las avenidas y los centros nocturnos, la psicología de la gente, los pormenores del patrullaje, la atmósfera de los barrios, tiende a ser la crónica que acompaña a Blanco en todos sus oficios (como se advierte, hasta en sus estudios literarios permea la forma del tiempo). Por ejemplo, la vida de Felipe está narrada con bastante cotidianidad al lado de Analía, la chica con la que después vive; ambos conocen a “la Cacahuata”, un tipo que tiene un prostíbulo al cual llegan políticos, matones y perdonavidas, y que les dará la oportunidad a los dos de ganar dinero para sus planes, ya que Analía tiene la intención de independizarse, de ser enfermera, de tener un hijo y de conocer el mundo.

“La Cacahuata”, como buen gángster, obliga a Felipe a cumplirle todos sus arrebatos, incluso a tener relaciones sexuales y a organizar pachangas para invitados especiales. De por sí en el burdel se sonaban los estrenos más fabulosos de las pistas nocturnas, como el show de La Dorada Tetis, “el sueño húmedo de la capital”, llevada al escenario en un carrito de bomberos exclusivamente para un tal senador Domínguez cuya filiación a partido político alguno se omite.

Así, con la crudeza de los desengaños y la brutalidad de la imperancia en los bajos fondos, Guillermo al empezar esta historia se compecede de las vidas de Felipe y Analía, de Ignacio, un viejo amante de “La Gorda” y de otros seres mencionados por pura coincidencia. Refrenda la ignorancia de los chavos gays que buscan el aliviane como escape de la castrante sociedad y asienta la posibilidad de que el amor pese a todas sus desavenencias puede aspirar a la estabilidad emocional.

Las púberes canéforas, dicho por el propio autor, fue un intento por retratar la ciudad violenta que era –o sigue siendo– el Distrito Federal durante el régimen de López Portillo, cuando el Jefe de la Policía era Arturo Durazo Moreno, época en la que los cadáveres del delito terminaban en el río Tula, el narcotráfico permeaba en las altas esferas del poder, los periodistas eran asesinados por la Dirección Federal de Seguridad y los giros negros proliferaban a la vuelta de cualquier esquina.

Calles como incendios o milagrerías

Todo puede ocurrir en la ciudad de México, hasta que aparezca por ahí un viejo alcohólico enloquecido por lecturas místicas, y trate de revivir en la miseria de la ciudad ritos y creencias esotéricas o hasta levemente diabólicas; puede ocurrir más: que tenga éxito y, auxiliado por el mito de un boxeador glorioso y recientemente fallecido, extienda sus inspiraciones y delirios en la muchedumbre, que llegue a la radio y a la televisión, a la publicidad comercial y al subempleo callejero; y todavía más: que sus seguidores, pobres y desamparados se agrupen e intenten formar una Comunidad de los Justos en las afueras de la ciudad, en tierras invadidas. Lo que puede ocurrir es inagotable: *Calles como incendios*, tercera novela de José Joaquín Blanco intenta esa posibilidad.

Adolfo Bonilla, el viejo, guía científico y filosófico es el patriarca de la secta Puerta Dorada y sus más de 20 llaves de sabiduría. Junto con su hermana Sarita, una cincuentona ambiciosa, intentan expandir su reino convenciendo gente y ganando adeptos entre los pobres; sólo que el amuleto o santo no es alguien etéreo o mítico, sino un boxeador: el Gancho de Oro, recientemente fallecido y explotado como mártir para inyectar la fe. Múltiple es el reparto en este intento de acontecimiento medio milagrero que consigue una especie de hipnotismo colectivo entre los seguidores de la Puerta Dorada.

Luis Morán, un prófugo de la justicia, es quien lleva la voz narrativa en esta novela donde concurren una serie de seres medio misteriosos que se mecen entre la ambición del dinero, el poder y la inspiración divina. Las llaves de sabiduría son dirigidas al

subconsciente de las personas con la intención de integrar una Comunidad de Justos. Así, el viejo Bonilla predica por diversos rumbos de la ciudad, lo mismo que sus seguidores en las estaciones del metro, los mercados y otros sitios.

Morán va conociendo a los participantes al inmiscuirse en la secta: Alarica es una mujer grande que llega a Puerta Dorada a enseñar matemáticas, biología y otras materias; se vuelve importante dentro del grupo. Rodolfo Calderón, un líder sin estudios y parlanchín, gestiona para obtener el registro como asociación civil de la secta que después invade terrenos para expandirse. Sarita, una especie de matrona, también predica y se habla de tú con Dios. El Chato Bárcenas es el mánager de Jaime Torres, el Gancho de Oro, el boxeador muerto en el cuadrilátero y que es glorificado como estandarte de la organización.

Al Gancho de Oro se lo adueñaron los de la Puerta Dorada porque desde jovencito lo formaron y lo culturizaron un poco. Durante el sepelio del deportista Bonilla declaró a la prensa que el púgil fue un hombre de bien, dedicado devotamente a la vida sobria y estoica; asistió a cursos, conferencias y seminarios sobre el pensamiento hermético y clásico de la Antigüedad. Pronto, Sarita y Rodolfo se pelearon con el Chato Bárcenas por hacer una versión de la vida del héroe y llevarla a la radio y a la televisión. Con la voz suave de Alarica se empezó a transmitir por radio "La dorada senda del Gancho de Oro", patrocinada por marcas de rones y zapatos.

Con el programa, los de la Puerta se hicieron famosos, todo mundo quería estar con ellos, vivir bajo el dictado de sus llaves; los folletines propagandísticos se vendían como pan caliente, lo mismo que otras milagrerías como estatuillas y medallitas. Le hicieron un santuario al Gancho, y hasta tuvieron que contratar una suite en un hotel de Paseo de la Reforma para poner oficinas y continuar la práctica de esa filosofía espiritual. Luego vino la estrategia publicitaria a través de la pantalla chica, donde Bonilla disertó y derrotó a cuanto interlocutor pudo, esto trajo más adeptos y predicadores en las calles, cruceros, plazuelas y pulquerías, entre desconsolados y viciosos.

Como a la Flor del Siglo, a Puerta Dorada le tocó su decadencia. Apresaron a Luis Morán. Nació el Ganchito de Oro, quien reivindicó a la comunidad y creó una imagen de héroe nacional, lo mismo que su padre. La Comunidad de los Justos fue invadida por el feminismo hasta que un día los hombres se revelaron y mataron a Evita, viuda del Gancho de Oro, a Sarita y al niño. Un párroco, el padre Pérezgil, rescató la fe de la comunidad y el pugilista fue declarado mártir en vías de canonización como santo de los tullidos.

El barrio, la atmósfera y la evolución de los acontecimientos son recreados como en las notas de color. Al realismo mágico lo vence la llaneza de lo urbano. Como una obra de teatro donde cada personaje tiene definida su participación está montada esta obra literaria que por demás da cuenta de un hecho inverosímil, pero que puede ser real en la cosmopolita ciudad de México. El novelista muestra su versatilidad para llevar de la mano a los personajes y su destino, lo mismo que las causas y el desenlace de la historia contada.

"De las novelas de Joaquín, comenta Rafael Pérez Gay, destaco dos: *Las púberes canéforas* y *Calles como incendios*. Hay en éstas el tratamiento, el impulso y la intención de un cronista, sin menoscabo de la estructura y el andamiaje novelístico bien logrados. Esto es común en él; incluso si uno lee su poesía puede advertirse que hay en algunos de sus mejores poemas el tono de un cronista, pasado por el cedazo, por la criba de un gran conocedor de la poesía mexicana y extranjera, y una obsesión por el cuidado formal".

Mátame y verás, el peor de los personajes

Fijación por las preferencias sexuales y la denuncia íntima de un matrimonio malogrado es la novela de *Mátame y verás*, texto que continúa la línea narrativa de José Joaquín Blanco, después de sus relatos de *El castigador*. El Distrito Federal y San Isidro, Morelos, cerca de Cuernavaca, son los escenarios donde se desarrolla esta historia de

seres ciudadanos, llevados por el escritor del relajo a la desesperación y de la abulia a la confesión de sus vidas personales.

Sergio Peña es el narrador y le habla de tú al lector para contarle que anda huyendo de su esposa Carmela, una bebota, hija de mami y papi, alias “el rábano”, y no acostumbrada al más mínimo desaire del marido. Anda prófugo, igual que Luis Morán en *Calles como incendios*, porque una noche faltó a la casa y Carmelita se sintió defraudada, agarró sus cosas, los coches, los hijos y “el bistec con todo y refrigerador”, como diría el rockero Jaime López, y lo denunció a la policía como saqueador de cuentas bancarias de la familia, quiebranegocios, malpadre, malesposo y otros cargos. Vale comentar que la señora también tenía un compañero para aliviar el lado oscuro de su corazón, le decían el “ojo de moco”, por sus pupilas verde mar.

Con reminiscencias de la infancia y de la vida preparatoriana, como es hábito de Blanco en su narrativa, Peña emerge como un muchacho ninguneado y oficinista mal pagado – otro banquero, como Andrés Domínguez en *La vida es larga y además no importa-* para casarse con una compañera de la escuela, vivir quince años de matrimonio ejemplar, procrear tres hijos y ¡zas!, reventar un día para echarse a la cónyuge, suegros, amistades e influyentes familiares de enemigos.

Como el bombazo ocurre en pleno diciembre, todo mundo anda en las compras navideñas y con el furor del bolsillo retacado, hasta el abogado de Peña sale de descanso y le pide tranquilidad a su cliente para resolverle el caso hasta “el sincero mes de enero”. Peña, quien decide no quedarse solo en la casa de huéspedes donde se oculta, encuentra a Juanito Jácome, un amigo de la prepa, gay, con dinero y buen empleo, pasante de arquitecto, quien lo invita junto con otros tres camaradas a pasar unos días, incluyendo la Nochebuena, a San Isidro.

Ruben, apodado “La nenuca”, un ingeniero bigotón y fisiculturista; “El jirafón”, flacote, intelectual de lentes, mariguanón, y Anibal, un chamaquito estudiante de turismo con deseos de cantar y hacer telenovelas, son los amigos de Juan, quien a su vez es cuatísimo de Carmela desde la prepa, y con quienes Peña habrá de convivir. Pasan una

semana de sol, reventones, travestismo, confesiones, borracheras, amor, lunas ocultas, deseos reprimidos y diálogos, aunque al final no hay desenlaces al planteamiento teatral inicial. Hay personajes de relleno que no enriquecen más la actuación de los centrales, por ejemplo, Melba, una desenfrenada y vulgar señorona que se integra al grupo para hacer más divertidas las fiestas o recetar una que otra terapia, o el caso de César, un novio que "La nenuca" tuvo y murió dejándole el alma en dos partes.

Destaca el manejo de las historia paralelas, como ya sucedió por ejemplo en *Calles como incendios*; la cultura popular del autor queda manifiesta en los repasos que hace entreverado a los diálogos al hablar de cine, rock y literatura, etc., salen a relucir los títulos del cine mexicano que enorgullecieron paralelamente el rock, el mambo y el chachachá; Lorena Velázquez, Lilia Prado, Evangelina Elizondo son extraídas de los filmes comentados; Verónica Loyo, Cri Cri, Tilin el fotógrafo de la voz, se vuelven incluso tema de tesis para uno de los protagonistas.

Si en *Las púberes canéforas* brilló el bajo mundo cabaretil, el gangsterismo fomentado por la policía y la destrucción del gay amado, en *Mátame y verás* el ambiente es más irónico y las relaciones sentimentales más llevaderas, más de arrebatos juveniles. Ocio cultivado, psicología colectiva y una crónica de la sociedad más permisible que avanza, por ende, más plural, son vetas rescatables en la novelística de Blanco. Los parlamentos no son rebuscados, son réplicas del habla común.

En *Mátame y verás*, dice su autor en entrevista, traté de hacer el ogro más espantoso en la persona de Sergio Peña, un ser con todos los prejuicios de la tierra, pero no soy yo, me suicidaría si fuera como él, que todo lo desprecia se burla de medio mundo. Así como hay novelistas que buscan un personaje muy agradable a través del cual contar la historia, yo quise llevar la contraria, buscar un personaje odioso, transa, que se burla de los homosexuales, etc.; esto último fue para innovar dentro del género porque generalmente las novelas gay son muy defensivas del gremio: "Ay, pobrecitos de nosotros, somos tan bonitos y la gente nos mira tan bajo". Por ello intenté hacerles una caricatura.

José Joaquín Blanco concluye que las crónicas son un servicio al lector, pero las novelas las hace para él mismo. Por el momento no piensa escribir más libros de este género, argumenta que no se venden, no obstante, dos de ellas (*La vida es larga...* y *Las púberes...*) han requerido hasta terceras ediciones para su venta. Al igual que John Dos Passos, considera que un escritor para llamarse novelista, debe escribir al menos cinco novelas y él ya cumplió al publicar en ediciones *Era* su quinta novela, *El castigador*, que aunque viene compilada con otros relatos, vale como tal.

Blanco no tiene una idea muy triunfal de sí mismo, considera que no tiene una obra maestra: "Hay que estar con los pies en la tierra, a mi edad Juan Rulfo ya había escrito *Pedro Páramo* y Gabriel García Márquez sus *Cien años de soledad*, en fin. Por otra parte, tampoco es una obligación ser un Dante Alighieri, uno hace lo que puede, pero debe autovalorarse en la justa dimensión para no andar con esquizofrenias".

El castigador, los albuces permitidos

Siete relatos conforman el volumen de *El Castigador* publicado por la editorial Era en 1995, el cual da cierto giro a la narrativa de Joaquín Blanco. Son relatos breves donde el cuentista debe vencer por nocaut al lector, a diferencia de la novela, donde puede ser por decisión. Las primeras versiones de estos cuentos aparecieron a lo largo de un cuarto de siglo en periódicos y revistas como *Punto de Partida*, *Nexos*, *La Jornada*, *El Nacional*, *Etcétera*, *La iguana del ojete* y en el suplemento *Sábado*, de *Unomásuno*.

"*El Castigador*", el más extenso de todos, y que para su autor constituye su quinta novela, se publicó como folletín en *Sábado* en 1992, y al año siguiente dio lugar a la obra de teatro *La desgracia del Castigador. Monólogo de tres*, dirigida por Jaime López, y a una edición privada de Editorial Quinqué, ilustrada por Ilya de Gortari. Los otros textos son "*La búsqueda*", "*El estanquillo*", "*La bondad del hombre lobo*", "*El manglar*", "*Melba y la suicida*", y "*Bernal y Beatriz*".

Los héroes de estos relatos son urbanos y cotidianos, amantes nómadas que se persiguen en el ajetreo de las prisas y la persecución del bienestar que nunca llega. Las pasiones son condicionadas por el consumo, amor de mercancía absuelta de todo sentimiento; culto rendido a la parodia de una luna de miel o al intento de suicidio como termómetro del hartazgo con quien se convive. Resentimientos de parejas, intereses generados por encima de cualquier gesto de ternura y pesadillas que sucumben como retrato de los seres abandonados.

“El Castigador”, dice su autor está hecho de albrures, un poco a su imagen, aunque él no se considera un tipo proletario ni es asesino como el personaje que conduce la historia. *El Castigador* –ese es su sobrenombre y con él aparece en todo el relato- es un preso que cuenta su vida a un joven adinerado recién llegado a una prisión del Distrito Federal y al que después matan por querer fugarse.

Entre la soledad y la imaginería recrea su vida desde que fue adolescente y vivió en la unidad Garrido Canabal, con su madre, su tía Mercedes y la banda de los Chacales, entre el desosiego y la marihuana, entre el despertar a la sexualidad y la carencia de los mínimos satisfactores. *El Castigador*, un tipo rudo y alburero, deja transcurrir sus fantasías de poder y galán de barrio; se hace amante de una vedette en decadencia, Geles, que vive en la misma unidad; viuda y vuelta a casar con un burócrata a quien su difunto marido acomodó en el gobierno.

El Castigador se deja envolver sexualmente por la despanpanante señora que tiene influencias, dinero y recuerdos varios de su vida galante en diversos centros nocturnos, especialmente en el Bingo-Bango. Fueron varios los escenarios que pisó como múltiples sus nombres artísticos: *La Astronauta del Amor*, *la Sangrita de Tecalitlán*, *la Viuda del Penalty*, etc. Además, promete que a cambio de continuar esa especie de relación amorosa pasional le conseguirá al *Castigador* un puesto de supervisor de negocios en el gobierno local.

La promesa nunca se cumple y el *Castigador* se desespera, por lo que un día golpea a su amante y le roba un poco de dinero. Germán, el marido siempre ausente, da aviso a

la policía; Geles no delata al muchacho sino que inventa un episodio donde cuatro hombres armados entraron a su casa para robarle. La policía se va, el Castigador involuntariamente regresa a la escena y mata al marido, cuyo cadáver después tratarán Geles y él de sepultar en un rancho de Tulancingo, Hidaigo, lo cual no se cumple porque son detenidos infraganti.

Algunas calles y avenidas, como Plutarco Elías Calles, Viaducto Río de la Piedad, Resina, Centeno, Avena, Jesús María, son usadas como escenario para la construcción de las escenas. El ambulante de la ciudad, los desconuelos de la chaviza, los albuces, las candilejas, las canchas de béisbol, la descripción de los trompudos y perfumados oficinistas, las prebendas que el poder conlleva, el tráfico de influencias rodean esta especie de fábula urbana, especialidad de Joaquín Blanco cuando de retrato cotidiano se trata. Son sólo ejercicios de imaginación, reitera el novelista.

Una de las premisas básicas en la novela, argumenta, es inventar personajes que no sean parecidos a uno, porque si no se vuelve la autobiografía y se acaba el gusto. "Tengo cuentos donde la narradora es una anciana de 75 años y le ocurren cosas inverosímiles que a mí no. El autor tiene derecho a imaginarse que x es el asesino, y si es hombre o es mujer, o que vivió en el siglo XIX, y nada tiene que ver con él, sí."

Pronto llegará a los 50

Un hombre sin amigos es un hombre muerto, dice Carlos Fuentes. Escribo para que me quieran, pronuncia García Márquez. Un amigo representa un gesto de libertad, y la libertad, dijo don Quijote de la Mancha a Sancho Panza, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos... Así, sin rollos aturdidores, sin ambages melancólicos, sin la fragilidad lastimosa, sin la trampa del recoveco, sin el doblez en el elogio; en una expresión: sólo con el gesto de la amistad, el escritor Rafael Pérez Gay documenta su análisis sobre la trayectoria de Joaquín Blanco:

“Pronto llegará a los 50 años de edad y pasa por un excelente momento. Es un hombre que ya ha sedimentado sus emociones y las ha vuelto parte de su obra. Lo veo como un prosista dueño de todas sus cualidades, de las que ha quitado algunos de sus defectos. Esto tiene que ver con los años que ha trabajado y la ya, yo diría, impresionante obra que ha reunido antes del medio siglo de vida. Es un caso feliz de una obra que se ha cimentado día tras día, durante 30-35 años. Joaquín fue un escritor precoz, y los escritores precoces suelen apagarse pronto; él, por el contrario, en 1999 vive uno de sus mejores momentos literarios.

“Es un amigo espléndido, generoso; muy crítico también. La generosidad no excluye la crítica sobre el trabajo de sus amigos escritores, pero es generoso porque impulsa y estimula, apoya y da tips, rutas, vías; sugiere no impone... Joaquín renunció hace años a ser un gurú de la literatura mexicana o un cacique del periodismo y eso a mi no me parece la menor de sus cualidades. Eligió por otro lado la lectura salvaje, la lectura impresionante (como ejercicio fundamental del trabajo del escritor) y la escritura, muchas veces en la soledad total, lo cual tiene a veces un costo.

“Llevamos muchos años como amigos, un tipo de amigo literario, ya que siempre está conversando sobre literatura, y al mismo tiempo un tipo lo suficientemente picarón que está al tanto de lo que ocurre en la vida literaria y cultural mexicana... Desde temprana edad Joaquín descubrió un modo de trabajo que estriba en la investigación, la literatura, el ensayo. No cualquiera en México puede decir que vive de lo que investiga, escribe y publica. Algunos escritores de mi generación hemos encontrado como método y vía para sobrevivir el trabajo editorial.

“Joaquín es un amigo desvelado al que le gustan los tragos, calienta motores después de algunos brandis (una similitud con Allan Poe), y que es dado a la evocación literaria y a la de los años pasados sin que lo devore la nostalgia o que sea autocomplaciente... Es un fino lector de los trabajos de sus amigos, como en el caso de los míos, capaz de trabajar una noche entera sobre un libro de un amigo para entregárselo al día siguiente e impulsar su publicación con algunas de sus correcciones.

“Le gusta la música clásica, aunque lo oculte, le gusta la ópera aunque a veces también lo quiere ocultar... Excelente compañero de conversación, un observador atento de lo que le ocurre a la gente que estima. Suele ser un apasionado de la crítica y también alguien que se emociona notablemente con el trabajo de los demás; en público y en privado sostiene sus afirmaciones, frente a sus adversarios culturales y frente a sus amigos.

“La amistad va tomando su rumbo, uno nunca puede repetir las amistades de los veinte años, porque hay que trabajar, hacer una familia, y desarrollar otras áreas para que la vida misma vaya tomando forma. Sin embargo, con José Joaquín vamos para 25 años de amistad; coincido con él, uno de los trofeos como escritor y periodista, como editor, es la amistad y uno de mis mejores amigos es él...”

En las oficinas de Mazatlán 119, Rafael Pérez Gay atiende la subdirección de *Nexos*; escribe, anota, edita, relaciona, tacha, despacha, comenta. Entre los pasillos uno respira un poco la bonanza intelectual al encontrarse con Héctor Aguilar Camín o con los doctores Florescano y Lorenzo Meyer, grabadora en mano quien esto escribe hubiera querido conversar también con ellos para pulir quizás otro perfil del cronista. Pero el tono de Pérez Gay coincidió un poco con la silueta que me había formado mediante la lectura...

Al salir de Mazatlán 119 el primer semáforo está apagado, los ayudantes de restaurantes lavan mesas para iniciar el día, los jugos de naranja y zanahoria son consumidos por deportistas de la zona, una patrulla con la sirena abierta no interrumpe a dos estudiantes de la prepa que se besan afanosamente en la esquina de Vicente Suárez; mientras tanto el aire de la colonia Condesa ya invade la mañana, tantas veces escenario, tantas veces inspiración y directriz de las crónicas de José Joaquín Blanco.

CONCLUSIONES

Un cronista es un ser perdurable. Incólume. Síntesis de cultura y derroche de tiempo vertido en libros, anécdotas y vivencias. Su lenguaje no es el del ensayista, ni el del historiador, aunque algunos vocablos los utiliza en la misma forma al fungir como testigo del tiempo. No abandona el formato que el periodismo exige: informar. A esa intención de informar se añaden las de educar, instruir, amenizar, difundir, sugerir o incluso proponer ciertos caminos de conducta social. Como mediador de percepciones entre la realidad y lo que el público capta, el cronista apuntala con su cultura su obra; difícilmente enarbola verdades absolutas porque la misma condición literaria (ingrediente del género) le cancela cierta erudición

Concluyo que en ese marco se desenvuelve el cronista José Joaquín Blanco. Un renovador del género que utiliza el andamiaje de las crónicas y notas de viaje de Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, etc., para imprimirle su tono de actualidad que radica en la incorporación de voces, palabras nuevas y retrato verbal de la evolutiva sociedad citadina de fines de siglo. Detrás de esa modalidad, que incluye rastrear calles y adentrarse en la piel del conglomerado social, está presente el marco teórico-práctico de donde se nutren sus interpretaciones: las lecturas de los clásicos y de los escritores mexicanos, la investigación en todos los órdenes y la constante práctica del género como tal.

Si a Carlos Monsiváis lo impulsó don Fernando Benítez (por impulso entiendo la oportunidad que se asimila y se practica), Joaquín Blanco le debe a don Gregorio, el célebre "Orteguita", por lo menos el trazo de la ruta dentro del periodismo, y a Manuel Becerra Acosta, de *Unomásuno*, la libertad de expandir el género y el espacio para su evolución en los años setenta. Al igual que para Prieto fue trascendente la *Revista Universal*, para Altamirano *El Renacimiento* y para Pepe Alvarado *El Nacional*, por citar algunos ejemplos, para Joaquín Blanco el *Unomásuno* fue el espacio ideal, el rotativo donde encontró incluso la dimensión que le exigía el espíritu revolucionario de escritor.

Es válido concluir que José Joaquín Blanco refrenda la vida cotidiana a través de sus crónicas. Sus textos prevalecen en la intensa tradición de los cronistas mexicanos y también conservan mucho de lo que los académicos encuadran dentro de la teoría. Sus escritos no son ajenos a la historia como tampoco a las insignificancias populares, crisol donde se vierten las costumbres y los giros que dan fisonomía a una ciudad y a un país. No es casualidad que la compilación de sus crónicas sean bosquejo de la historia reciente. Cito dos: *Función de medianoche*, de los setenta, y *Un chavo bien helado*, de los ochenta.

Si hay renovación del género hay prestigio. En Joaquín Blanco se cumple la premisa. Hay tantas tonalidades como formas, pero el implacable termómetro es sólo uno: el tiempo. La obra de un cronista se disipa en la latitud y la permanencia que la calidad literaria le confiere, y ésta se muere o revive en cada antología, en cada lector que no le olvida, en cada aprendiz que le consulta en los albores de su oficio. Para fortuna de su empeño Joaquín Blanco ha empezado a resistir los filtros del cronómetro; es común encontrarlo en esos rubros mencionados: antologías, lectores, consulta.

Haberme adentrado en la obra periodística de Joaquín Blanco fue una experiencia gratificante y aleccionadora. Sobre todo por el interés que tuve por sus crónicas desde mi etapa estudiantil en la FCPyS, cuando el autor ya publicaba en el periódico *La Jornada*. Me doy cuenta que a pesar de tanta modernidad en los medios electrónicos - radio y televisión- y la llegada del internet, la prensa continúa como reducto del talento periodístico y como difusora del vigor cultural y literario. Así como en su momento se dieron a conocer Miguel Angel Granados Chapa, Julio Scherer, Elena Poniatowska, Héctor Aguilar Camín, etc., Joaquín Blanco hizo lo propio, sin recurrir a la instantaneidad de la imagen y el estereotipo televisivo.

Como consecuencia Blanco no goza de mucha fama, porque su naturaleza de escritor también lo condiciona; además, como escribiera el maestro Octavio Paz en el tomo IV de sus *Obras Completas*: durante mucho tiempo hemos sido un país con autores pero sin lectores... "Los pueblos hispánicos no son aficionados a la lectura y los mexicanos, lejos de ser una excepción, son una contundente afirmación de la regla (...) Saber leer

no significa amar a los libros ni tener la costumbre de la lectura". Venciendo ese estigma y utilizando un medio que está más a la mano de los escasos lectores, la prensa, Joaquín Blanco ha logrado destacar y colocarse como un cronista leído, aunque no asediado.

Su grandeza radica en su autenticidad, no en los golpes publicitarios. La crónica le ha permitido comunicar su interior de lecturas interminables, a las cuales se añade el testimonio de las atmósferas cotidianas que describe: el panorama de las calles, los jóvenes sin empleo, los restaurantes, los monumentos, los mercados, los enamorados, los días festivos, las campañas políticas, los funcionarios desordenados. La parte teórica, por decirlo de algún modo, la absorbe de los paradigmas literarios y sus representantes (Wilson, Flaubert, Vidal, Nájera, Guzmán, Azuela...) y la práctica la inspira la mera observación de los incidentes diarios que son noticia y motivo de recreo literario.

Un cronista no es cantera de éxitos interminables. Tiene los límites que le obliga la misma sucesión del ejercicio periodístico. Como dijera hace un siglo don Rafael Reyes Spíndola, director del *El Imparcial* (1896): un cronista dura cinco años, después debe ser cambiado. No siempre. Joaquín Blanco atravesó casi dos décadas y siguió gobernando con la pluma el ambiente, las crónicas siguieron brotando sin repetirse a pie juntillas.

No obstante que otros anteriores (Leñero, Monsiváis) ya habían tratado y retratado los cuadros de costumbres que parecen ser eternos: la Zona Rosa, la Alameda Central, el Zócalo, la Villa, el Día de muertos, etc., él volvió a hacerlos éxito en la talacha periodística. Por ello mi insistencia en que la renovación del género la imprime la voz y el trato del periodista, no tanto el tema, el cual siempre es susceptible de ramificarse o enfocarse desde distintos ángulos.

El valor literario es el privilegio de la trascendencia. Así se pensó y se realizó buena parte de las crónicas de siglos anteriores. Como vehículos trasmisores de la historia, como vasos comunicantes del quehacer literario que heredó la rúbrica de sus autores

Quizás por ello muchos investigadores buscan las huellas en esos volúmenes que dieron refugio a los sucesos importantes. Hasta los momentos políticos trascendentes han requerido buena dosis de la veta literaria, como ejemplo están los textos de Guillermo Prieto.

Joaquín Blanco desechó desde el principio de su oficio la simple nota de color; es decir que ésta pasara por crónica ante los lectores; y es que en esa condición muchas veces caminan este tipo de legajos, quizás por el academicismo aquel de que “colorear” una nota ya es crónica. Y el peso en realidad es el valor literario. En ese sentido es válido recordar la acepción de Carlos Monsiváis sobre la crónica: “reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”, o la del mismo Blanco: “toda colaboración periodística con valores literarios”.

Por otra parte, el entusiasmo de asomarme a la obra de Joaquín Blanco me permitió la práctica de otro género periodístico: el reportaje, que en boga está desde el nacimiento del periodismo como tal, o incluso desde antes si atendemos lo que asienta Gonzalo Martín Vivaldi, que las sagradas escrituras ya estaban redactadas y estructuradas a manera de reportaje: *“Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo...”*

Las características de ese género permiten el trato de cualquier tema de interés social. La cultura es parte del interés social y José Joaquín Blanco es un agente cultural de nuestro país. Cito que la cultura se refiere al desarrollo intelectual o artístico de un pueblo, o más particularmente como asevera Abraham Moles: cultura es todo lo que está destinado a permanecer, a amueblar el cerebro de los individuos receptores.

El reportaje como dije al principio de este trabajo me dio la oportunidad de poner en práctica otros géneros periodísticos y literarios, así como aplicar las técnicas de investigación documental. Aprendí que la teoría bien llevada conduce al orden de la estructura y da pie al trato de cualquier tema. Si un gramo de entendimiento o aportación queda después de la lectura de este reportaje, será herencia directa de lo

que en páginas han escrito teóricos de nuestro periodismo nacional: Marín, Leñero, Dallal, Del Río Reynaga, Iñigo, Ibarrola...

Así como toda noticia es un reportaje en embrión, todo asunto que tenga que ver con la práctica del periodismo es un aporte más a su fortalecimiento. Lo prueban los ejemplos de resonancia universal: Faulkner, Capote, Mailer, García Márquez, y los de imperancia nacional: Benítez, Leñero, Poniatowska. En ese tono quise justificar el periodismo de Joaquín Blanco, dentro del género crónica. Haber expuesto las vetas más rescatables de su escritura me proporcionó a la vez un modo sencillo de contar qué ha hecho, cómo inició, qué lo impulsó, quiénes lo inspiraron, por qué escribe. Encontré en sus respuestas las más cómodas satisfacciones de alguien que vive con el oficio sin sufrimientos estelares.

Qué decir de Joaquín Blanco después de escuchar sus propias respuestas y los comentarios de sus amigos. Una esencial: el ejercicio de la vocación sin importar resultados. Cómo explicar que a veces carecemos de prestigio porque inmediatamente queremos la aprobación, la fama y el elogio; la obsesión en esos afanes son contrarios a la consecución de ellos mismos. Blanco sale de esa norma y puede decirse que hasta trastoca los excesos con su espíritu nomeimportista de no perseguir los premios ni los reconocimientos; tal vez los rechazaría como el cronista Hermann Bellinghausen cuando se abstuvo del Premio Nacional de periodismo.

La escritura de Blanco es una canción de decoro no una persecución de intereses para estar al lado del poder o de los políticos, cuestión que además la historia demuestra no siempre es una hazaña fructífera. Tiene razón Enrique Krauze cuando afirma que la mejor relación entre los intelectuales y el Estado es la separación de sus poderes. "No te acerques demasiado al poder porque no es un fuego que purifique", decía Paz.

El periodismo de Joaquín Blanco no excluye la crítica, ese ejercicio que a los intelectuales cómo les fascina (la misión de los intelectuales no es gobernar sino criticar, continúa Krauze). En el envoltorio literario y de retrato se ha dado tiempo para el análisis y la denuncia: en *Un chavo bien helado* cómo arremetió contra la desigualdad

económica y los problemas sociales, contra el paradigma quebrado de la Revolución que prometió justicia social y que sus heroicos cachorros se encargaron de echarla a perder. También los años negros de los ochenta “desabridos y baldíos” que acrecentaron la angustia de los mexicanos con insistencia. Ahí están: múltiples sus parodias del régimen como múltiples sus desacuerdos.

Está presente la denuncia de un país que juega cada sexenio a ser moderno, a incrustarse obcecadamente en el engranaje de la automatización en todos los órdenes, cuando constatamos que le quedan tantas deudas atrasadas, enumeremos las más en boga: salud, alimentación y alfabetización. A nuestros gobiernos liberales les ha gustado pasarse por el forro las muestras del rezago para aspirar a la pretensión de los del Primer Mundo. *Cómo nos alborota todavía la efervescencia del más cruel gobierno y sus discursos de que abandonábamos para siempre la pobreza y de que el ingreso per cápita jamás disminuiría. Fue la borrachera del salinismo.*

Las víctimas urbanas y rurales del tercermundismo mexicano se mecen en la impaciencia de encontrar voces que le den vida a sus denuncias; aspiran a no morir en la intemperie mientras el Estado se reconforta peleándose la democracia en las concertaciones. Al menos un poco dentro de la prensa escrita ha habido cabida para la denuncia a través de los distintos géneros, entre ellos la crónica. Ya en 1980 Carlos Monsiváis lo reiteró: “es una encomienda inaplazable de crónica y reportaje: dar voz a los sectores tradicionalmente proscritos y silenciados, las minorías y mayorías de toda índole que no encuentran cabida o representatividad en los medios masivos”.

La clase media, sobre la que Joaquín Blanco escribe y que forma parte de ella, no quiere decir que esté tan silenciada, pero tampoco tiene mucha voz, o al menos se va quedando sin ella. Tranquila pero opacada. Por ello a través del periodismo se representan las inconformidades que debe enarbolar; no debe olvidar que a lo largo de la historia de México se ha mermado a miles o a multitudes completas para que vivan uno cuantos. A la oligarquía y al poder le placen la falta de denuncia, pero por suerte la mayoría pensante no es conformista; como muestra están los 400 cultos zonarroceros de este país, de los cuales Blanco es parte.

En otro contexto, para Gonzalo Martín Vivaldi la crónica periodística es una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado; ésta última parte es interesante porque es lo que más permanece en los textos de Joaquín Blanco y que su destreza literaria no le cancela, por el contrario, con las metáforas a su alcance juzga y sojuzga al ente dominante. Interpreta y recrea, y la mofa si es política le sale mejor.

Alegre, enfermo, con amibiasis, como en aquella época (en 1982) cuando cubría la campaña de Arnoldo Martínez Verdugo, irritado, acongojado, triste o ya de plano desalentado, pero Joaquín Blanco nunca dejó de estar presente para escribir sobre lo que se le pedía cronocar. Una condición del género es la presencia del reportero en el lugar de lo hechos. "No hay crónica de escritorio", sentencian los teóricos.

Con todas las formas posibles de la expresión Joaquín Blanco ha escrito sus crónicas: descripción, narración y exposición son aliadas de su palabra. Ese dibujo que es la descripción le acompaña con soltura. Recuerdo su descripción de los luchadores en una ocasión que fue a la Arena México o de los madrazos suscitados en la colonia Escandón. En el relato cumple la narración pormenorizada. Curioseosa a manera de descubrimiento en los gestos y ademanes de la gente. Se entretiene con ese vaho que identifica a la muchedumbre en sus manifestaciones, así como lo logra por ejemplo otro periodista de actualidad: Hermann Bellinghausen en sus *Crónicas de multitudes*.

Un mapamundi de tamaño natural es lo que Blanco recoge en sus microclimas. Folklore, peleas, baile, funciones al aire libre, represión policiaca, desempleo, prostitución... tantos numeritos como escenas arma la sociedad de masas. Nadie se le escapa en sus textos. Barrio y figura hasta en la escritura. Por ello al platicar con él insiste en que son cuadros de costumbres, a los que la televisión u otros medios no llega a incluir ni por asomo. No es aventurado vaticinar que aunque los patriotismos y nacionalismos institucionales pasen de moda, nuestros cuadros de costumbres seguirán presentes como reducto de la identidad. En ese tenor también se justifican las pinceladas del autor, tan llenas de humor como "del íntimo decoro", a la manera del bardo zacatecano.

De las formas de expresión enumeradas, la narración y la descripción se funden en el género de tal manera que dan origen a la parte literaria. Es lo que Joaquín Blanco aplica. En pequeños textos cuenta cómo sucedió el hecho y qué hay a su alrededor; en esto último muchas veces se estaciona para de ahí verter sus opiniones, o bien retrocede documentalmente para hacer un poco de historia. Como vimos en sus escritos sobre la Merced, Coyoacán o la Plaza de la Constitución, se constató la complementariedad del dato histórico y la interpretación personal. Es una continuidad de imágenes descritas, pero también una orientación para el asunto tratado. Cumple con esa visión panorámica y con la visión parcial que incluye –como aconsejan Leñero y Marín– registro de frases rotundas y vigorosas; frases gráficas, pintorescas; imágenes y metáforas propuestas, cifras y nombres, etc.

La historia es el relato de los acontecimientos y de los hechos dignos de memoria. La crónica también es relato, “pretende hacer la historia de un suceso”. No es gratuito que desde que el periodismo nació el sinónimo más aplicable para el periodista fue el de cronista. Hoy día en los pueblitos memoriosos del México nuestro se aplica con cierto respeto ese título para el lugareño que sabe la historia local con lujo de detalles, incluso algunos la escriben para hacer extensiva su sapiencia a las nuevas generaciones.

En cada documento que el cronista deja es complemento para su credibilidad; impone al ritmo de los acontecimientos su óptica de narrador y testigo visionario. Para una megalópolis como el Distrito Federal es también imprescindible la función del cronista; de los acontecimientos, que por el ritmo y el ajeteo de su palpitar parecen inabarcables el cronista tiene la misión de ordenarlos, pormenorizarlos, hacerlos oportunos a través del lenguaje claro y sencillo. Blanco lo logra.

La noticia es para el receptor urgente, al que sus ocupaciones le obligan enterarse al grano del asunto; la crónica es principalmente para el recreo, por ello utiliza más la descripción y la narración, dirigidas en esencia al sentimiento, a diferencia de la exposición, la cual está dirigida al intelecto. Cuando el periodista domina el género dosifica las formas de expresión, las hace sus aliadas para volver a hacer atractiva una información, ya que en algunos casos una noticia que se dio a conocer en el periódico

viene incluida en revistas semanales o quincenales, ésta debe venir aderezada para ser leída otra vez. Los detalles vencen al dato frío.

La crónica siempre será más extensa que la noticia, pero menos densa por el modo que le está permitido de colorear el ambiente. Por ejemplo, una nota podrá abordar la gran noticia de que la Cámara de Diputados aprobó el aumento del IVA del 10 al 15 por ciento, y una crónica describirá cada uno de los rasgos de la obscena postura que el líder de los legisladores priístas hizo cuando se aprobó la iniciativa. La diferencia básica es la sujeción a lo que se llama objetividad y que la noticia exige.

Continuando con las deducciones que pueden hacerse después de desarrollar el presente trabajo puedo insistir en esa veta de lo que es un periodista literario, y que a la vez no se reconoce como periodista, sino como escritor. Asumirse como periodista es a veces sólo sinónimo de reportero, y como sinónimo de éste redactor de boletines de prensa, cuestión que atrofia la sensibilidad literaria. Existen honrosas excepciones de medios informativos que cuentan con una plantilla de reporteros capaces de hurgar, investigar, preguntar, documentarse y luego nutrir lo recabado en la sala de redacción. *Reforma, La Jornada, El Financiero*, entre otros, deben incluirse en la lista.

José Joaquín Blanco siempre ha estado ligado a la prensa escrita, y dentro de ella ha desarrollado un periodismo literario que no es común encontrar. Se formó en *“La Cultura en México”*, pero despuntó en el *Unomásuno*. Optó por una prosa plurivalente y horizontal (como a través de una mesa de café o de cantina). Un periodismo incluyente donde el conocimiento del periodista pueda estar al servicio de la sociedad, tal como se exige a toda empresa dedicada a este ramo. Esa horizontalidad, dicho en su voz, permite personalizar las crónicas, entrelinear emociones, destacar aspectos laterales, matizar y sobre todo proponer (no imponer) informaciones, ideas y comentarios.

Antes de calzar los zapatos de cronista Blanco ya era ensayista, poeta y novelista. Por orientación propia ingresó al periodismo como articulista político, vertiente donde encontró ciertos obstáculos, no por su ignorancia, sino por la monotonía que provoca el género, según se advierte en él: “es la cosa más difícil del mundo escribir muchos

artículos políticos sin repetirse como mimeógrafo, ni hartar al lector⁷. Por ello empezó a ocuparse de los asuntos mínimos, cotidianos y callejeros.

Sobre esto último, si la conclusión comparativa es sana, es válido recalcar la diferencia que marcó Joaquín Blanco aún entre las gentes que con él escribieron en una misma época: Rafael Pérez Gay, Antonio Saborit, Roberto Diego Ortega, Delia Juárez, etc., y que se especializaron en otros géneros literarios, principalmente el ensayo y la narrativa. Quizás por no interesarles el periodismo o por mera indiferencia no pusieron al servicio de este renglón una experiencia que, como Blanco ha demostrado, es un feliz binomio. El autor de *Función de medianoche* sin red de protección alguna renovó esa dualidad que en los periodistas del siglo pasado ni siquiera estaba a discusión.

En otro orden, el habla, al igual que la escritura, es el reflejo intelectual de cada persona. Es sabido que todo individuo por naturaleza aprende una lengua, pero el manejo óptimo y selecto que haga de ella está en función de su enriquecimiento lingüístico personal y del medio socioeconómico donde se desenvuelve. La lectura es parte esencial (aunque no la única) para adquirir cultura. Joaquín Blanco constata la regla y hace un uso excelente de la lengua, juega con el idioma, lo enriquece, pero aparte lo hace interactuar con el habla popular. La formalidad no le suprime la aptitud para recoger la jerga de todos los oficios y latitudes de la ciudad e incorporarla a las crónicas.

Antes que el esnobismo ramplón prefiera la ironía y el sarcasmo para romper la solemnidad que algunos literatos experimentan después de leer a los clásicos y que escriben con el bizantinismo a cuestas. El tiene una visión integral de la vida que intercala en sus redondeos verbales, los cuales no dejan de ser entendibles para todos los sectores. Sus temas modelo, como el consumo y la transa, equiparan por sí solos los extremos que identifican a la sociedad al desenvolverse diariamente: los que están arriba, consumiendo, y los que aspiran al ascenso, en la transa.

Debe recalcar que en sus crónicas Blanco le sigue la huella a la clase media pero no ignora a las demás. Como método o técnica principal practica la observación y sigue el

itinerario de las minorías urbanas presentes en el laberinto cotidiano y que en las pasarelas de los medios no aparecen. Repaso y examen, audacia crítica de prosa enérgica como recurso para inventariar la ciudad, son los textos de este autor retratista. Entre el sarcasmo y la propuesta de soluciones tiende puentes hacia la reflexión de lo que es nuestra capital, sus problemas y su sociedad de fines de siglo.

En sus letras se vislumbra que si una esperanza queda es vencer el conformismo que el gobierno y la oligarquía han uniformado. Al igual que Monsiváis: el humor como eficaz recurso de convivencia colectiva. Si menospreciar al gobierno como justificante de la libertad de expresión se volvió la norma, el cronista también aprendió a hacerlo pero sin el descontón raído y pusilánime, sino con un poco de burla inteligente hacia los representantes de las instituciones: los hombres de las sotanas, los políticos, los empresarios, etc... Ojalá señalando los abusos el cinismo disminuya.

Quedará la crónica de José Joaquín Blanco como prosa ácida y sabrosa que supo capturar su propia época. Su trabajo representa una sucesión del porfiriano estilo de Salvador Novo, del costumbrismo de Pepe Alvarado, del barroquismo de Carlos Monsiváis, por citar sólo algunas raíces, ya que como expuse el mosaico de orígenes es interminable. El cronista involucra y plasma con el retrato a la sociedad de su tiempo que poco a poco le va confiando las pequeñas y grandes catástrofes, los giros, las modas, las incredulidades del sistema político, etc.

Finalmente, considero que en el trabajo de este autor hay una especie de trato artístico del periodismo. Una prolongación son sus textos meramente narrativos; sus novelas son de lo menos ficticias, precisamente por la perpetuidad del retrato urbano y las historias diarias. Merecen pues el trato de una crónica por la infinita sucesión del tiempo a través de las vivencias de los personajes. De ese modo quise rescatar su novelística, además por la costumbre que tiene de adelantar esos textos por entregas en los semanarios culturales y revistas donde ha colaborado.

De todos los géneros se ha nutrido Joaquín Blanco y los ha practicado, sin ser especialista en ninguno de ellos. Quien esto escribe consideró conveniente exponerlo

durante el reportaje para no ser injusto, como mencionó alguno de mis entrevistados, y calificar a Blanco sólo de cronista. Es tan sólo una aproximación a su obra, sin duda un análisis minucioso requerirá la interpretación de un filólogo, un esteticista u otro erudito. El reportaje me permitió el asomo para constatar algunos rasgos que advertí con la lectura previa.

A manera de provocación o de puerta abierta para otro estudiante de periodismo que quiera *emprender de otro modo el acercamiento a la obra* de Joaquín Blanco también queda este trabajo que, dicho sea con modestia, me permitió aplicar las técnicas y la experiencia adquiridas a través de siete años de ejercer el oficio en los medios informativos. Al entrevistar a gente que vive del periodismo, de su enseñanza o de hacer historia de la cultura me motivo a cultivar más la parte que fortalece nuestra profesión: la lectura. Todavía convoco esa imagen de don Fernando Benítez que alguna clase pronunció: si no les gusta leer y escribir qué hacen en esta aventura. Un consejo a tiempo, hoy me doy cuenta, es más productivo que todos los regaños almacenados.

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, José. *Tragicomedia mexicana 2 (La vida en México de 1970 a 1982)*. Colección Espejo de México. México, Editorial Planeta, 1993, 293 p.
- Agustín, José. *Tragicomedia mexicana 3 (La vida en México de 1982 a 1994)*. Colección Espejo de México. México, Editorial Planeta, 1998, 368 p.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo II, 7ª ed. México, FCE, 1987, 510 p.
- Apuleyo Mendoza, Plinio. *El sol sigue saliendo*. Venezuela. Monte Avila Editores Latinoamericana, 1994, 210 p.
- Baena Paz, Guillermina. *Manual para elaborar trabajos de investigación documental*, 5ª ed. México. Editores Mexicanos Unidos, 1989, 124 p.
- Bellinghausen Hermann. *Crónica de multitudes*. México. Editorial Océano, 1987, 174 p.
- Blanco, José Joaquín. *Calles como incendios*. México. Editorial Océano, 1985, 162 p.
- Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. 5ª ed. México. Editorial Posada, 1987, 268 p.
- Blanco, José Joaquín. *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*. México. Editorial Cal y Arena, 1996, 662 p.
- Blanco, José Joaquín. *Cuando todas las chamacas se pusieron medias nylon*. México. Joan Boldó i Climent Editores, 1988, 207 p.
- Blanco, José Joaquín. *El Castigador*, México, Ediciones Era, 1995, 147 p.
- Blanco, José Joaquín. *Función de media noche*. 1ª ed. 3ª reimpresión. México. Ediciones Era, 190 p.
- Blanco, José Joaquín. *La literatura en la Nueva España (Conquista y Nuevo Mundo)*. Tomo I. México. Editorial Cal y Arena, 1989, 259 p.
- Blanco, José Joaquín. *La siesta en el parque*. Colec. Cuadernos de poesía. México. UNAM, 1982, 139 p.
- Blanco, José Joaquín. *La vida es larga y además no importa*. 2ª ed. México. Premia Editora (serie La red de Jonás), 93 p.
- Blanco, José Joaquín. *Las púberes canéforas* 3ª ed. México. Ediciones Océano, 1983, 149 p.
- Blanco, José Joaquín. *Letras al vuelo: Estudios de literatura mexicana*. México. El Nacional, 1992, 250 p.

- Blanco, José Joaquín. *Los mexicanos se pintan solos. Crónicas, paisajes, personajes de la ciudad de México*. México. Editorial Pórtico de la ciudad de México, 1990, 173 p.
- Blanco, José Joaquín. *Mátame y verás*. México. Ediciones Era, 1994, 142 p.
- Blanco, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. 2ª reimpr. México. FCE, 1983, 213 p.
- Blanco, José Joaquín. *Se visten novias (somos insuperables)*. México. Editorial Cal y Arena, 1993, 166 p.
- Blanco, José Joaquín. *Sentido contrario. Ensayos de literatura moderna*. México. Universidad Autónoma de Puebla, 1993, 255 p.
- Blanco, José Joaquín. *Un chavo bien helado. Crónicas de los años ochenta*. México. Ediciones Era, 1990, 236 p.
- Buendía, Manuel. *Ejercicio periodístico*. México. Editorial Océano/ Fundación Manuel Buendía, 1985, 206 p.
- Capote, Truman. *A sangre fría*. Barcelona. Nueva Galería Literaria, 1972, 295 p.
- Castellanos, Rosario. *El mar y sus pescaditos*. Pról. de Emilio Carballido, 2ª ed. México. Editores Mexicanos Unidos, 1988, 204 p.
- Dallal, Alberto. *Lenguajes periodísticos*. México. UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989, 110 p.
- Eco, Humberto. *Cómo se hace una tesis*. 19ª ed. España. Editorial Gedisa, 1993, 267 p.
- Fernández Christlieb, Fátima. *Los medios de difusión masiva en México*. 10ª ed. México. Juan Pablos Editor, 1993, 330 p.
- Frías y Soto, Hilarión y otros autores. *Los mexicanos pintados por sí mismos*. México. Editorial Símbolo, 1946, 243 p.
- Fuentes Carlos. *La región más transparente*. Tomo I de Obras completas, 2ª ed. Pról. de Fernando Benítez. México. Ediciones Aguilar, 1986, 1408 p.
- García Márquez, Gabriel. *Crónica de una muerte anunciada*. Colombia. Editorial La Oveja Negra, 1981, 159 p.
- García Márquez, Gabriel. *Relato de un naufragio*. 15ª ed. Colombia. Editorial La Oveja Negra, 1989, 111 p.
- Garza Mercado, Ario. *Manual de Técnicas de investigación para estudiantes de Ciencias Sociales*. México. El Colegio de México, 1972, 187 p.
- González Reyna, Susana. *Manual de redacción e investigación documental*. 3ª ed. México. Editorial Trillas, 1987, 204 p.

- Ibarrola, Javier. *Técnicas periodísticas: El reportaje*. 3ª ed. México. Ediciones Gernika, 1994, 135 p.
- Iñigo, Alejandro. *Periodismo literario*. 2ª ed. México. Ediciones Gernika, 1988, 192 p.
- Krauze, Enrique. *Tiempo contado*. 1ª ed. 3ª reimpr. México. Editorial Océano, 1996, 274 p.
- Leñero, Vicente y Carlos Marín. *Manual de periodismo*. 5ª ed. México. Editorial Grijalbo, 1986, 315 p.
- Martín Vivaldi, Gonzalo. *Géneros periodísticos*. 2ª ed. Madrid. Paraninfo, 1979, 394 p.
- Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta (Antología de la crónica en México)*. 1ª ed. 2ª reimpresión. México. Ediciones Era, 1985, 366 p.
- Monsiváis, Carlos. *Entrada libre, crónicas de la sociedad que se organiza*. 1ª ed. 2ª reimpresión México. Ediciones Era, 1988, 306 p.
- Monsiváis, Carlos. *Amor perdido*. México. SEP/Lecturas Mexicanas-Ediciones Era, 1986, 350 p.
- Monsiváis, Carlos. *Escenas de pudor y liviandad*. 8ª ed. México. Editorial Grijalbo, 1981, 354 p.
- Moreno Toscano, Alejandra y otros autores. *Historia General de México*. 2 Tomos. México. El Colegio de México, 1986, 1585 p.
- Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido*. Col. Literatura Contemporánea. México. Editorial Planeta, 462 p.
- Pacheco, José Emilio y otros autores. *En torno a la cultura nacional*. México. FCE/Sep, 1983, 126 p.
- Paz, Octavio. *Pequeña crónica de grandes días*. México. FCE, 1990, 171 p.
- Paz, Octavio. "Generaciones y semblanzas". En Tomo IV de las *Obras completas*. México. FCE, 1994, 425 p.
- Poniatowska, Elena. *¡Ay vida no me mereces!* 1ª ed., 10ª reimpresión. México. Joaquín Mortiz, 1993, 213 p.
- Poniatowska, Elena. *Fuerte es el silencio*. 6ª ed. México. Ediciones Era, 1980, 278 p.
- Río Reynaga, Julio del. *Reflexiones sobre periodismo, medios y enseñanza de la comunicación*. México. UNAM-FCPyS, 1993, 197 p.
- Río Reynaga, Julio del. *Periodismo interpretativo: El reportaje*. México. Editorial Trillas, 1994, 195 p.
- Rivadeneira, Lucía. *Hacia la pasión periodística (Taller de prácticas periodísticas I)*. México. UNAM (FCPyS-SUA), 1995, 261 p.
- Revueltas, José. *Los muros de agua*. 4ª ed. México. Ediciones Era, 1982, 175 p.

Scherer García, Julio. *El poder, historias de familia*. México. Editorial Grijalbo, 1990, 127 p.

Semo, Enrique y otros autores. *México, un pueblo en la historia*. Tomo 4. México. Editorial UAP-Nueva Imagen, 1982, 417 p.

Vasconcelos, José. *Una antología general*. Selec. y pról. de J.J. Blanco. México. SEP/UNAM, 1982, 275 P.

Woldenberg, José y otros autores. *México a fines de siglo*. Comp. J.J. Blanco. México. FCE/CNCA, 1996, 326 p.

Wolfe, Tom. *El nuevo periodismo*. Barcelona. Editorial Anagrama, 1976, 272 p.

Wright Mills, Carl. *La imaginación sociológica*. 11ª reimpr., traducción de Florentino M. Torner. México. FCE, 1986, 236 p.

HEMEROGRAFÍA

Abelleyra, Angélica. "El gran reto del novelista es conquistar territorios de sensibilidad: Reyes Heróles". En *La Jornada*, Sección cultural, México, 15 de enero de 1995, p. 27.

Blanco, José Joaquín. "Cronista del PSUM". En *La Crónica de Hoy*, suplemento *Crónica Dominical*, columna Postales Trucadas. Núm. 113, año III, México, 28 de febrero de 1999, pp. 10-11.

Blanco, José Joaquín. "La sonrisa de Elena Poniatowska". En revista *Nexos*, columna *Retratos con Paisaje*. Núm. 244, Año 21, Vol. XXI, México, abril de 1998, p. 92-93.

Blanco, José Joaquín. "Los viernes del El Chico". En *La Crónica de Hoy*, suplemento "*Crónica Dominical*". Núm. 111, Año III, México, domingo 14 de febrero de 1999, pp. 2-5.

Blanco José Joaquín. "Sueño de una tarde en la Zona Rosa". En *La Crónica de Hoy*, suplemento "*Crónica Dominical*", columna Postales Trucadas. Núm. 112, año III, México, 21 de febrero de 1999, p. 14-15.

Fernández Chapou, Maricarmen. "La escritura es mi protección frente a la nada" en *El Financiero*, Sección cultural, México, 5 de mayo de 1998, p. 44.

García-Robles, Jorge. "Escucha pequeño escritor". En *La Jornada Semanal*, columna *Utilería*. Núm. 128, México, 15 de agosto de 1993, p. 43.

González de Alba, Luis. "Those were the days". En *Nexos*. Núm. 241, año 21, Vol. XXI. México, enero de 1998, p. 141.

Güemes, César. "Corregir mis textos, obsesión y locura: José Emilio Pacheco". En *La Jornada*, Sección cultural. Núm. 5177, Año XV, México, 2 de febrero de 1999, pp. 1,27.

Hernández, Luis Guillermo. "Cae el mochaorejas". En *Reforma*, Sección A, Primera Plana. Núm. 1713, año V, México, 19 de agosto de 1998.

Mejía, Mauricio. "Crisis de conocimiento por el ayuno de lectura". En *El Financiero*, Reportajes especiales, México, domingo 8 de noviembre de 1998, pp. 1-8.

Poniatowska, Elena. "Con Monsiváis, entrada libre al optimismo". En *El Nacional*, columna "Debate", México, martes 7 de septiembre de 1993, pp. 1-9.

Poniatowska, Elena. "¿Es de risa loca el día de la libertad de prensa?". En *La Jornada*. México, 12 de junio de 1989, pp. 1-9.

Poniatowska, Elena. "José Emilio Pacheco: naufragio en el desierto". En *La Jornada Semanal*. México, domingo 19 de agosto de 1990, pp. 35-46.

Ramírez, Luis Enrique. "Los ochenta, una década de prohibiciones: José Joaquín Blanco". En *El Financiero*. México, miércoles 30 de enero de 1991, pp.50-51.

Roura, Victor. "Los dibujos y las crónicas de Alberto Beltrán". En *El Financiero*, columna diaria "*Mieles y coles*". México, miércoles 13 de mayo de 1998, p. 54.

Simpson G., Máximo. "Crónica, cronología y narración testimonial". En *Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación*, núm. 7, México, UNAM, 1983, pp. 19-43.

Terrazas, Ana Cecilia. "Jaime Sabines se salvó del empalago para insuflarle a su poesía algo de magia: Mario Benedetti". En revista *Proceso*, Sección cultural. Núm. 1168, año 22, México, 21 de marzo de 1999. pp. 46-49.

Varios autores. "La crónica de un día cualquiera". En Revista *Nexos*. Núm. 150, año XIII, Vol. 13, México, junio de 1990, pp. 9-102.

Varios autores. En revista *Nexos*, números 241, 244, 247, 248, 249, 250.

Varios autores. En revista *Siempre!*, Núm. 1257, Suplemento "La Cultura en México", Núm. 805, México, 29 de julio de 1977.

Varios autores. En revista *Siempre!*, Núm. 1266, Suplemento "La Cultura en México", Núm. 814. México, 28 de septiembre de 1977.

DOCUMENTOS

Blanco, José Joaquín. *Empezaba el siglo en la ciudad de México*. Col. Memoria y olvido: imágenes de México. México. Martín Casillas Editores, S.A., 1983, 75 p.

Blanco, José Joaquín y otros autores. *Los usos amorosos en el México moderno*. Ponencias presentadas en el coloquio organizado por la Dirección de Estudios Históricos del INAH. México, junio de 1991.

Caldenwood, Michael y Gabriel Breña. "La gran ciudad (Un retrato aéreo de la ciudad de México y sus alrededores)". En *Revistas del Mundo*. Pról. de J.J. Blanco. Japón. 1994, 160 p.

El diario de una marquesa. Texto e iconografía de J.J. Blanco, Claudia Burr, Luis Gerardo Morales; imágenes: óleos, acuarelas y litografías del siglo XIX de C.W. Chapman y otros, Colec. *Ya verás*. México. Ediciones Tecolote, 1994, 31 p.

El lector novohispano. Una antología de la literatura mexicana colonial. Selec. y pról. de J.J. Blanco. México. Cal y Arena, 1996, 809 p.

La prensa, pasado y presente de México. Coordinado por María del Carmen Ruiz Castañeda, Instituto de Investigaciones Bibliográficas. México. UNAM, 1990, 243 p.

"Los 14 colapsos del peso, preludios de las crisis más severas". En *Excélsior*. Núm. 28 947, Año LXXX, Tomo V, México, martes 22 de octubre de 1996, p. 27.

México en cien crónicas. Pról. de Vicente Leñero. Editado por el Consejo de Administración de Pipsa. Secretaría de Gobernación, México, 1992, 291 p.

México en cien reportajes. Pról. de Vicente Leñero. Editado por el Consejo de Administración de PIPSA. Secretaría de Gobernación, México, 1990, 292 p.

Olmos Cruz, Alejandro. *Fernando Benítez: La cultura en México (una experiencia de periodismo cultural)*. Tesis de licenciatura, México, UNAM-FCPyS, 1988, 312 p.

Páginas sobre la ciudad de México, 1469-1987. Coordinado por Emmanuel Carballo y José Luis Martínez. Consejo de la Crónica de la ciudad de México, México, 1988, 417 p.

Reportajes. Antología preparada por Patricia Ortega. Pról. de J.J. Blanco, México, El Nacional, 1990.

ENTREVISTAS

José Joaquín Blanco: Escritor, periodista, traductor, ensayista, poeta e investigador del INAH. Tiene más de 30 libros publicados, entre éstos cinco de crónica e igual número de novelas. Cronista de *Unomásuno* y *La Jornada*, entre otros. Entrevistado en la cafetería "El Péndulo", Nuevo León 115, Col. Condesa, 16 de diciembre de 1998.

Marcela Guijosa: Periodista y ensayista. Autora del libro *Altar de muertos, memoria de un mestizaje*. Ha publicado sus crónicas y ensayos en la revista *Fem*, *La Doble Jornada* y *El Nacional*. Entrevistada en el Centro de Desarrollo y Comunicación, 24 de noviembre de 1998.

Elina Hernández Carballido: Periodista y profesora de algunas universidades del Distrito Federal (UNAM, PART, Universidad Latinoamericana). Tiene una maestría en Comunicación y publica sus crónicas y reportajes en la revista *Fem*. Entrevistada en la FCPyS, 7 de noviembre de 1998.

Gustavo García: Escritor, periodista y comentarista de *Radio Red*. Tiene tres libros publicados entre los cuales destaca una biografía sobre Pedro Infante. Ha publicado en "*La Cultura en México*", *Unomásuno* y *El Financiero*. Entrevistado en Editorial Clío, 22 de octubre de 1998.

Hortensia Moreno: Escritora, periodista y editora. Ha publicado dos novelas y un libro de relatos. Secretaria de redacción de la revista *Debate feminista*. Ha publicado algunas crónicas en *Nexos*. Entrevistada en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 9 de noviembre de 1998.

Rafael Pérez Gay: Narrador, editor y ensayista. Subdirector de la revista *Nexos*. Ha sido cronista y articulista de los diarios *Unomásuno* y *La Jornada* y de diversas publicaciones culturales. Autor de dos libros de cuentos y una novela. Entrevistado en las oficinas de *Nexos*, Mazatlán 119, Col. Condesa, 8 de marzo de 1999.

Francisca Robles: Investigadora y profesora de periodismo en la FCPyS de la UNAM. Asesora del programa de Titulación por tesina en la misma institución. Entre las materias que imparte esta "Géneros periodísticos". Entrevistada en la FCPyS, 14 de noviembre de 1998.

Antonio Saborit: Escritor, traductor e historiador de la cultura en el INAH. Ha colaborado en diversas publicaciones culturales ("La Cultura en México", "El Angel" -*Reforma*-, etc.) Director del Breve Fondo Editorial y autor de diez libros. Entrevistado en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, 25 de febrero de 1999.

El sustentante ha ejercido el periodismo en los siguientes medios informativos: Gaceta CCH, Gaceta UNAM, Grupo Radio Centro, Detrás de la noticia (radio), Reforma y revista Mundo Ejecutivo.